Don Juan de Serrallonga

# D. JUAN DE SERRALLONGA

## Ó LOS BANDOLEROS DE LAS GUILLERIAS.

# DON JUAN DE SERRALLONGA

Ó LOS

## BANDOLEROS DE LAS GUILLERIAS,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PROLOGO

ORIGINAL DE


## D. VICTOR BALAGUER.


Representado
por primera vez en el teatro del Circo Barcelonés
el 11 de marzo de 1858.

TERCERA EDICION


**BARCELONA:**

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE SALVADOR MANERO,

Rambla de Sta. Mónica, núm. 2, frente á Correos.

1863.

# Á D. FERNANDO PATXOT,

(ORTIZ DE LA VEGA).

Este drama fué en su primera edicion, dedicado al hombre á quien hoy llora la literatura catalana. Todavía entonces era un secreto que Fernando Patxot fuese el mismo *Ortiz de la Vega*, autor de la continuacion del Mariana, de los *Hèroes y grandezas*, de los *Anales de España*, y el mismo *Padre Manuel* autor de las *Ruinas de mi convento* y de *Las delicias de mi claustro.*

Desgraciadamente la muerte ha venido recientemente á borrar del catálogo de los vivos al literato que todos venerábamos y al hombre que amábamos todos.

Con la muerte del hombre ha comenzado la vida del sabio.

Que esta página guarde como homenaje debido el nombre del historiador, mientras mi corazon guarda como un recuerdo santo el nombre del amigo.

V. B.

# PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

Este drama es una vindicacion.

Creo pues que me hallo en el caso de dar al lector minuciosa cuenta de todas las razones que me han obligado á darle el carácter de tal.

A últimos del siglo XVI y principios del siglo XVII eran famosos en Cataluña los bandos de *Narros* y *Cadells*, bandos que dieron mucho que hacer y mucho mas que hablar, y que con sus contínuos choques y batallas fueron de tal modo ensañándose unos contra otros, que no se daban paz ni cuartel, y traian revuelto á todo el Principado.

En medio de la importancia de estos bandos, los historiadores hablan poquísimo de ellos, y reina sobre este asunto la mas lamentable oscuridad.

Los interesantes *Dietarios* de la Diputacion que se conservan en el archivo de la Corona de Aragon, los *Dietarios* no menos curiosos del Consejo de Ciento, que se guardan en el archivo de nuestras Casas Consistoriales, los antiguos cronistas de Barcelona, los que han historiado los anales de Cataluña, nada dicen de los *Narros* y *Cadells*. Solo D. Narciso Feliu de la Peña en sus *Anales de Cataluña* dice lo siguiente:

«A 10 de diciembre de 1616 se publicó un jubileo plenísimo concedido por Paulo V á peticion de los diputados de toda la provincia, y en desagravio de las ofensas y desórdenes ejecutados en ella por los bandoleros y parcialidades de los *Narros* y *Cadells*, quietados por el celo y grande aplicacion del duque de Alburquerque, entonces virey del Principado. Bendíjose la provincia, hiciéronse procesiones é imploróse el favor y misericordia del Señor en el discurso de dos semanas que duró el jubileo, para que usase de piedad con la provincia.»

De este jubileo, tan notable por su importancia, no se hace sin embargo mencion ¡cosa estraña! ni en los *Dietarios* de la Diputacion, ni en los del Consejo de Ciento, ni en otro particular muy curioso,

titulado *Anales consulares* que posee el actual archivero de la Corona de Aragon D. Manuel de Bofarull.

¿A qué atribuir este silencio tan significativo de parte de los cronistas que con el mayor celo y la mayor puntualidad se consagraban á ir anotando dia por dia todo lo notable que ocurria en Barcelona y en el Principado, apuntando hasta las fiestas mas insignificantes y los acontecimientos de menor monta?...

¿Era que no creian que tuviesen ninguna importancia los bandos de *Narros* y *Cadells*—lo que estaria en contradiccion con las procesiones y jubileos celebrados por su extincion,—ó era quizá que estaban creidos de que la tenian demasiado?

Esto es lo que vamos á ver.

Ya que en los manuscritos y escritores catalanes nada se halla apenas, tenemos que recurrir á los autores castellanos y á los estranjeros.

Los que mas han hablado de estos famosos bandos, son el francés Felipe de Comines en sus *Memorias*, el italiano Bastero en su *Cruzca Provenzale*, don Miguel de Cervantes Saavedra en su admirable *Don Quijote* y don Diego de Clemencin en sus Comentarios á esta última obra.

Veamos lo que dice cada uno de estos.

Felipe de Comines se expresa asi:

«En Cataluña Antonio Roca, el Miñon, el Cadell, el Guiñarte (quiere decir Roque Guinart), se atrevieron á desafiar ciudades tan principales como Barcelona, Gerona, Lérida, comenzando con un solo compañero, y luego de dos fueron doscientos para ejecutar su desafío con innumerables robos, insultos y maldades.» («Memorias de Felipe de Comines traducidas del francés:» tomo 2.°, pág. 34).

Bastero en su *Cruzca Provenzale* pág. 134, habla del orígen de los nombres que se daban estos bandos y dice:

«Guerro (ó ñerro del cual vino despues narro ó niarro), nome de «fazione che propiamente vale Porcell, Porcello, el qual nome per »dir cio de passagio molto strepitoso fu in Cathalogna negli andanti »secoli per ragione delle due fazione, appellate dels Guerros è Ca»dells, cioe, de Porcelli è Cagnuoli.»

Cervantes, que vivia en la epoca de estos bandos, aprovecha la ocasion de hacer venir á su héroe D. Quijote á Barcelona—capítulo LX de la segunda parte—para pintarnos una escena de bandoleros de Roque Guinart, digna de un novelista de primer órden. Dice que Roque Guinart pertenecia al partido de los *Narros*, y si bien es verdad que lo presenta como un jefe de bandoleros, tambien lo es que lo presenta como un capitan noble, pundonoroso, galan y protector de doncellas, pues vemos que á él se ampara Claudia Gerónima. Su fama, dice D. Quijote, no hay límites en la tierra que la encierren. El *narro* Roque Guinart, tal como nos lo presenta Cervantes, no es un bandolero, es un héroe.

Don Diego de Clemencin en sus Comentarios á la obra y capítulo que se acaba de citar, tomo 6.°, pág. 248, es mas extenso que ningun otro autor sobre estos bandos. Dice que no se ha podido hallar

ni un solo documento que dé noticia del orígen y objeto de estos dos bandos, pero que «*parece no obstante que en su principio tuvieron objeto político*. Clemencin añade que los *Cadells* tomaron este nombre de Juan Cadell, señor del castillo de Arseguel, cuya familia ó casa que aun existe en Cerdaña, tiene por blason tres cachorros de oro. El noble Cadell fué, pues, el primero que poniéndose al frente de una porcion de facciosos comenzó esa guerra de venganzas particulares, robos, incendios, muertes y demás excesos que se refieren en varios documentos coetáneos. A esta faccion se le comenzó á dar el apodo de *Cadells* aludiendo al escudo de armas de su jefe y á la significacion catalana de la palabra, que equivale á cachorros. Los *Cadells*, en correspondencia, llamarian á sus contrarios *Narros*, *Niarros* ó mejor *ñerros*, que es lo mismo que *porcell* en catalan, y lechon en castellano. Pero, añade Clemencin á quien me voy refiriendo, si bien Juan Cadell, señor del castillo de Arseguel, pudo haber dado nombre con su apellido á uno de los dos bandos ó facciones, no se halla en caso semejante el de los *Narros*, porque no hay memoria de que existiese por aquellos tiempos en Cataluña jefe alguno ó *cap de cuadrilla* de bandoleros con este nombre.

Hasta aquí Clemencin.

Don Juan Antonio Pellicer, y don Vicente Joaquin Bastús en sus anotaciones al *Don Quijote*, y el último en su *Diccionario histórico enciclopédico*, aun hablan menos que Clemencin.

Ahora bien, está fuera de toda duda, por lo que dice Clemencin, que fué un noble quien comenzó estas parcialidades, levantando una faccion que principió incendiando y saqueando, y es por consiguiente natural que esta fuese la causa de levantarse otra faccion que se opusiese á ella por natural instinto de venganza y represalia.

Falta ahora averiguar si esta banda de Juan Cadell fué levantada para correr la tierra y robar y talar las haciendas de los que entonces eran llamados villanos, cosa muy natural y muy acorde con los principios de ciertos señores de aquella época, educados con resabios de feudalismo, ó para vengar solo los agravios que Cadell hubiese recibido de otro noble.

¿No podria ser un indicio de lo primero, en preferencia á lo segundo, la misma palabra denigrativa *Narro* ó *Guerro*, que era tambien la que á veces algunos orgullosos é insolentes señores usaban para despreciar y abochornar á los hombres de la clase baja? ¿No parece natural que si Cadell se hubiese levantado contra otro noble, los partidarios de este se hubiesen llamado con el nombre de su jefe, como con el nombre del suyo se llamaban los de Cadell?

Continuemos nuestras investigaciones.

Está fuera de toda duda que Juan de Serrallonga, Roque Guinart ó sea Pedro Rocaguinarda—que este era su verdadero nombre, hijo de una familia de labradores de Oristá—y Pedro de Santa Cilia, famoso caballero mallorquin, pertenecian al bando de los *Narros* ó á lo menos se acogieron á él al refugiarse en las montañas por tener agravios que vengar ó venganzas que ejercer. Tambien parece estar fuera de toda duda, por lo que se desprende de la tradicion, de las

canciones populares, de alguna comedia antigua, y por lo que se deduce de los escritores citados, que el bando de los *Narros* era el mas perseguido de los poderosos, y, al parecer, el mas protegido del pueblo, y que los *Narros* vivian en las montañas, mientras que los *Cadells* permanecian mas en las ciudades, apoyados en parte por los nobles ó los grandes nobles que á ellos pertenecian en su mayoría.

Que los que corrian por las montañas y despoblados eran los llamados foragidos, salteadores y bandoleros, no queda duda ninguna, pero que no eran realmente tales ladrones y salteadores, en la genuina expresion de estas palabras al menos, es lo que me parece se deduce del mismo Cervantes, que presenta como un héroe y galan caballero á Roque Guinart, y lo que se deduce de los escritos de don Francisco de Gilabert que en su excelente obra *Discursos sobre la calidad del principado de Cataluña*, publicada en Lérida en 1616, habla largamente de los bandos en que estaba entonces dividido nuestro país.

Citaré algunos de sus párrafos.

«Las bandosidades que de ordinario hay en el Principado, son »efectos propios de ánimos fuertes y celadores de su honor...

»Por la mayor parte de los que levantan cuadrillas, antes de li»cenciarse para tan feo acto como es el de robar, consumen prime»ro sus haciendas, siguiendo la venganza de sus pundonores; pare»ciéndoles que el primer agravio á su honra hecho, es solo el que »pide satisfaccion, y tienen por ninguno el de robar, pues no tiene »su principio en codicia, sino en necesidad, por descargo de su hon»ra engendrada; de lo que se sigue, que de las bandosidades salen »los robos, y así, cesando ellas, cesarán ellos. Prueba tambien el no »robar por codicia, el mostrarnos la experiencia que, aunque han »hecho muchos ricos y crecidos robos, ninguno con ellos se ha re»tirado para gozarlos; lo que da clara prueba que no robó por codi»cia, pues, si por ella fuera, retirárase á gozar y conservar lo robado.» (Fól. 5 y 6 del Discurso primero).

Estas palabras de un autor de aquel mismo siglo, unidas á los actos de caballerosidad y de hidalguía que de Roque Guinart, de Juan de Serrallonga y de Pedro de Santa Cilia cuentan las tradiciones y las crónicas populares, vindican á los *Narros* de la fea nota de foragidos, ladrones y salteadores, en el sentido que comunmente se da y debe darse á estas palabras.

Ahora bien, estos *Narros* y *Cadells* tan célebrés, tan famosos, á pesar del estraño silencio que sobre ellos guardan las crónicas, ¿eran solo dos parcialidades hijas del agravio de un noble con otro noble, ó de una familia con otra? ¿Se comprende esto? ¿No encerraban en el fondo ninguna bandera política como en Navarra los *Beamonteses* y *Agramonteses*, como mas tarde en la misma Cataluña los *Butiflers* y *Viguetans*, como en Italia los *Güelfos* y *Gibelinos*?

Si fueran nacidos de una venganza ó de un ódio de familia, veríamos limitados estos bandos, como otros anteriores, á los deudos y parciales de ambas familias, pero, léjos de ser así, vemos á los *Narros* y *Cadells* estendidos por toda Cataluña y divididos los pueblos,

las aldeas, las ciudades en estos partidos, tomando parte hasta las mujeres y los niños por uno ú otro bando, precisamente como en nuestros tiempos ha sucedido con los liberales y los absolutistas.

Si eran nacidos de una simple venganza de familia, ¿cómo se comprende que *Testa de Ferro* (otro *Narro* célebre) fuese á las montañas á continuar la obra del primer *Narro*, y Roque Guinart heredase á Testa de Ferro, y Juan de Serrallonga á Roque Guinart, y Pedro de Santa Cilia á Juan de Serrallonga, sin ser uno de otro pariente ni deudo? ¿Es una familia ó es una causa la que puede contar, uno tras otro, con valientes capitanes que se van sucediendo para mantener viva la fé de sus partidarios? ¿Es una simple venganza particular de una familia con otra, ó es un principio lo que obliga á todo un país como el principado de Cataluña á dividirse en dos bandos y á tomar partido por uno ó por otro? ¿No pudiéramos hallar en esa especie de proteccion que parece que el pueblo prestaba á los *Narros*, y en esa especie dé apoyo que parece que la alta nobleza prestaba á los *Cadells*, el indicio de la bandera política que podian enarbolar uno y otro de estos bandos?

No creo que pueda ser tan descabellada esta idea.

Medítense bien todas las circunstancias. Un noble levanta una partida, para contrarrestar la cual nace otra; esta otra es llamada con un nombre despreciativo muy propio en boca de ciertos nobles para dirigirse al pueblo: estos dos bandos al nacer tienen objeto político, segun dice Clemencin; á uno de estos bandos, el de los *Narros*, que parece haber nacido en represalia de otro, y al cual no se le conoce al principio ningun noble por jefe, sino jefes hijos del pueblo, le vemos de pronto retirarse á la montaña, y á sus partidarios se les llama bandoleros, foragidos y salteadores; el bando de los *Cadells*, por el contrario, se queda en la ciudades ó cerca de ellas, y cuenta á varios nobles entre sus protectores; el pueblo entretanto, presta una visible proteccion á los *Narros*, y de este bando se amparan todos los hombres del pueblo que tienen agravios que vengar de los nobles, Aun mas; consta de muchos *Narros* y de algunos de sus jefes el haber sido ahorcados. Apenas se sabe de ningun *Cadell* que lo haya sido.

¿Quién pues no comprende, dada toda esa haz de circunstancias, que bien pudieran los *Narros* representar el principio popular, ó sea la indignacion del pueblo contra las demasías de ciertos nobles; y los *Cadells* el principio absolutista ó sea las prerogativas y privilegios de la nobleza, que en Cataluña los tenia como en todas partes, aunque menos que en otras, gracias á nuestras admirables constituciones?

Así me ha parecido comprenderlo, y en esto he basado mi pobre obra dramática.

Se me achacará sin duda que esto es hacer un agravio á las instituciones altamente populares y altamente liberales de aquella época, y se me dirá acaso que el hacer á unos bandoleros defensores del principio popular, es un ataque injusto á la nobleza catalana, á la que mas de una vez se la vió esgrimir su espada en defensa de las constituciones y fueros del país.

Voy á contestar á este cargo, en el supuesto de que pudiera hacérseme.

La nobleza en Cataluña, lo mismo que en otras partes, ha sido siempre defensora de sus absurdos privilegios y de sus incalificables prerogativas, solo que en Cataluña, mas que en otros puntos, estaba contenida en sus arranques de orgullo por el freno de unas admirables instituciones políticas. En Barcelona, que era una especie de república, tenia que sujetarse y reprimirse, pero fuera de la capital se dejaba llevar de sus instintos despóticos, y cada noble era un tirano con sus vasallos, como por ejemplo el vizconde de Castellbó en sus dominios de Sabadell, sin otros muchos casos de esta especie que pudieran citarse.

Cuando la casa de Austria ocupó el trono de España, cayeron sucesivamente á sus rudos golpes las constituciones de los diversos reinos y nacionalidades que formaban el pais comun, y Cataluña vino á quedar sola en España, y á formar un contraste marcado con los demás reinos, que, de grado ó á la fuerza, se habian ido despojando de sus libres instituciones para aceptar el yugo de la casa de Austria. Fué Cataluña la única que continuó tremolando orgullosa el pendon venerado de sus libertades.

No puede dudarse que en aquellos siglos, en que todo marchaba hácia el absolutismo, gran parte de la nobleza catalana estuviese en favor del principio que representaban los reyes, y si bien la mayoría de esta nobleza á mediados del siglo XVII se declaró contra Felipe IV, agrupándose al lado de la Diputacion y del Consejo de Ciento de Barcelona, fué porque entonces vió seriamente amenazados sus mismos privilegios, Esto no quita que en tiempo normal, en tiempo de paz, cada baron fuese, en su castillo y en sus posesiones, un pequeño rey absoluto, con derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, siendo impotentes las mismas instituciones, por muy libres que fueran, para castigar ciertos excesos, de muchos de los cuales ni siquiera, por la índole propia de aquellos tiempos, se tenia conocimiento en Barcelona,

Los *Narros*, al refugiarse en las montañas, al empuñar un arma para vengar sus agravios, empezaban por cometer excesos impelidos por la fiebre y el delirio de su venganza. Desde el momento en que estos excesos eran cometidos, ya las instituciones no podian protegerles, ya eran reos de delitos contra la sociedad, ya eran tachados de bandoleros, ya ni la Diputacion ni el Consejo de Ciento podian auxiliarles, antes bien tenian que obrar contra ellos y perseguirles ayudando en esto al virey, si bien fuesen secretamente para ellos sus simpatías.

Ninguna causa mas noble ni mas justa, ninguna bandera mas santa que la enarbolada en tiempo de los Reyes Católicos por *los payeses de remensa*, y sin embargo desde el momento en que se entregaron á ciertos excesos entrando á saco las villas de Granollers y de Caldes de Montbuy, y pasando á sangre y fuego ciertos pueblos, el Consejo de Ciento se vió obligado á hacer salir contra ellos *la bandera de Santa Eulalia*, y se vió precisado á permitir que fuesen ex-

terminados y que su jefe Pedro Juan Sala fuese ahorcado en Barcelona, muriendo mártir de una misma causa.

Libres, libérrimas eran las instituciones de Cataluña, las cuales en su fondo y en su espíritu sostenian y defendian lo mismo que proclamaban, *los payeses de remensa*, quienes pelearon por la libertad, levantándose irritados contra la práctica *de los malos usos* y la tiranía de los señores. Los soldados de esta noble causa se entregaron no obstante á venganzas, á saqueos, á incendios y asesinatos, y tuvieron que ser perseguidos y exterminados en nombre de esas mismas liberales instituciones que tan acordes estaban con la bandera que ellos enarbolaron.

¿Por qué, pues no pueden ser los *Narros* unos sucesores de *los payeses de remensa!* ¿Por qué no pueden militar en ellos las mismas causas que militaron en estos?

Aun no hacia un siglo que Fernando el Católico habia abolido *los malos usos* cuando los primeros *Narros* se presentaron, y aun quedaban resabios en los nobles de sus antiguos derechos, y aun vivia en ellos, como ha continuado viviendo siempre, esa tendencia á subyugar á los vasallos y á disponer de sus vidas y haciendas.

Yo encuentro muchos puntos de contacto entre *los payeses de remensa* y los *Narros*, y creo muy bien, en buena razon y en buena lógica, que si las instituciones populares no pudieron auxiliar á los primeros, menos podian auxiliar á los segundos.

Creo, pues, haber demostrado que no hago ningun cargo á nuesras antiguas instituciones, que siempre he defendido en el terreno de mis principios políticos, y que espero que Dios me dé fuerzas para continuar defendiendo mientras viva.

Por lo que toca á la nobleza, si un cargo la dirijo es á la mala nobleza, y á esta estoy muy contento en dirigírselo.

Me hago la ilusion de creer que el lector hallará que era necesario en mi decir todo lo que he dicho, y espero que será bastante indulgente para permitirme añadir algunas palabras que se rocen ya mas inmediatamente con el espíritu de este drama y con su protagonista.

Este drama, he dicho, es una vindicacion de Serrallonga, que habia llegado hasta nosotros como tipo de ladrones, de salteadores y facinerosos.

La vindicacion que hace Cervantes de Roque Guinart, dióme la idea de vindicar á Serrallonga, estando muy léjos, como se supondrá, de querer en esto igualarme, ni remotamente, con el tan justamente apellidado *príncipe de los ingenios españoles.*

En 1854 empecé á reunir materiales para esta vindicacion, pero, arrastrado por el torbellino político de la época, tuve que dedicarme á otros trabajos, y dejé para otra ocasion el cumplimiento de mi idea.

Empecé por estudiar la tradicion de Serrallonga, que me fue contada por varios sugetos de Vich y algunos de los pueblos mismos de las Guillerías, recogí cuantas canciones populares pude hallar referentes á mi asunto, y leí la comedia antigua titulada *El catalan Ser-*

*rallonga, y bandos de Barcelona*, escrita por D. Antonio Coello, D. Francisco de Rojas y D. Luis Velez de Guevara.

La tradicion, confirmada por varias personas, dice de Serrallonga lo siguiente:

Era un caballero noble y muy principal, que tenia su casa solariega en el pueblo de Caroz, situado en el corazon de las Guillerías. Pertenecia al bando de los *Narros* y estaba perdidamente enamorado de doña Juana de Torrellas, de una familia muy principal de Barcelona, que pertenecia al bando de los *Cadells*. Un primo de doña Juana tuvo un dia cierta pendencia con don Juan de Serrallonga, y este le mató. Viéndose obligado por esta muerte á salir de Barcelona, don Juan se entendió con el Fadrí de Sau, bandolero que estaba al frente de una partida de *Narros* en las Guillerías, y con estos entró un dia de carnaval en Barcelona, á favor de los disfraces que tomaron, y se introdujo en la casa de Torrellas. donde se daba una fiesta de máscaras, sembrando el terror y la confusion, apoderándose de doña Juana y retirándose á la montaña. Doña Juana acompañó siempre á su esposo ó amante en su vida de bandolero, y se la vió siempre á su lado con pistolas al cinto y el pedreñal en la mano. Un dia Serrallonga fué cogido en el cementerio de Caroz, junto á la tumba de su padre, por los capitanes de tercios Salvio y José Fontanellas y Pradell, dejándose prender sin tratar de oponer la menor resistencia. Asombrados los Fontanellas al ver que un hombre tan osado y tan valiente se entregase de aquel modo, le participaron su admiracion, y contestó que, estando rezando sobre el sepulcro de su padre, habia tenido una vision y habia oido la voz del autor de sus dias que le mandaba entregarse. Fué llevado á Barcelona y murió en el cadalso. De Juana no se sabe mas sino que continuó, al frente de la partida durante algun tiempo.

Tal es la tradicion, siendo de advertir que todos los que me la han contado, me la han referido pintándome á Serrallonga con los colores mas nobles y mas caballerescos, diciéndome que era protegido y apoyado por todos los pueblos de la comarca.

La comedia antigua citada está conforme con la tradicion que acabo de referir, pero pinta á Serrallonga como á un jefe de bandoleros, dando sin embargo á su carácter cuanta caballerosidad es posible, y tendiendo á su vindicacion, aunque no en el carácter político y en el de jefe de un partido.

Una cancion catalana, á la cuál alude don Manuel Milá y Fontanals en su *Romancerillo catalan*, cuenta tambien la vida de Serrallonga como la tradicion y como la comedia de Coello, Rojas y Velez.

En las tres cosas me he apoyado para escribir mi obra.

Formado ya mi juicio sobre los bandos de *Narros* y *Cadells*, creyendo á estos bandos con objeto político, la vindicacion de don Juan de Serrallonga, me era fácil, atendiendo á los muchos hechos arrogantes y caballerescos que de él se refieren, y al carácter noble, emprendedor, valiente y arrojado que le dan la tradicion, la comedia antigua y las canciones populares.

Si don Juan de Serrallonga era un bandolero, no podia ser un

bandolero vulgar: debia ser algo como Roque Guinart, sègun Cervantes, y mas que Roque Guinart aun, pues este era un hijo de labradores y de una familia oscura, mientras que Serrallonga era de una familia principal, cuyo orígen se remontaba á la época de la reconquista de Cataluña.

Todos cuantos informes tomé, todas cuantas personas consulté. me confirmaron en mi opinion, y vino á sacarme de dudas un título de nobleza concedido á los Fontanellas por Cárlos III (el archiduque de Austria), que el descendiente de esta familia tuvo la amabilidad de prestarme y de permitirme copiar haciendo de él el uso que mejor me conviniera.

Este título espedido en Barcelona á 21 de enero de 1709 está dado por servicios prestados á la casa de Austria, á favor de Francisco y José Fontanellas y Pradell, y en él se lee lo siguiente, que al pié de la letra copio:

«Y teniendo presente que Francisco y José Fontanellas y Pradell, »vecinos de nuestra leal y muy constante ciudad de Vich é hijos le»gítimos y naturales de José Fontanellas y Pradell, difunto, nietos de »otro de este mismo nombre, y biznieto de Salvio Fontanellas, que »obtuvo del serenísimo señor don Felipe III de Castilla y II de Ara»gon, de eterna memoria, el título de ciudadano honrado, que su »casa y familia, fueron condecoradas con igual gracia hace ciento y »mas años, y que en todo tiempo han manifestado su fidelidad hácia »nuestros reales predecesores, y que los sobredichos Salvio y Jo»sé Fontanellas y Pradell concurrieron á la expulsion de los faccio»sos que perturbaban la tranquilidad pública de Cataluña, hasta »prender y entregar en manos de los reales ministros á Juan Ser»rallonga y á Jaime Serra, alias «*lo Tut.*» lo que fué causa de que »algunos de sus secuaces, guiados de un espíritu maligno, matasen »á dicho Salvio, segun puede inferirse de la alevosa muerte que le »dieron, y no obstante la cual José Fontanellas y Pradell, nieto de »dicho difunto, se dedicó con mas ardor al real servicio, etc., »etc.» (1)

Este párrafo de un documento oficial acabó de arraigarme en mi conviccion. En él no se dá á Juan de Serrallonga el título de ladron salteador ó bandolero, sino el de «faccioso.»

Dos palabras mas y concluyo.

He procurado en este drama ceñirme á la tradicion, corroborada por la comedia de Coello, Rojas y Velez que debió de ser escrita bajo la influencia próxima de los acontecimientos. Tanto como me ha sido dable, he sido fiel á esta tradicion, no separándome de ella sino cuando me lo ha exigido el enlace dramático del argumento para su mayor interés.

En *D. Juan de Serrallonga* he puesto la personificacion de las ideas nobles, caballerescas y liberales; en *D. Bernardo de Serrallonga*, el tipo de la verdadera nobleza: en *D. Cárlos de Torrellas* el tipo de la

(1) Este documento, del que se me facilitó copia, se halla en poder de don Juan de Abadal, de Vich, descendiente de los Fontanellas.

nobleza orgullosa, insolente y aferrada á sus prerogativas y privilegios; y en D. *Salvio Fontanellas*, el tipo pundonoroso de la clase media.

No sé si he conseguido mi objeto, no sé si he desenvuelto bien la idea filosófica que me ha impelido á escribir este drama, no sé si, creyendo escribir una obra regular, he escrito una obra mala.

El público y la crítica lo dirán. A su fallo me someto. Por de pronto, yo soy el primero que, por lo mismo que conozco la bondad de la idea, deploro que otra pluma mejor cortada que la mia no se haya aprovechado de ella.

*Barcelona 4 de Febrero de* 1858.

---

# PERSONAJES.

DOÑA JUANA DE TORRELLAS.
D. JUAN DE SERRALLONGA.
EL FADRÍ DE SAU.
D. BERNARDO DE SERRALLONGA.
D. CARLOS DE TORRELLAS.
D. SALVIO FONTANELLAS Y PRADELL, capitan de tercios.
D. LUIS DE MONTBLANCH.
D. JUAN DE COLMENAR, gobernador de Vich.
D. FELIPE DE GUEVARA.
ROBERTO.
TALLAFERRO.
EULALIA.
UN ESTUDIANTE.
UN MERCADER.
EL VERDUGO.
DOS CENTINELAS BANDOLEROS.
UN CARCELERO (que no habla).

Máscaras.—Bandoleros.—Criados.—Guardias.—Soldados.—Dos arrieros.

ÉPOCA DE FELIPE IV: DE 1627 Á 1634.

# ADVERTENCIA PARA LOS ACTORES.

DON JUAN DE SERRALLONGA en el prólogo, acto segundo y acto cuarto llevará el traje chambergo, de caballero de la época. En el acto primero y tercero vestirá como sigue: sombrero chambergo con pluma, coraza de hierro ó coraza de cuero con golilla de hierro, cinturon de cuero con hebilla, bota chamberga hasta media pierna, guante con manopla, cacerina en bandolera, escarcela para las municiones, espada, y al cinto daga y pistoletes.

EL FADRI DE SAU en el acto primero y tercero de bandolero, con gorro encarnado un poco corto, chupa larga de paño burdo con faja azul, calzon de cuero, botines, alpargatas, zurron para las municiones, cacerina en bandolera, pistoletes al cinto, manta al hombro y pedreñal en la mano. En el prólogo se presenta primero con capa larga y sombrero chambergo, despues con un disfraz de astrólogo, y bajo este disfraz su traje de bandolero. En el acto segundo á la chamberga, de caballero. En el acto cuarto de hombre del pueblo con chupa de manga abierta y sombrero de anchas alas sin pluma.

DOÑA JUANA DE TORRELLAS en el prologo, acto segundo y acto cuarto viste de dama de la época. En el acto primero y en el tercero su traje es el siguiente: sombrerito con pluma, tonelete de coraza con manga abierta, falda muy corta, botitas un poco á la chamberga, una banda sosteniendo una espada-daga, cacerina en bandolera, escarcela, pistoletes en los bolsillos que hay en las faldetas de su tonelete, y el pedreñal en la mano.

DON BERNARDO DE SERRALLONGA de caballero con hábito de Montesa.

DON CARLOS DE TORRELLAS traje de caballero, á la chamberga, y en el acto primero de hombre del pueblo.

DON SALVIO FONTANELLAS de capitan de tercios, sombrero con pluma, coraza, calzon y bota á la chamberga, banda cruzada al pecho.

LOS BANDOLEROS vestirán como el FADRI DE SAU, con la diferencia de llevar faja encarnada, sin pistoletes, sin cacerina, y algunos un pañuelo atado sobre el gorro colorado.

# PRÓLOGO.

—

## LOS HEREDEROS DE LA HORCA.

*Jardin y parque de la quinta de Torrellas en las inmediaciones de Barcelona. A la derecha la fachada posterior de la quinta con una escalinata que baja desde el primer piso. A la izquierda una verja que abre paso al campo. En el fondo jardin. En el foro izquierdo un grupo de árboles que señalan la entrada de un bosquecillo; en el foro derecho unos álamos que indican la entrada del parque. En el centro del teatro un corpulento árbol, al pié de cuyo tronco hay un banco rústico.*

### ESCENA I.

Es de noche. Al levantarse el telon se oye un reloj que da las ocho. Así que acaba de perderse en el espacio la última vibracion de la campana, suena un agudo silbido al que despues de un intérvalo, siguen, uno tras otro, dos mucho mas agudos y prolongados. Al primer silbido asoma ROBERTO en lo alto de la escalera, se asegura de que no hay nadie en el jardin, y despues de haber oido los tres silbidos, se dirige á abrir la verja del parque á FADRI DE SAU que entra embozado eu una capa-manto como las que usaban en aquella época los caballeros.

**Roberto. Fadrí de Sau.**

ROBERTO. (*Contando los silbidos.*) Tres. Esta es la señal. El Fadrí está en su puesto y yo en el mio. Buena andará la danza esta noche.

(Abre la verja con una de las llaves que cuelgan de su cintura y aparece el Fadrí.)

FADRÍ. Buenas noches nos dé Dios.

ROBERTO. Buenas noches, capitan.

FADRÍ Pláceme tu puntualidad ¿Ha llegado ya álguien á la quinta?

ROBERTO. Nadie. La fiesta no debe comenzar hasta las diez,

FADRÍ. ¿Recuerdas bien todas mis instrucciones?

ROBERTO. Todas, sin faltar una sola.

FADRÍ. Los que se presenten cubierto el rostro con máscaras blancas..

ROBERTO. Son los nuestros.

Fadrí. ¿Tienes preparado el traje que te encargué para mí?

Roberto. Todo lo tengo dispuesto y arreglado en mi habitacion segun vuestras órdenes.

Fadrí. Está bien. (*Sacando un bolsillo y dándoselo.*) Toma. Ahí van cien escudos á cuenta de los quinientos prometidos. (*Roberto se guarda el dinero.*)

Roberto. ¡Capitan!

Fadrí. Dí.

Roberto. ¿Sabeis ya que don Juan de Serrallonga está en Barcelona?

Fadrí. ¡Don Juan! ¿Es posible? ¡Cómo se ha atrevido á poner los piés en el país de que está proscrito desde la muerte que dió á don Félix de Torrellas!

Roberto. Una mujer anda en ello.

Fadrí. ¡El diablo cargue con las mujeres! Hé aquí ahora que por una mujer está expuesto á ser colgado el hombre mas valiente de Cataluña. Pero, ¿cómo ha sido?

Roberto Ya sabeis que dón Juan de Serrallonga, despues de haber muerto á don Félix de Torrellas, enemigo suyo declarado.....

Fadrí. Enemigo nuestro, Roberto. Yo pertenezco tambien al bando de los narros, y mí espíritu no estará tranquilo mientras haya un solo cadell en Cataluña.

Roberto. Pues bien, despues de haber atravesado con su espada á su enemigo y el vuestro, tuvo que pasar á Francia para escapar á las iras del virey.....

Fadrí. Que como pertenece al partido de los cadells, hubiera hecho ahorcar al hombre mas valiente de nuestro bando, y que no se andará ahora en escrúpulos si le pilla... ya lo sé.

Roberto. En Francia, don Juan conoció y salvó no sé de qué peligro á una jóven, hija de una de las primeras familias de Cataluña, y se enamoró perdidamente de ella, pero sin que él supiera quien era ella, ~~pues le ocultó su nombre,~~ ni ella supiera quien era él, ~~pues se hacia llamar don Alonso de Chaves y pasaba por un caballero de Castilla.~~ El mejor dia, la jóven tuvo que venirse á reunir con su familia. Don Juan entonces, ~~que no podia existir sin ella, cometió la imprudencia de jugarse la cabeza y venir en~~ su seguimiento entrando disfrazado en Barcelona, en donde ha permanecido oculto muchos dias sin saber de la que adoraba hasta ante ayer, víspera de Carnaval, que se encontró á la doncella, protectora de sus amores, y por su conducto pidió una entrevista. La hermosa dama contestó citando al fingido don Alonso para hoy en esta casa, en este baile, y en este mismo sitio en que estamos.

Fadrí. ¿Y Serrallonga vendrá aquí? ¿á la casa de sus encarnizados enemigos los Torrellas?

Roberto. ~~Don Juan~~ vendrá disfrazado.

Fadrí. ¿Pero quién es esa mujer que así ha vuelto el juicio á don Juan, y así juega con la vida de un hombre?

Roberto. Ahí está lo mas curioso del caso. La dama es... es doña Juana de Torrellas.

FADRÍ. ¡Misericordia! ¡La prima del muerto, la hermana de don Cárde Torrellas dueño de esta quinta!

ROBERTO. La misma.

FADRÍ. ¡Oh! Esa mujer le tiende un lazo. Es preciso avisar á don Juan.

ROBERTO. Guardaos de ello.

FADRÍ. (*Con asombro.*) ¿Por qué?

ROBERTO. Dejad que don Juan caiga en el lazo. Es un noble, y por consiguiente un enemigo nuestro. Venga aquí esta noche y perecerá con los demás.

FADRI. ¡Miserable! ¿y así te atreves á hablar tú de don Juan de Serrallonga? ¿Ignoras tú quién es él? Serrallonga es mi compañero de infancia, mi hermano de leche. Es un noble, sí, noble de buena raza por cierto, pero pertenece al número de los que han consagrado siempre su espada á la defensa del pueblo y de las gloriosas instituciones de Cataluña. Su nombre es tan hidalgo como su corazon, y forma parte como yo del partido de los NARROS, de ese partido hoy proscrito y humillado por esa cohorte de malos nobles insolentes que tienen por jefes á los Torrellas. Roberto, si has de pertenecer á mi banda y has de ser de los mios, que nunca mas te vuelva á oir una palabra en contra de don Juan.

ROBERTO. (*Ap.*) He dado un paso en falso. (*Alto*). Perdonad si...

FADRÍ. Ya está olvidado. No hablemos mas de ello.

ROBERTO. (*Mirando hacia la quinta.*) Capitan, baja gente al jardin.

FADRÍ. Manos pues á la obra, Roberto. Cada uno á su puesto. Para mí la venganza, para tí el oro. Que todo esté dispuesto.

ROBERTO. Perded cuidado, capitan.

(Se van por el fondo internándose en el parque.)

## ESCENA II.

**Doña Juana. Eulalia.**

(Salen de la quinta. Doña Juana está inquieta y desasosegada.)

D.ª JUANA. Salgamos las auras puras
un momento á respirar.

EULALIA. ¿Cómo es que, señora mia,
cómo es que tan triste estais?

D.ª JUANA. No se, Eulalia, me acongoja
hoy un secreto pesar.
El dolor huésped de mi alma
es hoy. Inquietud, afan
y amor en mi pecho luchan,
y es su lucha tan tenaz,
que me destrozan el alma,
que me matan sin piedad.
Ese baile y esa fiesta

que á mi hermano plugo dar,
aumentan mas mi tristeza.....
Vendrá don Luis de Montblanch,
que se cree ya mi esposo,
el hombre á quien, por mi mal,
destinan la mano mia;
tambien el otro vendrá,
y si se encuentran, Dios mio,
su encuentro será fatal.

EULALIA. No hayais cuidado, señora,
vuestra inquietud desterrad,
que don Alonso de Chaves
vendrá á favor de un disfraz,
y aquí en el jardin podreis
con él á solas hablar.
Para el jardin le cité.

D.ª JUANA. Bien hiciste.

EULALIA. Y en verdad
que pareció que la cita
no le hubo de agradar.

D.ª JUANA. ¿Qué dices?

EULALIA. Sí, por tres veces...
¿qué digo tres veces?... mas,
me hizo el nombre repetir
de esta quinta. Al terminar,
—«¡Torrellas! ¡Torrellas! dijo,
«¡funesta casualidad!
«¡yo allí!. . ¡mal haya mi suerte!»
Se calló, y luego:—«No hay mas,
«dijo, iré, sí, iré aunque sepa
«que la muerte he de encontrar.
«De nuevo espondré mi vida
«para verla una vez mas.»

D.ª JUANA. ¿Así te habló?

EULALIA. Sí señora.

D.ª JUANA. Justos cielos, ¿qué será?
Esas frases misteriosas
aumentan mas mi ansiedad.
¿Mi nombre, que él no conoce
le causa tanto pesar?
¿Ese nombre de Torrellas
le es nombre odioso quizá?
¡Oh! si fuese un enemigo
de Cárlos!... Dios no querrá
que venga ese nuevo dardo
mi existencia á emponzoñar!

EULALIA. ¿Tanto pues le amais, señora?

D.ª JUANA. Con pasion. Mi amor es tal
que por él diera mi vida...

¡Juzga tú si le he de amar!
En Francia le conocí.
Junto á mi tio Hildebrando
pasaba el otoño, cuando
por primera vez le ví.
Un dia al amanecer,
del sol naciente á la luz,
el campo salí á correr,
en mi caballo andaluz.
Gozaba en bañar mi frente
al rayo matutinal
de la púrpura naciente,
cuando sonó de repente
el tiro de un pedreñal.
Refreno el corcel en vano
que asustado se encabrita,
rompe el bridon en mi mano
y fiero se precipita.
Corria el bruto veloz,
ciego, loco, desatado,
hecho trizas el bocado,
inobediente á mi voz.
Cuanto mas mi acento oia,
mas su furia redoblaba;
fosos, barrancos saltaba,
prados y valles corria.
De ímpetu vertiginoso
en desatada embestida,
yo cada vez mas perdida,
y él cada vez mas furioso,
íbamos así los dos,
y en mi amargo desconsuelo,
me acordé que habia un cielo
y un cielo en que habita Dios.
A nuestros piés, de repente,
como cinta onduladora,
aparece mugidora
del rio la ancha corriente,
y á Dios oró con fervor
entonces mi alma afligida,
que es triste perder la vida
de la existencia en la flor.
Cada vez mas insensible,
mas ciego el bruto bravío,
iba ya á arrojarse al rio...
¡Oh! ¡fué un momento terrible!
Mas... de pronto, un hombre osado
se arroja ante el bruto fiero
y hunde su daga certero

del caballo en el costado.
El animal, ya vencida
la fiereza, retroce.....
quiere avanzar y no puede.....
se estremece, y de la vida
rotos los débiles lazos,
caimos, falto el sentido,
el bruto en tierra rendido
y yo rendida en sus brazos.

EULALIA. Accion fué muy singular.
Por vos espuso la vida.

D.ª JUANA. ¿Cómo pues, agradecida,
he de dejarle de amar?

EULALIA. Pero á mucho se resuelve
vuestro amor de hablarle en casa.

D.ª JUANA. Amor que rocas abrasa
mi amor en cenizas vuelve;
él no sabe quien yo soy.
¿Pues que resultar podria
si él no sabe que es la mia
aquesta quinta en que estoy?

EULALIA. (*Viendo á D. Cárlos que baja por la escalera de la quinta.*)
Vuestro hermano viene allí.

## ESCENA III.

**Doña Juana. D. Cárlos de Torrellas. Eulalia.**

D. CARLOS. ¿Qué es aquesto, hermana mia?
¡En el jardin todavía!
¿No vais á vestiros,

D.ª JUANA. Sí,
allá voy por complaceros,

D. CARLOS. Id, doña Juana, cuanto antes.
Hermosuras arrogantes
y arrogantes caballeros
van al momento á poblar
de aquesta quinta las salas,
y hoy es preciso sus galas
con las vuestras eclipsar.
Id á vuestro tocador,
para de él salir triunfante
en hermosura radiante
y deslumbrante en primor.

D.ª JUANA. Voyme pues.

D. CÁRLOS. (*viendo vagar una triste sonrisa por los labios de su hermana.*)
¿Os sonreis?

D.ª JUANA. (*Ap.*) Llevo el alma emponzoñada.

D. CÁRLOS. Aguardad. Una mirada

os pido para don Luis.
Recibidle con dulzura.

D.ª JUANA. (*Ap.*) ¡Siempre don Luis! De ese hombre
aborrezco hasta su nombre.

D. CÁRLOS. Ved que de vuestra hermosura
va á ser dueño. Admitid pues.
su amor con rostro gozoso.
Tratadle ya como á esposo.

D.ª JUANA. ¡Mi esposo! Aun no lo es.
(*Se va seguida de Eulalia.*)

ESCENA IV.

Don Cárlos de Torrellas.

(Contemplando á su hermana que se marcha.)
Y esto ¿qué quiere decir?...
¿se opondria á mis deseos?...
¿seria que doña Juana
tuviese un amor secreto?
¡Sospechas, callad, callad!
Honra mia, andad con tiento.
Doña Juana, vuestra mano
ya yo la he cedido, y creo
que pues lo hice, está bien
que se haga lo que yo quiero.
¡Ay de vos, si mis sospechas
un dia en certezas trueco!

ESCENA V.

**Don Cárlos de Torrellas. Don Luis de Montblanch. Don Salvio Fontanellas. Don Felipe de Guevara.**

Llegan por la escalera de la quinta. Van disfrazados con lujosos trages, y llevan careta en la mano.)

D. LUIS. Amigo don Cárlos, ¿cómo así tan solo y retirado? Por vuestros salones vagan ya muchos máscaras. ¡Magnífico va á estar el baile!

D. CÁRLOS. (*Saludando y estrechando á todos la mano.*) Buenas noches, caballeros. Vuestra presencia aquí me place y me honra sobremanera. (*A dos criados que pasan.*) Iluminad los jardines. (*Los criados ejecutan la órden que han recibido.*)

D. LUIS. ¡Ola! ¿Tambien los jardines? ¿Entonces decid que habeis querido sorprendernos con una de esas fiestas de máscaras como solo se dan en Venecia, segun nos contó el embajador de aquella república que estuvo el año pasado en Barcelona? ¡Os doy el pláceme, don Cárlos! Nos ofreceis un baile soberbio.

D. FELIPE. Delicioso. No puede darse ni mas gusto ni mas esplendidez que la que hemos visto en vuestros salones.

D. SALVIO. Es una magnífica conclusion de carnaval.

D. CÁRLOS. Gracias, caballeros. He aprovechado en efecto el último dia de carnaval para ofrecer este baile á la nobleza catalana al objeto de que hiciera su entrada en la sociedad mi hermana doña Juana de Torrellas, una hermosa jóven, señores, os lo aseguro sin pasion de hermano, que apenas nadie conoce aun en Barcelona, pues del convento donde fué educada pasó á Francia á completar su educacion en casa de nuestro anciano tio don Hildebrando de Rocamur. Os presentaré á mi hermana, señores, y entretanto permitidme que os presente su futuro esposo, y mi amigo, el señor don Luis de Montblanch.

D. FELIPE. ¡Cómo! ¡vos don Luis! ¿y nada nos habeis dicho?

D. SALVIO. Sois un ingrato para con vuestros amigos.

D. LUIS. Era un secreto, caballeros, y habia dado mi palabra á don Cárlos de guardar reserva hasta que á él le pluguiese.

D. FELIPE. Os felicitamos por vuestro enlace, don Luis, que va á hacer de dos familias ilustres una de las casas mas poderosas de Cataluña.

D. LUIS. (*Estrechando la mano á sus dos amigos.*) Gracias, gracias, señores.

(Durante esta conversacion los criados han iluminado los jardines que empiezan á verse cruzados por varios máscaras de ambos sexos que entran y salen de la quinta. Alguno que otro lleva careta blanca. Se nota entre todos uno disfrazado de astrólogo que se pasea con aparente indiferencia, trueca ciertas palabras con los que llevan careta blanca, y no pierde de vista á los cuatro personajes que están en escena, acercándose á veces descuidadamente á ellos como para oir algo de su conversacion.

D. CÁRLOS. Decid, don Luis, ¿Sabeis si vuestro noble tio el virey de Cataluña honrará esta noche mi baile con su presencia?

D. LUIS. Lo dificulto, don Cárlos. En la actualidad le da mucho que hacer esa partida que se ha presentado en las Guillerías á las órdenes del llamado Fadrí de Sau.

D. CÁRLOS. ¡Fadrí de Sau! Hé aquí un hombre temible.

D. LUIS. No para mi noble tio el virey. Se ha propuesto exterminar esta partida y colgar á todos los que la componen. Ya vereis como se sale con la suya.

D. CÁRLOS. Y hará perfectamente. Ya que esos NARROS miserables quieren hacer la guerra á los nobles, ennoblezcámosles como se merecen y hagámosles los señores y los herederos de la horca.

D. FELIPE. ¡Magnífica idea, don Cárlos! ¡La horca! Hé aquí su escudo de armas. ¿Y qué mejor que mueran en plena posesion de su escudo y de sus blasones?

D. SALVIO. Fadrí de Sau es hermano de leche y compañero de don Juan de Serrallonga, ese otro diablo de hombre que tanto ha dado que hablar en Cataluña con sus pendencias y aventuras.

D. CÁRLOS ¡Serrallonga! Hé aquí un hombre con el cual tengo yo una cuenta pendiente.

D. FELIPE. El verdugo se puede encargar de liquidárosla, don Cárlos, si algun dia se atreve á presentarse. Serrallonga es un NARRO, y pertenece por consiguiente á los herederos de la horca.

D. LUIS. ¡A propósito de Serrallonga! Tengo que hablaros, don Cárlos. (*A sus amigos.*) Con vuestro permiso, señores.

D. FELIPE. Concedido, caballeros.

Don Felipe y don Salvio se ponen las caretas y se dirigen al fondo, parándose á hablar con el máscara disfrazado de astrólogo, que les sale al paso. Don Luis se retira á un lado con don Cárlos

D. LUIS (*Hablando á don Cárlos bajo y con misterio.*) Tengo para vos un mensaje de mi tio el virey.

D. CÁRLOS. Decid.

D. LUIS. ¡Se trata de un enemigo vuestro!

D. CÁRSOS ¿De un enemigo mio?

D. LUIS. Implacable, encarnizado. Don Juan de Serrallonga está en Barcelona.

D. CÁRLOS. ¡Justicia de Dios!

D. LUIS. El virey lo sabe, pero ignora donde se esconde y bajo que nombre se oculta.

D. CÁRLOS. Don Luis, ese hombre me pertenece. Don Juan mató á mi primo en el juego, de una pendencia que se originó sobre detener una pelota, y yo juré sobre el cadáver de mi primo vengarle algun dia. Es juramento de sangre hecho sobre sangre vertida, al que no faltará por cierto don Cárlos de Torrellas. Vos no podeis saber todo lo que ódio yo á ese hombre, don Luis. No es solo por la muerte de mi primo, nó; es un ódio de familia, un ódio de raza. Los Serrallongas y los Torrellas se van legando su venganza y su ódio de padres á hijos, de generacion en generacion, y de seguro que ningun Torrellas dormirá nunca en paz en su sepulcro mientras exista en el mundo un solo Serrallonga.

D. FELIPE (*Suspendiendo la conversacion que tiene con el astrólogo y bajando al proscenio.*) Señores, señores, hacedme el placer de abandonar por un instante vuestros graves asuntos. Hé aquí un astrólogo, un mago, un brujo, que sé yo, el cual parece quiere serlo de veras, y que se ofrece á decirnos la buena ventura y á profetizarnos cosas estupendas. ¿Qué os parece? Ven acá, hechicero, prontos estamos á oirte. Descubrénos el porvenir.

## ESCENA VI.

**Don Cárlos de Torrellas. Don Luis de Montblanch. D. Felipe de Guevara. Don Salvio Fontanellas. Fadrí de Sau.** (*disfrazado de astrólogo.*) *Máscaras que cruzan por el jardin. Se oye dentro la música del baile.*

Don Luis se ha puesto la máscara. Don Cárlos se mezcla poco en la conversacion y demuestra estar inquieto como si le agitaran pensamientos sombríos

FADRÍ. (*Se adelanta gravemente. Durante toda esta escena habla con

*pausa, con gravedad, con cierto misterio y con un tinte sombrío de voz.*) ¿Qué quieres de mí, Felipe de Guevara?

D. FELIPE Ya lo veis. Me conoce á pesar de la máscara. Os digo, señores, que ese hombre es un brujo verdadero.

FADRI Dí, ¿qué me quieres, Felipe de Guevara?

D. FELIPE. (*Quitándose el guante y tendiéndole su mano.*) Ahí está mi mano. Léeme mi porvenir.

FADRÍ. ¿Tu porvenir, jóven? No quieras saberlo Pregúntame tu presente, pregúntame tu pasado, pero no quieras saber tu porvenir. En él hay sangre.

D. FELIPE. (*Sin abandonar su tono jovial.*) Sin embargo, es lo único que deseo saber. Mi pasado ha sido un sueño y mi presente es un baile. Hechicero, descórreme el velo de lo futuro ó creeré que no sirves para una farsa.

FADRÍ. Tu pasado ha sido un sueño. En efecto, una infancia bulliciosa pasada en las pendencias y en las querellas, una juventud turbulenta y agitada, un amor fingido, una mujer seducida y abandonada, sueño todo, todo sueño. Tu presente es un baile. Sí, en efecto, baila, rie, diviértete! ¿Qué color de púrpura es ese que se extiende como un manto sobre la fiesta? Es un color de sangre. ¿Qué figuras son esas que se agitan y mueven envueltas en sus holgados sudarios? Son los espectros de tus compañeros de baile. Las luces que alumbraban la sala del festin se han trocado en blandones que alumbran los féretros de los muertos: las bellezas que aparecen á tus ojos vestidas con sus trajes de gala vuelven á presentarse ante tí envueltas en su mortaja. Sí, la vida es un baile. Véte á bailar, Felipe de Guevara. Bailando se va al sepulcro.

D. FELIPE. Ja! ja! ja! Ese hombre dice las cosas como si las creyera. Magnífica chanza, amigo mio. Ahora á otro.

FADRÍ. (*Dirigiéndose á don Salvio.*) Salvio de Fontanellas, capitan de los tercios castellanos, dame tu mano.

D. SALVIO Ahí la tienes, pero advierte que no he de creer en nada de lo que me digas.

FADRÍ. (*Examinando su mano.*) Es verdad. Ya tu mano dice que eres incrédulo, Salvio de Fontanellas. ¡Ah! ¿Tú no crees en los astros? Jóven, la vida es corta; desconfía de los rostros blancos.

D. SALVIO Gracias por el aviso.

FADRÍ. Llegó tu turno, Luis de Montblanch. (*Don Luis lleva su mano al rostro como para asegurarse de que lo lleva cubierto.*) ¡Oh! no lleves tu mano al rostro para convencerte de que lo protege una máscara. Para mí no hay nada oculto. Leo tu nombre en los astros tan perfectamente como pudiera leerlo en tu rostro descubierto.

D. LUIS. Te advierto, máscara, que si me quieres decir algo, ha de ser en lenguaje menos sibilítico del que has usado con esos dos caballeros. Yo no descifro enigmas.

FADRI ¡Ah! tú quieres las cosas claras, ¿quieres saberlas por su nombre? Pues bien, dame tu mano... ¿Vacilas? ¿tienes miedo, don Luis?

D. Luis. ¡Yo! Aun cuando me dijeras que debia morir ahora mismo, y fuese cierto, estaria sereno y tranquilo. No le temo yo á la muerte.

Fadrí. Sin embargo, es tan triste morir á los treinta años (*examinando su mano*), sobre todo cuando se ama, cuando se quiere con delirio á una criatura angelical... ¿Con qué tu quieres saber las cosas claras y sin rodeos? ¿Y si yo te dijese que tienes un rival?

D. Luis ¡Un rival! ¿dónde está? ¿cómo se llama? Dí, dí pronto.

Fadrí. Las líneas de tu mano no me dicen su nombre, pero me aseguran que existe. Vela.

D. Luis. Velaré.

Fadrí. (*Continuando en examinar su mano*). Don Luis, ¿has rezado tus oraciones esta tarde?

D. Luis. ¿Por qué?

Fadrí. Porque oigo la voz de bronce de una campana que dobla por un muerto.

D. Luis. ¿Por mi dobla?.

Fadrí. ¡Quizá!

D. Luis. Y díme, máscara ó brujo, hombre ó demonio ¿no te dice mi mano quién se encargará de hacerme abandonar el mundo?

Fadrí. ¿Quién? ¿Tienes empeño en saberlo?

D. Luis. Sí por cierto.

Fadrí. (*Con voz muy baja*). Un heredero de la horca.

D. Luis. Una palabra mas. ¿Moriré al menos como debe morir un hombre?

Fadrí. Morirás como un bravo y como un valiente.

D. Luis. Seas quien quieras, máscara, te doy las gracias.

Fadrí. (*Ap.*) Lástima que ese hombre sea un enemigo. Tiene corazon.

D. Felipe. (*A D. Salvio.*) El máscara este no sabe hablar mas que de muertes y de sangre.

D. Salvio. Será todo lo que querais, una broma de carnaval, no lo dudo, será un compañero nuestro tal vez, pero tiene un acento sombrío y una voz que hiela la sangre.

D. Felipe. Parece que la broma os ha impresionado. Ja! ja! ja!

Fadrí. ¿No hay nadie mas á quien decir la buenaventura?

D. Luis. La mala ventura dirias mejor, astrólogo. A todos nos ha profetizado desgracias.

D. Felipe. Dísela á D. Cárlos. Venid acá D. Cárlos.

(Don Cárlos durante esta escena se ha paseado dando muestras de inquietud, hablando poco y distraidamente con algunas máscaras que han cruzado por su lado, y acercándose apenas á sus tres amigos.)

D. Cárlos. (*Aproximándose*) No, caballeros, no; yo no quiero saber mi suerte. ¿Qué me importa á mí del porvenir? Si tanto afan tienes por decir la buena ventura, máscara, y por continuar la broma que con tu disfraz te has propuesto llevar á cabo, dísela á cualquiera, al primero que pase (*paseando una mirada por la escena*), al máscara aquel, por ejemplo, que anda allí solo y perdido como en busca de aventuras. (*Señala á un máscara, de do-*

*minó, que ha bajado la escalinata de la quinta y se pasea por el jardin mirando á todas partes como en busca de alguno.)* Será un buen medio para probar tus talentos de adivino ejercitándolos así en el primero que la casualidad te depara.

D. Felipe. Sí, sí, teneis razon. ¡Eh! ¡máscara! el del dominó... *(El máscara se vuelve y pregunta por señas si es á él á quien llaman.)* Sí, á vos, á vos mismo. Acercaos si os place. Aquí hay un astrólogo dispuesto á deciros la buena ventura.

D. Cárlos. (*Tomando el brazo de D. Luis de Montblanch.*) Vámonos al salon, D. Luis, y dejemos á esos locos que se diviertan.

D. Luis. Que me place. (*Se entran en la quinta.)*

Fadrí. (*Mirando atentamente al del dominó que se acerca. Aparte.*) Juraria que es él. Ese modo de andar, esos ojos que centellean á través de la máscara... Si yo pudiera hacerle hablar... Me bastaria solo oirle una sílaba.

D. Felipe. (*Al dominó.*) Ese astrólogo que aquí ves, y que es todo un hechicero en carne y hueso, se compromete á contarte tu vida pasada y tu historia futura, empezando por decirte tu nombre, el de tus padres, el de tus abuelos, y el de tus hijos, si los tienes. Todo esto, como se supone, sin verte el rostro.

El Máscara. (*Aparte*). ¿Qué diablos es eso? ¿será un lazo?

Fadrí. Sí, esos jóvenes incrédulos no quieren creer en el poder de los astros; y sin embargo, nada mas cierto ni positivo. Habeis querido una prueba patente de mi poder y voy á dárosla. Me habeis señalado el primer máscara que cruzaba y me habeis dicho: dinos quién es, y te creemos. Pues bien, el máscara está aqui, en vuestra presencia, aun no ha hablado, nadie le conoce, y no obstante, yo sé quien es.

El Máscara. ¡Tú!

Fadrí. (*Ap.)* Es él. (*Alto.*) Yo. (*A don Felipe y á don Salvio.*) Caballeros, os suplico que nos dejeis solos. Lo que tengo que decir á ese hombre solo debe ser de él conocido. Respetad el misterio de la máscara, y no querais con mi poder abusar del secreto con que quieren guardar su nombre los que vienen disfrazados á la fiesta.

D. Felipe. Sea como vos pedís, caballero brujo. (*Al del dominó.*) Adios, compañero. Os dejamos á solas con el diablo. Cuidad de no acercaros mucho á él para que no os abrase. Nosotros nos vamos al baile.

D. Salvio. *(A don Felipe mientras se marchan y suben la escalinata.)* Os digo que hay algo de misterioso en ese astrólogo. Sus palabras dan frio. Le vigilaré.

D. Felipe. No seais así, don Salvio. Esto es una pura broma de carnaval. (*Se van).*

ESCENA VII.

**D. Juan de Serrallonga. Fadrí de Sau.**

El jardin y el parque han quedado desiertos. Los acordes de la música, que continúa oyéndose, han ido llamando y atrayendo á los salones á todos los máscaras que vagaban por los jardines. D. Juan de Serrallonga, mudo y frio como una estátua, se ha cruzado de brazos y espera con tranquilidad el fin de su aventura. Sus ojos son los únicos que hablan, pues han seguido, hasta perderlos de vista, á los dos nobles, y se fijan con insistencia, luego de haber desaparecido estos, en el fingido astrólogo como si pretendieran taladrar la máscara que le cubre. Fadrí de Sau se asegura de que están completamente solos y de que nadie puede oirlos, y en seguida se dirige á D. Juan al que habla bajo, con misterio, pero enérgicamente.)

FADRÍ. *(Hablándole casi el oido á D. Juan.)* D. Juan de Serrallonga, sois un imprudente *(D. Juan se estremece al oir su nombre y hace un movimiento que es comprendido por el Fadrí.)* ¡Oh! no introduzcais la mano en vuestro dominó para buscar el puño de la daga. Sé muy bien que á cualquier otro que hubiese murmurado á vuestro oido, como yo acabo de hacerlo, vuestro verdadero nombre, le hubiérais tendido muerto á vuestras plantas.

D. JUAN. ¿Y por qué á tí no?

FADRÍ. Porque yo, D Juan, soy un hombre que en un dia de peligro puedo salvaros muriendo por vos, como en un dia de peligro tambien murió mi padre para salvar el vuestro. *(Se quita la máscara.)*

D. JUAN. ¡Fadrí de Sau! *(Quitándose tambien la careta y tendiéndole la mano.)*

FADRÍ. El mismo, vuestro amigo, vuestro hermano, el que está dispuesto á dar toda su sangre por vos.

D. JUAN. Fadrí de Sau, me han contado que te has hecho bandolero.

FADRÍ. Me han obligado á ello, don Juan. ¡Oh! vos no sabeis, vos no podeis saber lo que ha sucedido durante vuestra ausencia. Los NARROS, como si no fuese bastante haber herido nuestra dignidad con ese inmundo apodo solo porque proclamamos los derechos del pueblo contra esa nobleza sedienta de nuestro oro y de nuestra sangre, los NARROS hemos sido perseguidos, hostigados, cazados como si fuésemos miserables jabalíes nacidos para el placer de esos feudales barones. Un dia, don Juan, uno de ellos cruzó el rostro de mi madre, de mi pobre y anciana madre á latigazos.

D. JUAN. ¿Y tú que hiciste?

FADRÍ. Le maté. Otro dia un caballero engañó á mi hermana con un amor fingido, la robó de mi casa, y despues de haberla infamemente seducido, la abandonó en mitad de un camino perdida y deshonrada.

D. JUAN. ¿Y á ese otro?

FADRÍ. A ese otro le mataré hoy, esta noche, aquí, en esta casa.

D. JUAN. ¿Está aquí?

FADRÍ. Acaba de despedirse de vos hace un instante. Perseguido por haber dado muerte al infame apaleador de mi anciana madre,

sentenciado á la pena de horca como homicida, rechazado de todas partes como NARRO, fuí á buscar un refugio en nuestras montañas, y allí, en medio de aquellas rocas inaccesibles y de aquellas sierras impracticables, levanté una bandera de ódio y de venganza contra la nobleza. Bien pronto vinieron á unírseme algunos de los de nuestro bando, arrojados como yo de sus hogares por una persecucion incansable. A estos siguieron otros, y luego otros, y hoy tengo á mis órdenes un puñado de valientes que vale por un ejército. Nos han proscrito de los pueblos y ciudades, don Juan. Mejor; ahora tenemos las montañas. No se atreverán ¡ira de Dios! á echarnos de ellas. Hacemos guerra á los nobles, á sus haciendas, á sus bienes, á todo lo que les pertenece. Hé aquí porque nos llaman foragidos y bandoleros.

D. JUAN Hablas de los nobles como si yo no perteneciese á ellos ¿Te olvidas de quien yo soy?

FADRÍ ¡Oh! vos, D. Juan, no perteneceis á esa clase de nobles que con su conducta imprudente y con su insensato orgullo nos han lanzado á la montaña convirtiéndonos en bandidos.

D. JUAN ¿Y á qué has venido aquí esta noche, Fadrí?

FADRÍ. He venido á continuar mi obra de venganza. ¿Oís los acordes de esa música incitadora que convida á la fiesta y á la danza? Bien pronto, á los mágicos arrullos de esas hechiceras cadencias sucederán gritos espantosos de muerte y desesperacion. ¿Veis esa multitud de máscaras que se agitan ébrias de placer en medio de torrentes de luz y de armonía? Bien pronto nadarán en charcos de sangre, y huirán por entre montones de cadáveres perseguidos por el puñal justiciero de los hijos de las montañas, de los que ellos llaman con sangriento sarcasmo los herederos de la horca.

D. JUAN. Tus palabras son fatídicas y terribles, Fadrí. ¿Qué es pues lo que pretendes?

FADRÍ. Vais á saberlo. Para vos no tengo yo secretos. Un criado nos ha vendido hoy por oro la entrada de esta quinta. Todos los que veis cruzar por el salon cubierto el rostro con mascara blanca, son mis compañeros de las Guillerías los hombres de mi banda. A una señal mia, que he de darla dejando oir por tres veces el canto del buho, todos acudirán á reunirse en este sitio, caerán las máscaras y los disfraces y aparecerán los bandoleros, brillarán al aire los puñales, y, pedreñal en mano, nos arrojaremos sobre esos hombres encenegados en el placer y en la orgía. Por largo tiempo guardará Barcelona memoria horrible de esta noche.

D. JUAN. ¡Fadrí!

FADRÍ. Una palabra mas, D. Juan. ¿Quereis ser de los nuestros? Perseguido sois vos como yo por el crímen mismo que yo he cometido. Esta noche puede ejecutarse la doble obra de vuestra venganza y la mia. Enemigos vuestros son cuantos hay en esta casa. Son todos CADELLS, D. Juan. Uníos á mí para extermi-

nar á los Torrellas. Con mi banda os doy un ejército. Sed su capitan, yo seré vuestro teniente: ¡con el botin de esta noche nos retiraremos á las montañas, y antes de un año dictamos desde las Guillerías la ley á Cataluña.

D. JUAN. Te he dejado hablar sin interrumpirte. ¿Tú sabes lo que me propones? Una traicion.

FADRÍ. Una venganza.

D. JUAN. ¡Una traicion, Fadrí! Llamemos á las cosas por su verdaro nombre. Esta noche he venido aquí, á la casa de mis mas implacables enemigos, no con deseos de venganza, sino con proyectos de amor. Recorre los salones de esta casa una dama á quien he prometido amor y fidelidad mientras yo viva. D. Cárlos de Torrellas no sabe que yo esté aquí; pero no por dejar él de saberlo, dejo yo de ser su huésped. Ahora bien, D. Juan de Serrallonga no será nunca ingrato á la hospitalidad, siquiera se la dé el enemigo mas encarnizado de su familia. Sigue en buen hora tus planes de venganza, Fadrí, porque ya sé que no eres hombre para renunciar á ellos facilmente. La única diferencia que habrá es la de encontrarte con un cadáver mas cuando cuentes el número de muertos.

FADRÍ. (*Con asombro*) ¡D. Juan!

D. JUAN. (*Tranquilamente.*) Sí, Fadrí, esto ha de ser y esto será. Soy huésped de D. Cárlos de Torrellas, y cuando suene la hora del exterminio y des tu la señal de la matanza, me encontrareis en mi puesto, al lado de D. Cárlos, y pasareis por encima de mi cadáver para llegar á él.

FADRÍ. ¡Esto no puede ser, D. Juan!

D. JUAN. Te digo que así será. ¿A tí qué te importa? Al fin y al cabo ganas en ello, pues te encuentras con un muerto mas en la suma total.

FADRÍ. D. Juan, ninguno de los mios se atreverá jamás á levantar un arma contra vos, si no quiere que mi pedreñal le tienda cadáver á vuestros piés.

D. JUAN. ¡Escrúpulos necios! Si te dan muy á menudo esas ideas, poca carrera harás en el oficio que has tomado.

FADRÍ. Por última vez os lo digo, D. Juan. Sed de los nuestros.

D. JUAN. Por última vez te lo repito, Fadrí. Soy huésped de D. Cárlos y me portaré como tal. No venderé tu secreto, pero me hallarás á su lado.

FADRÍ. *(Ap.)* ¡Noble siempre! *(Alto.)* Una palabra sola. ¿Sabeis quien es esa dama de la que andais enamorado?

D. JUAN. No, pero saberlo no quiero tampoco. Si tú lo sabes, Fadrí, guárdalo, que pues se recata de mí, motivos tendrá para ello, y justo es que yo no lo sepa hasta que á ella le plazca decírmelo. *(Viendo á doña Juana que aparece en lo alto de la escalera.)* Y á propósito. Allá veo á una dama que por sus trazas me parece que es la que mi corazon adora. Déjame con ella. Vé á tus proyectos de venganza; yo me quedo con mi amor.

FADRÍ. ¡D. Juan! ¡D. Juan! *(En tono suplicante.)*

D. Juan. Ni una palabra mas. Tu secreto está bien guardado. Ya no me acuerdo de lo que me has dicho, y cuando suene la señal, tú estarás en tu puesto, y yo en el mio. Adios.

Fadrí. Pero...

D. Juan. Adios, Fadrí!

(D. Juan se dirige al encuentro de doña Juana. Fadrí se pone la máscara y se aleja por el jardin.)

Fadrí. *(Ap. marchándose.)* ¡Oh! ¡es un hombre de hierro ese! ¡Si pudiésemos tenerle por capitan!...

## ESCENA VIII.

**Don Juan de Serrallonga. Doña Juana de Torrellas.**

D.ª Juana. ¡D. Alonso!
D. Juan. El mismo soy,
señora del alma mia...
D.ª Juana. *(Ap.)* Turbada, por Dios, estoy.
D. Juan. D. Alonso, que querria
á vuestros piés morir hoy.
Ardiente el pecho os adora,
ángel de mi vida errante.
Que esa máscara, señora,
¡ay! no me ofusque traidora
el sol de vuestro semblante.
D.ª Juana. Galan estais en verdad.
D. Juan. ¿No he de estarlo, vida mia?
Tened de mi amor piedad.
Sin vos la noche y el dia
todo me es oscuridad.
Dejad para mi consuelo
que entre purpúreo arrebol
se muestre el rostro á mi anhelo,
como sin nubes el sol
se ostenta en el claro cielo.
¿No sois el sol de mi amor?
D.ª Juana. Dejad las flores al fin.
D. Juan. ¿Dejarlas puedo en rigor
si el amor es un jardin
y de él vos la mejor flor?
D.ª Juana. Quiero complaceros. *(Quitándose la máscara.)*
D. Juan. ¡Oh!
¡Gracias mil, gracias, señora!
¡Qué bella y qué encantadora!
¡Nunca nacer viera yo
mas rica y bella á la aurora!
D.ª Juana. D. Alonso, tras mi vienen.
Poco, ay de mí, puedo hablaros.

D. JUAN. ¿Qué es eso? ¿Vais á alejaros?
D.ª JUANA. Amor y honor hoy me tienen
inquieta. Voy á dejaros,
sí, D. Alonso. Quizá
pueda volver... ¡Ay!
D. JUAN. ¿Sufrís?
D.ª JUANA. No. *(Procurando dominarse.)*
D. JUAN. Apenas llegais partís.
Por Dios que me inquieta ya
el misterio en que vivís.
D.ª JUANA. Hoy toda yo soy recelos.
D. JUAN. ¿De esas turbas seductoras
quizá un galan...
D.ª JUANA. ¿Teneis celos?
D. JUAN. Los tengo hasta de los cielos
porque os ven á todas horas.
D.ª JUANA. No. Mi amor es para vos.
(Aparece D. Luis de Montblanch en lo alto de la escalera:)
En vos espero y confio.
El dueño de mi alvedrío
sois. ¡Oh! bien lo sabe Dios!
Vuestro destino es el mio.
Mas dejadme ahora partir.
Mi ausencia notan quizá.
D. JUAN. Ved que os tengo de decir...
(D. Luis de Montblanch que ha bajado la escalera y ha oido algunas palabras, se dirige precipitadamente hácia los actores que están en la escena.)
D. LUIS. ¡Doña Juana!
D.ª JUANA. ¡Es tarde ya! *(Ahogando un grito de dolor.)*
(Al oir la voz de un hombre, don Juan se pone precipitadamente la máscara, D. Luis se adelanta y dirige con imperio la palabra á doña Juana dando á conocer en su voz y ademanes los celos que le atormentan.

## ESCENA IX.

**D. Juan de Serrallonga. D.ª Juana de Torrellas. D. Luis de Montblanch.**
(Este último sin máscara.)

D. LUIS. Decid, ¿quién es ese hombre *(A doña Juana.)*
que en reserva y á estas horas,
en un lugar apartado
os habla de amor, señora?
D.ª JUANA. (¡Dios bondadoso!) ¡D. Luis!...
D. LUIS. El despecho me sofoca.
¿Quién es ese hombre, decid?
D. JUAN. ¿Y quién es el que, la honra
de galan dejando á un lado,
así á una dama provoca
con voces poco corteses

y menos corteses obras?

D.ª JUANA. Caballeros por piedad.....
(¡Dios mio, misericordia!)

D. LUIS. Soy quien puede hacer lo que hace
porque es mi futura esposa
esa dama.

D.ª JUANA. No le creais. (*A don Juan.*)

D. JUAN. Mintió vuestra infame boca.

D. LUIS. Caballero que un mentís
así al rostro de otro arroja,
ya sabe, si es caballero,
lo que en tal caso le toca.

(Pasando por delante de doña Juana y apartándola á un lado, se dirige á don Juan.)

Yo soy don Luis de Montblanch.

D. JUAN. Yo don Juan de Serrallonga. (*Arrancándose la máscara.*)

D.ª JUANA. (*Cayendo desvanecida en un banco del jardin.*)
¡El! .. ¡Serrallonga!...

D. LUIS. (*Mirándole asombrado.*) ¡Don Juan!

D. JUAN. Miradme bien, que os importa;
miradme, que quien mi rostro
hoy ha visto una vez sola,
no debe volverle á ver
y está en el mundo de sobras.
Y pues ya he dicho mi nombre,
las palabras son ociosas.
Hombre que mi nombre sabe,
no debe tener, me importa,
ni manos para escribirlo
ni para decirlo boca.

D. LUIS. ¡Vos! ¡Serrallonga!

D. JUAN. Yo soy;
el que ha vuelto á Barcelona,
el matador de don Félix,
el vengador de su honra,
yo soy el NARRO proscrito,
sí, don Luis, soy Serrallonga,
uno de los que llamais
herederos de la horca.

D. LUIS. Ambos llevamos espadas, (*Señalándole el parque.*)
el hablar está de sobras. (*Salen precipitadamente.*)

D.ª JUANA. (*Levantándose pálida, agitada, fuera de sí.*)
¡Dios mio! se van... se van...
caballeros... ¡yo estoy loca!
Van á batirse, ¡Dios justo!
El ¡cielos! ¡un Serrallonga!
¡un enemigo implacable
de mi raza... Qué me importa!

Sea Serrallonga ó Chaves,
es suya mi vida toda.
Voy...

(Viendo á don Carlos que se presenta en la puerta de la quinta acompañado de don Bernardo de Serrallonga.)

¡Mi hermano!

(Quédase inmóvil, y no sabiendo que hacer se pone la máscara para que el rostro no venda su agitacion.

## ESCENA X

**Don Carlos de Torrellas. Don Bernardo de Serrallonga.**

(Este último con hábito de Montesa.)

(Don Carlos al ver á su hermana le señala la quinta, y le dirige la palabra gravemente.)

D. CARLOS. Doña Juana,
en el salon os esperan.

(Doña Juana, baja la cabeza, confusa y sin atreverse á resistir, se dirige á la quinta.)

D. BERNARDO. Estraña se os habrá hecho
esta visita tan nueva.

D. CARLOS. Confiésoos, sí, que la estraño,
y la estraño en gran manera.
De don Juan de Serrallonga
el padre sois, y no acierta
á esplicarme mi razon
por qué el verme os interesa.
Ahora ya podeis hablar.
Decid.

D. BERNARDO. Despacio os quisiera.

D. CARLOS. Yo nunca á mis enemigos
hablo con calma perfecta
en el interior de casa.
Por esto salir á fuera
os hice, para que vos
podais hablar fuera de ella
con mas libertad, y yo
responder, sin que parezca
que el estar dentro mi casa
le da mas brío á mi lengua.

D. BERNARDO. ¡Qué lejos estais, don Cárlos,
de mi intencion justa y buena!
No es rencor el que me guia,
antes es celo, que intenta
reconciliar esos ódios
que nuestras vidas inquietan.
No duran en pechos nobles
las venganzas, las ofensas.
El hombre en venganzos trata,
Dios en el perdon se emplea:

Dios se vengára si acaso
la venganza fuera buena:
luego el perdonar es honra
y la venganza bajeza,
pues que solo Dios perdona
y solo el hombre se venga.
Depongamos nuestros ódios,
olvidemos las ofensas;
oid, don Cárlos, la voz
del viejo que así os lo ruega,
y que unidos desde hoy mas
NARROS Y CADELLS se vean.
Don Cárlos, yo tengo un hijo
y vos una hermana bella:
noble es él, ella tambien,
unamos su suerte y sea...

D. CARLOS. No termineis, don Bernardo,
que hariais mayor la ofensa.
¡Mi hermana con vuestro hijo!
¡Buena igualdad! ¿Qué dijeran
Cataluña y todo el mundo?

D. BERNARDO. Veo por vuestra respuesta
que aun no me habeis conocido.
¿Sabeis que en la paz y en guerra
Bernardo de Serrallonga
por su espada y su nobleza
fué espejo de Barcelona,
como aquesta cruz lo muestra?
¿Conoceisme?

D. CARLOS. Ya os conozco.
Quizá si no os conociera,
no hubiera sentido tanto
la caduca intencion vuestra.
Os conozco, sí, y por cierto
me ha enojado vuestra lengua,
pero por viejo os perdono.

D. BERNARDO. Vive Dios que mi nobleza
es timbre de Barcelona
y es mucho mas que la vuestra,
y aunque soy viejo mi espada...

D. CARLOS. Castigára mi soberbia
esa desverguenza ahora,
á no mirar que era mengua
matar á un muerto, que ya
alienta y respira apenas.

D. BERNARDO. Vive Dios que de este insulto.....

D. CARLOS. Idos aprisa, idos luego,
y para que no parezca
que por viejo me adelanto

con vos en esta respuesta,
un hijo teneis que es mozo,
andad, decid que os defienda.
¡Ola! ¡Roberto! (*Llamando.*)

ROBERTO (*Apareciendo.*) ¡Señor!

D. CARLOS. La llave de aquella verja.

(Roberto se la entrega y se va á una señal de su amo. Don Carlos toma la llave y la arroja á los piés de don Bernardo.)

Y para que no volvais
á manchar con vuestras huellas
los salones de mi casa,
abrid vos mismo esa verja.
Por ella saldreis al campo.
Marchaos. La llave es esa (*se la arroja*)
y que nunca mas, anciano,
en mi propia casa os vea,
si no querais que os arrojen
mis criados á la puerta.

## ESCENA XI.

**D. Benardo.** *En seguida* **D. Juan.**

D. BERNARDO. ¿Quedamos buenos, honor?
canas, decid ¿quedais buenas?
¿Qué ocasion busca la vida
si no acaba en esta afrenta?
¡Yo ultrajado de don Cárlos!
¡Mal haya el hombre que llega
á tiempo que estando vivo,
está muerto á su defensa!
Voy á buscar á mi hijo.
A Dios, casa, donde quedan
tantos testigos que hablan
mis desprecios, mis ofensas,
que pues las paredes oyen,
tambien hablarán sin lengua.

(Permanece un momento pensativo. En seguida se baja á coger la llave y se dirige á abrir la verja. Don Juan ha llegado del parque y dice los primeros versos sin ver á su padre. Viene sin espada y sin dominó, con la cabeza baja, ensimismado, y va adelantándose lentamente hácia el proscenio á medida que habla consigo mismo.)

D. JUAN. Le maté. Bien muerto está.
¿Quién le mandaba insultarme?
Necesitaba vengarme,
y héme aquí vengado ya.
Del virey era sobrino....
¿Se ha visto mas cruda suerte?
Me pone ahora su muerte

del cadalso en el camino.
¿Qué negra fatalidad
traidora mis pasos guia?

D. BERNARDO. (*Que ha cogido la llave y va para abrir la verja, se vuelve y ve á su hijo meditabundo y cruzado de brazos en medio de la escena.*)
¡Juan! El cielo me lo envia!

D. JUAN. (*Asombrado al reconocer á su padre, arroja un grito no acertando á comprender como puede estar en aquel sitio*)
¡Vos aquí!

D. BERNARDO. La adversidad
me condujo á estos lugares.

D. JUAN. ¡Padre! (*Cada vez mas asombrado.*)

D. BERNARDO. Juan, me has de vengar. (*Solemnemente.*)

D. JUAN. ¡Señor! (*Ap.*) ¿Qué nuevos pesares
su voz me va á revelar?

D. BERNARDO. Yo, Juan, he venido aquí.... (*Ajitado y fuera de sí.*)
no recuerdo á que he venido...
De perdon hablé... y de olvido...
de paz, de boda.... ¡Ay de mí!

D. JUAN. Padre mio, ¿estais en vos? (*Inquieto.*)
¿Qué es esto, padre?... ¿qué pasa?...

D. BERNARDO. Me han echado de esta casa
como á un perro. (*Con esplosion.*)

D. JUAN. Ira de Dios! (*Con un arranque supremo.*)

D. BERNARDO. ¿Mi semblante demudado
no te dice mis enojos?
¿No ves llamas en mis ojos
de la honra que me han quitado?

(En este momento Fadrí de Sau aparece en el fondo del teatro viniendo del parque, y se queda retirado tras de un árbol oyendo la conversacion. D. Juan está inquieto y demuestra claramente la lucha que le agita en su interior.)

Me ha insultado á su sabor
y yo tenia una espada....
No sirve un viejo de nada,
ni para guardar su honor.
¡Mis canas han ultrajado
y él vive viviendo yo!
Juan, mi honra ha pisoteado....

D. JUAN. ¿Pero quién os insultó? (*Con acento ronco.*)
Su nombre y sea quien fuere...

D. BERNARDO. Don Cárlos Torrellas fué.

(Don Juan se estremece, pasa una mano crispada por su frente, y dice con voz hueca y sombría, como si la arrancara del fondo de su corazon:)

D. JUAN. ¡La fatalidad lo quiere! (*Ap.*)

(Se domina de pronto como si por un esfuerzo supremo de voluntad hubiese terminado su lucha y tomado una gran resolucion, y dice á su padre con voz tranquila, natural, pero reconcentrada y enérgica:)

Idos, padre. ¡Os vengaré!

D. BERNARDO. (*Como hablándose á sí mismo.*)

Débil soy, y para nada
hoy me ha servido este acero.
¡Juan!

D. JUAN. ¡Padre mio!

D. BERNARDO. ¡En tí espero!
(*Desenvainando su espada y tendiéndosela á don Juan.*)
Juan, te confio mi espada.

D. JUAN. (*Tomándola con reconocimiento.*)
¡Oh! ¡gracias!.... Podeis marcharos.

D. BERNARDO. Si con mi auxilio juzgó
tu intencion....

D. JUAN. (*Despidiéndole y haciéndole señas de que se aleje.*)
Para vengaros
me sobro á mi mismo yo.

(D. Bernardo abre la verja y se vá, dejándola abierta. D. Juan se queda en medio de la escena cruzado de brazos, meditabundo y sombrío. Fadrí de Sau sale de detrás del arbol donde estaba escondido y se queda inmóvil á tres pasos de distancia de don Juan. Va todavía disfrazado de astrólogo, pero sin mascara.)

## ESCENA XII.

**D. Juan de Serrállonga. Fadri de Sau.**

FADRI. (*Ap.*) El sobrino del virey muerto por su mano... Su padre insultado por don Cárlos.... Ese hombre es nuestro.

D. JUAN. (*Tiene un momento de lucha. En seguida, como obedeciendo á su delirio y como si ya supiese por efecto de su fascinacion que el que busca está al alcance de su voz. llama con voz ronca:*) ¡Fadrí!

FADRI. (*Presentándose.*) ¿Don Juan?

D. JUAN. ¿Me dijiste que serias mi teniente?

FADRI. Sí, don Juan. Con alma y vida.

D. JUAN. Llama á los tuyos y dame á conocer por vuestro capitan.

(Fadrí se dirige sin contestar al bosquecillo y se introduce en él. A los pocos instantes se oye por tres veces el canto lúgubre del buho, mientras que continúa dentro la música del baile. Pocos momentos despues, la escena se llena de máscaras, todos cubierto el rostro por careta blanca. Fadrí sale del bosquecillo y todos se agrupan junto á él. Don Juan permanece á un lado del teatro.)

## ESCENA XIII.

**D. Juan de Serrallonga. Fadri de Sau.** *Los bandoleros, entre ellos* **Tallaferro.**

FADRI. Compañeros, ha llegado el momento. ~~La fiesta está~~ animada, ~~y la embriaguez de su~~ placer los pone en nuestras manos. Otro hombre va á guiaros al combate, otro hombre que de hoy mas será vuestro capitan.

TALLAFERRO. ¿Y quién es el hombre á quien tú cedes el puesto?

FADRI. (*Señalando á Don Juan.*) Miradle allí. Respetadle de hoy mas como á vuestro gefe. Es don Juan de Serrallonga.

TALLAFERRO. ¡Serrallonga!

(Murmullos de satisfaccion y de gozo entre los bandoleros. Don Juan se adelanta con la espada de su padre en la mano. Todos le rodean.)

D. JUAN. ¡Abajo las máscaras y los disfraces!

(Todos se quitan los disfraces apareciendo en su trage de bandoleros. Todos llevan puñal al cinto: algunos empuñan los pedreñales que llevaban ocultos bajo sus dominós.)

D. JUAN Soy don Juan de Serrallonga. ¿Me quereis por vuestro capitan?

TODOS. Sí.

D. JUAN. ¡Juradme obediencia!

(Extiende su espada cogiéndola por la punta, y todos sacando sus puñales, ponen la punta sobre la cruz del pomo.)

D. JUAN. Jurad!

TODOS Juramos!

D. JUAN. Compañeros, ha sonado ya la hora de la venganza para vosotros y para mí. Que no haya perdon ni cuartel para nadie. Las sombras insepultas y errantes de los NARROS miserablemente asesinados nos piden venganza. Ya que ellos nos llaman á nosotros los herederos de la horca, sean ellos la herencia de nuestros puñales. Compañeros, venganza y exterminio!

FADRI. TALLAFERRO. ¡Venganza y exterminio!

(Se precipitan todos hácia la quinta dando voces y gritos de venganza. Se oye entre todas la voz de don Juan que desde el umbral de la puerta grita.)

D. JUAN. Respetadme á don Cárlos de Torrellas. A este le quiero para mí. Es la única parte del botin que me reservo.

(La escena queda sola unos breves instantes. La música del baile ha cesado de pronto y se oyen den ro gritos horribles de muerte y agudos lamentos dominados por las voces de los bandoleros. Suenan algunos tiros y ruido de espadas. Varios máscaras con los trages en desórden cruzan rápidamente el teatro perseguidos por dos ó tres bandoleros, y desaparecen unos por la puerta de la verja y otros por el parque. Todo indica que en el interior de la quinta reinan el desórden y la confusion mayores. De pronto se ve bajar á don Cárlos precipitadamente, descompuesto el traje, y con un pedazo de espada que figura habérsele roto combatiendo.)

## ESCENA XIV.

**Don Cárlos de Torrellas, Don Juan de Serrallonga.** (*en seguida.*)

D. CÁRLOS. Se me ha roto la espada. ¡Infames! voy por esa verja en busca de auxilio.... ¡Dios mio! ¡yo no sé lo que me sucede! ¡Oh! ¡qué horrible noche! (*Llamando.*) ¡A mí, mis criados, á mí! Roberto! ¡Juan! ¡á mí!

D. JUAN. (*Saliendo precipitadamente espada en mano.*) ¡Ah! por fin te tengo. Padre, voy á vengarte!

D. CÁRLOS ¡Don Juan de Serrallonga! Ya me decia mi ódio que estabas tú entre los asesinos y entre los saqueadores de mi casa.

D. JUAN. Bien puedes insultarme á tu placer. ¡Vas á morir!

D. CÁRLOS. ¿Quieres asesinarme?

D. JUAN. Vengarme quiero, vengar á mi padre anciano á quien has ultrajado sin piedad á sus canas y á sus años, pero antes de matarte quiero decirte: Cárlos de Torrellas, el que insulta á un po-

bre viejo indefenso es un infame, y tú Cárlos de Torrellas, eres doblemente infame.

D. CÁRLOS. ¡Miserable!

D. JUÁN.. ¡Muere pues con la muerte de los cobardes!

(Se arroja á él, pero se detiene al oir el grito que lanza doña Juana presentándose de repente en la escena.)

## ESCENA XV.

**Dichos y doña Juana.**

D.ª JUANA. ¡Oh! ¡Deteneos! ¡Deteneos! Es mi hermano.

D. JUAN. ¡Cielo y tierra!

D.ª JUANA. Es mi hermano, mi hermano don Cárlos.

D. JUAN. ¡Señora, vos! ¡La hermana de mi mayor enemigo! ¡Oh! ¡Yo me volveré loco esta noche!

## ESCENA XVI.

**Dichos. Fadri. Tallaferro,** *algunos bandoleros.*

FADRI. El capitan de los tercios castellanos don Salvio Fontanellas ha podido escaparse y viene con sus soldados contra nosotros.

D. JUAN. Haz la señal y reune á los nuestros.

(Fadrí de Sau lleva un silbato a sus labios y deja oir cuatro ó cinco prolongados silbidos. A esta señal van acudiendo los bandoleros dispersos.)

D. JUAN. Cárlos de Torrellas, el amor puede mas que la venganza. Te perdono la vida.

D. CÁRLOS No la acepto de tí, bandolero.

D. JUAN. Bandolero, sí (*á doña Juana*); ya lo oís, señora. Me arrojan de las ciudades: me voy á las montañas.

D ª JUANA Y yo contigo, don Juan. Tu destino es el mio.

D. JUAN. Eres una mujer noble.

D. CÁRLOS ¡Juana! ¡Juana!

D. JUAN Apartad. ¿Qué mas quereis cuando os he mirado cara á cara y no os he muerto?

D. CÁRLOS. ¡Oh! Me vengaré, raptor infame. Vuelo en busca de los mios, y hasta las entrañas de la tierra sabrá perseguirte don Cárlos de Torrellas (*Vase precipitadamente.*)

FADRÍ. (*Mostrando su pedreñal.*) ¿Hay que detenerle, capitan?

D. JUAN. Déjale, Fadrí. Le he dicho que le perdonaba la vida, y mi palabra es sagrada. Tu amor le ha salvado, Juana. (*A todos.*) ¡Y ahora, compañeros, á las Guillerías! No vendrán á perseguirnos á esas fortalezas que tienen montes impracticables por murallas. A las montañas, amigos mios, y declaremos desde allí una guerra sin piedad y sin cuartel, una guerra de exterminio á todos esos nobles infames que juegan con la vida de sus vasallos y comercian con su honra. ¡A las montañas! Juana, en vida y en muerte soy tuyo. ¡A las montañas!

TODOS. ¡A las montañas!

FIN DEL PRÓLOGO.

# ACTO PRIMERO.

---

*Las Guillerías. Lugar agreste y solitario en las entrañas de los montes. A la derecha desde el primer bastidor arranca la cuesta que sube á lo alto del monte, y que revolviendo á la izquierda y cortando el teatro, gira luego á la derecha y va á desaparecer otra vez por la izquierda, habiendo así descrito tres ó cuatro giros á la vista del espectador. Grandes matorrales en toda la subida. Abajo en el teatro, y en primer término, en el sitio de donde parte la cuesta, hay un claro del monte. Grandes grupos de árboles y muchas matas altas y frondosas. A la izquierda comienza la pendiente que figura bajar al llano. A la derecha, y de frente al espectador, la entrada de una profunda cueva cerrada por espesos matorrales. La boca de esta cueva se abre precisamente debajo del primer recodo que forma el camino de subida. Un sendero figura pasar por delante de la cueva siguiendo por la derecha. A la izquierda y junto á la pendiente que baja al llano la entrada de un bosque.*

## ESCENA I.

Despunta el alba. Los bandoleros de Serrallonga esparcidos por la escena, la mayor parte durmiendo envueltos en su manta, algunos hablando sentados en el suelo, y en el fondo dos al pié de un árbol jugando á los dados. FADRI DE SAU recostado contra unas matas junto á la cueva. Un centinela se pasea por delante de la boca de esta. Otro centinela junto al camino que baja al llano. Otro en la primera revuelta del camino ascendente, otro en lo mas alto del monte. Todos los bandoleros llevan manta, pedreñal y un puñal al cinto.

EL CENTINELA DEL MONTE. ¿Quién va?

ROBERTO. (*Dentro.*) Amigo.

CENTIN. 1.° Santo y seña.

(Roberto embozado en una manta asoma en lo alto del monte, trueca algunas palabras con el centinela y este le abre paso. Roberto empieza á bajar el el monte, pero es detenido por el segundo centinela.)

CENTIN. 2.° ¿Quién va?

ROBERTO. Soy yo, Roberto, ¿no me conoces?

CENTIN. 2.° Cuando estoy de centinela, no conozco á nadie. ¿Quién va?

ROBERTO. (*Ap.*) Ese bestia me va á comprometer. (*Alto.*) Amigo.

CENTIN. 2.° Santo y seña.

ROBERTO. Por las ánimas...

CENTIN. 2.º Del purgatorio.

ROBERTO. Ave María Purísima...

CENTIN. 2.º Sin pecado concebida. Ahora te conozco. Pase.

(Fadrí al oir la voz del centinela se ha incorporado como prestando el oido. En seguida vuelve á recostarse haciendose el dormido pero sin perder de vista por entre la mata á Roberto que baja á la escena, pasa por detrás del árbol bajo el cual juegan á los dados los dos bandoleros, echa una mirada hácia el sitio donde está Fadrí para asegurarse que duerme, y en seguida se tiende en el suelo embozado en su manta fingiendo en el acto un profundo sueño.)

FADRI. (*Ap.*) Es Roberto. ¡De dónde viene ese bribon á semejantes horas!

ROBERTO. (*Antes de echarse á dormir y despues de haber mirado hácia el sitio en que reposa Fadrí.*) Duerme. (*Se echa.*)

FADRI. Es preciso vigilar á ese hombre. Quien ha sido traidor una vez puede serlo ciento. (*Fadrí se levanta y empieza á pasearse por la escena.*)

ROBERTO. (*Se incorpora y dice aparte.*) Bien mirado, cometo una traicion en vender así á los mios; pero tambien yo necesito dinero, mucho dinero, y aquí no hay medio de hacerlo. El capitan ni siquiera nos permite el robo. ¡Es una tiranía insoportable!

(D. Juan de Serrallonga aparece en la boca de la cueva separando las ramas que la cubren. El centinela al verle se cuadra y le presenta el arma. Cuando D. Juan ha salido, el centinela abandona su puesto y se va á reunir con los demás bandoleros, la mayor parte de los cuales están ya en pié paseándose por la escena.)

## ESCENA II.

### Dichos. D. Juan de Serrallonga.

D. JUAN. ¡Fadrí!

FADRI. ¿Capitan?

D. JUAN. ¿Ha ocurrido algo?

FADRI. Nada, capitan.

D. JUAN. ¿Ha vuelto ya doña Juana?

FADRI. ¡Doña Juana! ¿No estaba con vos en la cueva? Por aquí no ha venido. Yo no me he apartado de este sitio.

D. JUAN. Guardando mi sueño como siempre, mi leal amigo. Nó, doña Juana ha salido por la otra entrada de la cueva que da al PINAR NEGRO, y creia que no hubiese regresado por el monte. Hace ya mas de una hora que partió. De todos modos, sabe que á las once hemos de ponernos en marcha para nuestra expedicion á la ROCA HORADADA, á fin de que podamos estar de vuelta al anochecer.

ROBERTO. (*Que está sentado en el suelo haciéndose el indiferente y se entretiene en limpiar su pedreñal mientras presta atento oido á la conversacion.*) A las once nos vamos. ¡Bravo! A la una de la tarde estarán ya aquí los otros.

FADRI. No tardará entonces en volver. De todos modos no hay cuidado. Mejor que ninguno de nosotros conoce ella las veredas y senderos de estas montañas, y mas de una vez la he visto encaramarse á sitios donde la cabeza del mas firme hubiera vacilado, y la planta mas adiestrada hubiera temido posarse.

D. JUAN. Sí, mi Juana es una mujer valiente; ¿no es verdad, Fadrí?

FADRI. Es una leona. Hay que verla en el peligro para poder juzgar el temple de su alma. No es una mujer, es un hombre, y mas aun, es el hombre de corazon mas valiente que hay en la banda.

D. JUAN. Oye Fadrí. He vuelto á recibir otra carta de don Cárlos.

FADRI. ¿Como las anteriores?

D. JUAN. Como las anteriores. Igual á las otras sin faltarle una letra. Mírala. (*Saca un papel de su bolsillo y lee:*) «Juan de Serrallonga, »el ladron, el asesino, el bandolero, el raptor de doncellas, el »conculcador de honras ajenas, eres un miserable cobarde. Si un »dia te decides á salir de la guarida de crímenes en que te alo- »jas, y tienes valor para poner un pié fuera de tus montañas, »acuérdate que hay quien te espera para cruzar tu cara á lati- »gazos.—CÁRLOS DE TORRELLAS.»

FADRI. ¡Oh! ¡es infame!

D. JUAN. ¿No es verdad que sí que lo es, Fadrí?. . Hé aquí seis años que cada mes recibo una carta igual á esta; hé aquí seis años que ese hombre va amontonando gota á gota en mi corazon toda la hiel del ódio y de la ira. ¡Ay de él el dia que esté lleno el vaso y la hiel rebose! ¡Ay de él si llegó á olvidar un dia que es hermano de mi esposa, de mi Juana!

FADRI. ¿Quereis creerme, capitan?... Despreciad esas cartas como las de un...

D. JUAN. ¡Despreciarlas! Pero esto pudiera hacerlo si yo no fuese noble, si yo no tuviese honor, si en lugar de sangre corriese hielo por mis venas. ¡Despreciarlas! Dí, ¿qué le harias tú al hombre que, no siendo tu padre, te diese un bofeton?

FADRI. Pero...

D. JUAN. ¿Qué le harias, dí?

FADRI. Le mataria.

D. JUAN. ¡Ah! ¿Le matarias?... Pues bien, con cada carta de estas que llega á mis manos, me da ese hombre una bofetada, y hé aquí que hace seis años que las estoy recibiendo, y hace seis años que se me figura que todos han de leer en mi rostro la marca que en él imprime la condenada mano de ese hombre. ¡Ah! ¡tú matarias al hombre que te abofeteara! Pues bien, yo le dejo vivir, como si yo fuese un cobarde, y le autorizo con mi silencio á que cada mes me haga un nuevo y mas sangriento insulto.

FADRI. Pero, capitan, él es aquí el infame y el cobarde. Demasiado sabe él que vos no podeis ir á encontrarle, so pena de que os eche mano el verdugo.

D. JUAN. Y sin embargo, iré.

FADRI. ¡D. Juan!

D. JUAN. Iré.

FADRI. D. Juan ¿estais en vos?

D. JUAN. Te digo, Fadrí que el dia que una sola gota haga rebosar la hiel aglomerada en mi corazon, iré á buscar á ese hombre á su casa de Barcelona.

FADRI. D. Juan, ir á Barcelona es ir al cadalso.

D. Juan. ¿Qué me importa subir á él si antes he vengado mi honra?. Y ahora, no hablemos mas de ello. (*Volviéndose á los suyos.*) A ver, un hombre. (*Viendo á Roberto el mas próximo.*) Tú.

Roberto. (*Adelantándose.*) ¿Qué mandais, capitan?

D. Juan. Cortando por el atajo del monte á fin de que pronto puedas estar de vuelta, te dirigirás á mi aldea de Caroz. Allí debe de estar mi padre á quien hace seis años que no he visto. Dile que vas en mi nombre, y suplícale que venga contigo á este sitio. Véte, y vuelve pronto con él, porque á las once hemos de ponernos en marcha.

Roberto. Voy como el rayo, capitan. (*Vase.*)

## ESCENA III.

### Dichos y D.ª Juana

Centinela del monte. ¿Quién va?

D.ª Juana. Juana.

(Juana aparece en lo alto del monte. El centinela le presenta el arma, y lo mismo el otro centinela de mas abajo cuando pasa por delante de él. Al bajar á la escena todos los bandoleros se levantan y la saludan con respeto.

D. Juan. (*Dando la mano á su esposa.*)
Bien venida
cazadora de estos cerros,
leona de estas montañas.
¿Cómo ha sido que tan presto
mi compañía dejaras
y el blando musgo del lecho?

D.ª Juana. ¿No sabes cuánto me agrada
del sol al rayo primero
salir á correr los campos,
y en infantil embeleso
pisar las crestas altivas
de los montes mas soberbios?
Desde la sierra mas alta
del mas elevado cerro,
domino valles y prados;
ciudades y villas veo
á mis piés; altiva, orgullosa,
mi frente entonces elevo;
pláceme tender la vista
sin que estorbo el mas ligero
se oponga de mi mirada
al raudo, atrevido vuelo;
y al verme en aquella altura,
con horizontes inmensos
ante mí, vecina al sol,
dominando el orbe entero,
mas que el águila elevada,

de un pedestal gigantesco
siendo estátua y joya á un tiempo,
de un rayo del sol naciente
envuelta en el casto beso,
de su púrpura embozada
con el manto rico y bello,
lloro ¡ay! el no tener alas
para remontarme al cielo.

Los bandoleros se han ido dispersando como para respetar la conversacion del capitan y su esposa, de modo que cuando Juana acaba de hablar, se encuentra solos en escena ella, Serrallonga y los centinelas.)

D. JUAN. ¡Cómo me place, alma mia,
verte seguir cada dia
mas firme y fuerte en tu empeño!
¡Si del mundo fuese dueño
yo á tus plantas le pondria!
¡Mas ay! fatal es mi suerte!
¡Por qué me tuviste amor!
Una vida de dolor
y quizá una horrible muerte,
esto en cambio yo te doy.

D.ª JUANA. Triste estais esta mañana, *(Jovialmente.)*
capitan.

D. JUAN. ¡Y cómo, Juana,
no he de estarlo!... Yo ¿quién soy
para tu amor merecer?
Ese amor tan grande en todo
que me tienes, ¿de qué modo
lo he pagado yo, mujer?
Amabas tú á un caballero
rico, envidiado, galan,
y de pronto tu don Juan
se trocó en un bandolero.
En tu alegre juventud
soñaste dichas, placeres,
ser reina entre la mujeres
por belleza y por virtud,
tener palacios y galas,
tener pajes y escuderos,
y turbas de caballeros,
paseando tus antesalas;
músicas, bailes y fiestas;
sobre mullidos cojines
reclinarte, en las florestas
de tus sombreados jardines,
de julio ardiente en las siestas;
gozar alegre y amante,
dar celos con tu belleza,
sin que un pliegue de tristeza

viniera á ajar tu semblante.
¡Ay! ¿esos sueños do han ido?
¿do han ido esos sueños locos
aun para el orgullo pocos?...
Un amor les ha destruido,
amor para tí fatal.
De ese amor que te condena,
amarrada á la cadena
hoy vives, para tu mal,
en los montes hospedada,
siendo la esposa de un hombre,
del que asusta solo el nombre,
del que mata la mirada.
El ardor de un sol de fuego
hoy abrasa tu semblante,
vives proscrita y errante,
sin paz, reposo y sosiego,
tu rostro azota la escarcha.
sufres hambre y sed, bien mio,
la lluvia, el viento y el frio
te acompañan en tu marcha,
y cuando no hallas el techo
de una mísera cabaña,
tienes que tomar por lecho
la nieve de la montaña.

D.ª JUANA. ¿Qué me importa á mí todo esto
pues que lo paso á tu lado?
Mi amor en tí tengo puesto,
y á buen guardador lo he dado.

D. JUAN. ¿Eres tan bella, mujer,
y es tu amor tan singular?
Quisiera un trono tener
para podértelo dar.

D.ª JUANA. Mal haces. Yo no ambiciono
para mí suerte mejor.
Prefiero, don Juan, tu amor
al mas elevado trono.
Contenta vivo yo aquí
entre rocas y veredas,
como entre galas y sedas
pudiera vivir allí.
¿No estás tú, don Juan, conmigo?
¿Pues qué contento mayor?
Las fatigas y el dolor
si los comparto contigo
son la ambrosía mejor.
Donde tú vayas iré;
pendiente de tí mi vida,
resignada y complacida,

donde quier te seguiré
sin sufrir, dueño querido,
porque le basta á mi afan
un trozo de negro pan
que tu labio haya partido.
Le basta á Juana tener
una manta en que embozarse,
una roca en que sentarse,
un rio que pueda ser
su espejo y su tocador,
la misma yerba por lecho,
por almohada tu pecho
y por sol el de tu amor.

D. JUAN. ¡Oh gracias!

(Suena dentro ruido. Una voz de hombre, que se va acercando por grados, entona una cancion con acompañamiento de cascabeles y sonajos de la mulas, sin instrumento y con una sencilla melodía.)

¿Qué ruido es ese?

(Juana se acerca al centinela de la izquierda y mira hácia dentro.)

D.ª JUANA. Son algunos pasajeros
que van á subir la cuesta.
Vienen cantando.

D. JUAN. Escuchemos.

VOZ. (*Dentro.*)
*Cuatre bandolers*
*van de camarada;*
*un d' ells es Serrallonga,*
*l' altre sa amiga Juana...*
*farará... farará...*
*l' altre Fadrí de Sau...*
*fararó.*
*Las ninetas ploran,*
*ploran de tristó,*
*perque 'n Serrallonga*
*n' es á la presó...*
*farará... farará*
*fararó.*

D. JUAN. ¿Antes de prenderme escriben
canciones, coplas y versos,
y ya me lloran las damas
antes de mirarme preso?
¡Por Dios que es gracioso el lance
y que es lance por lo nuevo!

D.ª JUANA. Vuelven á cantar. Escucha.

D. JUAN. He de hablar á ese coplero.

VOZ. (*Dentro.*)
*Bernat de Serrallonga*
*desesperat s' en va;*
*promet que á lo seu fill,*
*promet que entregará...*
*farará... fararó...*
*farará.*

D. JUAN. Mi padre me ha de entregar,
reza el canto... ¡Justos cielos!
¡Tristes presagios á fé
me vaticinan los versos!
¿Será el suceso verdad?...
¿Si será un presentimiento?...
Callad, vive Dios, sospechas.
Ni fijarme en ello quiero,
que á quien como yo es buen hijo,
buen padre le ha dado el cielo.

(Al oir á los pasajeros que se aproximan, la escena ha vuelto á llenarse de bandoleros que esperan las órdenes de Serrallonga.)

## ESCENA IV.

**D. Juan de Serrallonga. Doña Juana. Fadrí de Sau. Bandoleros.**

D. JUAN. ¡Fadrí!

FADRI. ¿Capitan?

D. JUAN. ¿Vienen hácia aquí esos pasajeros que se oyen?

FADRI. Hácia aquí vienen. Sin duda van de Caroz á Gerona, y tienen por lo mismo que atravesar esta vereda.

D.ª JUANA. (*A Serrallonga.*) ¿Vas á detenerlos?

D. JUAN. Sí; quiero hablar al cantor. (*A los bandoleros.*) A ver. Cada uno á su puesto. ¡Silencio y prontitud!

(Los bandoleros se esconden agazapándose unos detrás de las matas, internándose otros en el bosque, y ocultándose algunos en la cueva. Los que están de centinela se esconden detrás de los árboles permaneciendo inmóviles. Serrallonga y Juana entran en la cueva con Fadrí.)

## ESCENA V.

**El Estudiante y el Mercader,** *(cada uno montado en un mulo, y cada uno con un mozo de á pié.)*

ESTUDIANTE. (*Echando pié á tierra.*) ¿Qué os parece, compadre? Ya estamos en el corazon de las Guillerías. Hé aquí la tierra de los bandoleros. Hé aquí el teatro de las aventuras de Serrallonga.

MERCADER. ¡Ave María Purísima! Señor bachiller, le suplico á vuesarced que no pronuncie este nombre, ínterin estemos aquí. Solo de oirlo me dan calambres.

ESTUDIANTE. ¡Voto á cribas! ¿Teneis miedo, señor mercader?

MERCADER. ¡Miedo! nó, no señor, no es miedo lo que tengo, nada de ello. Es que todo esto me parece tan solitario y tan triste, y como á mí no me gusta la soledad...

ESTUDIANTE. Pues si esto es soberbio. ¡Reparad qué brillante vegetacion! No hay otro lugar como este en el mundo, señor mercader. ¡Esto es magnífico!

MERCADER. Magnífico, sí, magnífico... (*Ap.*) para marcharse cuanto antes.

ESTUDIANTE. Echad pié á tierra y nos holgaremos un rato descansando bajo estos árboles.

MERCADER. Sea como vuesarced guste. Hágolo por complacerle. (*Se apea.*) Solo que como su merced ha venido toda esta cuesta arriba cantando la cancion de ese condenado... digo de ese buen hombre de Serrallonga... (*Ap.*) Es preciso hablar así, porque si dicen que las paredes oyen, mas pueden oir los árboles.

ESTUDIANTE. ¿Y qué?

MERCADER. (*Mirando azorado á todas partes.*) Nada, sino que con las voces que vuesarced daba, podíamos ser oidos de una legua de distancia. (*Observando una de las matas y llamando aparte al estudiante.*) ¿No le parece á su merced que aquellas matas se mueven?

ESTUDIANTE. Estais viendo visiones en todas partes.

MERCADER. Mejor seria que nos fuésemos...

ESTUDIANTE. En fin, vamos, vamos andando. No he visto hombre mas miedoso en mi vida. (*A los mozos.*) ¡Vamos, muchachos!

(Suena un agudo silbido y en el acto aparecen todos los bandoleros, algunos de los cuales se apoderan de los dos mozos de á pié. Fadrí ha salido de la cueva en el instante en que el mercader y el estudiante iban á seguir su camino cruzando por delante de ella, y les encara el pedreñal.)

FADRI. ¡Alto!

## ESCENA VI.

**Dichos, Fadrí y bandoleros.** *En seguida* **Serrallonga.**

MERCADER. (*Arrojándose al suelo.*) ¡Ay! ¡ay! no tireis sobre mí; yo ya estoy muerto. (*Se queda tendido.*)

FADRI. Todos en el suelo.

MERCADER. (*Dando una voltereta sobre sí mismo.*) Yo ya estoy.

(El estudiante se tiende en el suelo, y lo mismo los dos arrieros.)

FADRI. Tallaferro, registra las cargas que llevan esas caballerías, y regístrame luego á esos hombres.

(Tallaferro se dirige á ejecutar las órdenes de Fadrí; Serrallonga sale de la cueva.)

D. JUAN. A ver, Fadrí, que se levanten esos hombres. Quiero interrogarles.

FADRI. ¡De pié todos!

(Se levantan el estudiante y los dos arrieros. El mercader continúa tendido.)

MERCADER. Yo no puedo levantarme porque estoy muerto.

FADRI. ¡De pié, cuerpo de Dios! El capitan lo manda. De pié ú os levanto de un balazo.

MERCADER Nó, nó; no se tome su merced esa molestia. Ya estoy en pié. (*Se levanta.*)

D. JUAN. ¿Quién de vosotros venia por el camino cantando unas coplas?

ESTUDIANTE. Yo, señor.

MERCADER. (*Ap.*) Lo menos le manda colgar de un árbol,

D. JUAN. ¿Y tú quién eres?

ESTUDIANTE. Señor, un pobre estudiante. Voy á Gerona á pasar unos

dias con mi familia, y á ver si mi padre me da algunos maravedís con que proseguir mis estudios.

D. JUAN. ¿Quién te ha enseñado las coplas que cantabas?

ESTUDIANTE. Yo mismo.

D. JUAN. ¡Cómo tú mismo! ¿Son tuyas esas coplas?

ESTUDIANTE. Sí señor, yo las he compuesto.

MERCADER (*Ap.*) Ahora es cuando le ahorca.

D. JUAN. Pues si son tuyas, muda la letra de la última que cantabas. No me acomoda que nadie piense que mi padre pueda entregarme. Y como esto te ha de dar algun trabajo, y á mí me gusta que los que trabajan cobren, ahí tienes para que no hayas perdido del todo tu tiempo.

(Le da una bolsa llena de oro.)

MERCADER. (*Ap.*) ¡Toma! ¡y le da dinero! ¡Vaya un ladron hombre de bien! Si yo pudiera hacerle entender que tambien hago coplas...

ESTUDIANTE. (*Despues de haber visto el contenido de la bolsa.*) Pero esto es oro todo...

D. JUAN Toma y calla. (*Al mercader.*) Y tú, ¿quién eres?

MERCADER. Yo... soy un mercader.

D. JUAN ¡Ah! ¿Eres un mercader?... ¿Qué géneros son los que traes contigo?

MERCADER. Algunas mantas y fajas.

D. JUAN. Haz que las veamos... ¡Pronto!

MERCADER. (*Ap.*) Me va á dejar desnudo.

(El mercader se acerca á una de las caballerías, y ayudado por un mozo, saca un lio de mantas y fajas que deposita á los piés del capitan.)

D. JUAN. ¿No traes nada mas?

MERCADER. Nada mas. (*Ap.*) Se me va á quedar con todo ese condenado.

D. JUAN. ¿Cuánto vale eso?

MERCADER. ¿Cómo?

D. JUAN. ¿Qué cuánto vale eso?

MERCADER. ¿Esto? (*Mirando como asombrado á D. Juan y aparte.*) ¿Para qué me preguntará ese hombre lo que vale si me va á despojar de todo?

D. JUAN Concluyamos. ¿Cuánto vale eso?

MERCADER. ¿Todo junto?

D. JUAN. Todo junto.

MERCADER Esto vale, sin engañaros de un maravedí, treinta y cinco ducados, á fé de mercader que soy.

D. JUAN. Yo me quedo con ello. En esta bolsa hay cuarenta ducados. Lo que sobra, dáselo á los mozos. (*A Fadrí.*) Recoge estas mantas y fajas y repártelas entre la tropa.

(Fadrí hace una seña á Tallaferro que recoge las mantas y se las lleva al fondo repartiéndolas entre los bandoleros.)

MERCADER. (*Tomando la bolsa que le ha dado D. Juan.*) Me he quedado de piedra.

D. JUAN. (*A Fadrí.*) ¿Qué otra carga llevan esas caballerías?

FADRÍ. Un poco de vino y aceite por cuenta de los mozos.

D. JUAN, Devolvédselo todo. Ellos se ganan la vida con esto. Podeis ya continuar vuestro camino. Estais libres.

MERCADER. (*Ap.*) ¡Qué bestia soy! Si le hubiese pedido ochenta ducados, me los daba tambien.

ESTUDIANTE. Capitan, desearia deciros dos palabras en secreto, si me lo permitís.

D. JUAN. ¡Qué me place!

ESTUDIANTE. (*Al mercader y á los arrieros.*) Marchad, ya os alcanzaré.

MERCADER. Ya estoy andando. (*Saludando á Serrallonga.*) Dios guarde á vuesa merced y á su noble compañía.

(Se va con los arrieros. El estudiante lleva á Serrallonga á un lado del teatro.)

ESTUDIANTE. Vuestra generosidad y vuestro noble proceder, capitan, me obligan á prestaros un servicio.

D. JUAN. Dí.

ESTUDIANTE. Ayer noche estaba en el meson de Vich, en ocasion en que se hallaban tambien en él cenando unos oficiales de los tercios castellanos. Quiso la casualidad que oyese la conversacion, y supe que se trataba de una sorpresa que han de dar hoy á los vuestros.

D. JUAN. ¿Estás loco?

ESTUDIANTE. Nada mas cierto. Hoy á las once teneis que partir á la ROCA HORADADA para no sé qué expedicion.

D. JUAN. En efecto.

ESTUDIANTE. Pues bien, interin vos estareis fuera con la compañía, deben venir los soldados, apoderarse de los alrededores de este campamento, permanecer ocultos, y cuando volvais por la noche caer sobre vosotros, cogiéndoos desprevenidos como ovejas en redil.

D. JUAN. ¿Nada mas?

ESTUDIANTE. Nada mas.

D. JUAN. Gracias. (*Tendiéndole la mano.*)

ESTUDIANTE. Contad siempre conmigo capitan. Y ahora, buenos dias. ¡Viva Serrallonga!

(Se va por la derecha en seguimiento de sus compañeros.)

## ESCENA VII.

**Serrallonga. Fadrí. Tallaferro.** ***Bandoleros.***

(Los centinelas vuelven á estar en su puesto. Los bandoleros se hallan esparcidos por la escena. Serrallonga hace una seña á Fadrí para que se le acerque.)

D. JUAN. Fadrí, en la compañía hay un traidor.

FADRI. ¡Cómo!

D. JUAN. Hay alguien que nos vende.

FADRI. ¡Un traidor en nuestra compañia!

D. JUAN. Un traidor, Fadrí, no te quepa duda.

FADRI. Tengo sospechas de uno.

D. JUAN. ¿De quién?

FADRI. De Roberto. Yo le arreglaré la cuenta.

D. JUAN. Mientras estas sospechas no se truequen en una realidad, es preciso contentarnos con vigilarle.

FADRI. (*Señalando hácia dentro*) Miradle, ahí viene precisamente.

D. JUAN. Vendrá á darme cuenta de la mision que le he encargado.

## ESCENA VIII.

**Dichos. Roberto.** *En seguida* **doña Juana.**

D. JUAN. (*A Roberto.*) ¿Y mi padre?

ROBERTO. Siguiéndome viene. A mitad de la cuesta está ahora.

(Roberto arroja una mirada por la escena como buscando á alguno. Fadrí le mira de reojo, y acercándose al oido del capitan le dice llevando al mismo tiempo la mano á su puñal:)

FADRI. Si quisierais, capitan...

D. JUAN. Que te sea sagrada su persona. Fadrí. Vigílale y nada mas. Una sospecha no es una razon para matar á un hombre. (*Dirigiéndose á Juana que sale de la cueva.*) Juana, voy á salir al encuentro de mi padre que se aproxima á estos sitios. Fadrí te enterará de las disposiciones que he tomado. Ya no vamos á la ROCA HORADADA.

D.ª JUANA. ¿Qué es pues lo que sucede?

D. JUAN. El te lo dirá. Yo voy á acabar de darle mis instrucciones. Oye, Fadrí.

(D. Juan se va con Fadrí hácia el fondo, permanece hablando con él un instante y en seguida se va por la izquierda.)

ROBERTO. (*Ap.*) Aquí pasa algo. (*Alto á doña Juana.*) Señora tengo que hablaros.

D.ª JUANA. ¿Qué sucede?

ROBERTO. Vengo de Caroz, y junto á esta poblacion he encontrado á vuestro hermano don Cárlos que me ha confiado una mision para vos.

D.ª JUANA. ¡Para mí!

ROBERTO. Me ha dicho: «Dile á mi hermana que necesito hablarla un instante. Iré disfrazado á las Guillerías, y á las diez estaré en la cueva del PINAR NEGRO.»

D.ª JUANA. ¿En la otra entrada de esa? (*Señalando la cueva.*)

ROBERTO. Sí señora.

(Doña Juana queda pensativa; Fadrí que se ha separado ya de Serrallonga, se acerca á Roberto.)

FADRI. (*Bruscamente.*) ¡Roberto!

ROBERTO. ¿Teniente?

FADRI. Andando.

ROBERTO. ¡Toma! ¿pues á donde vamos?

FADRI. ¡Al infierno!

ROBERTO. ¡Ave María purísima!

(Fadri haciendo andar delante á Roberto se dirige al fondo, llama á Tallaferro y le da algunas instrucciones. Inmediatamente este va á buscar a los centinelas que se reunen al grupo general de los bandoleros, internándose luego todos por el bosque de la izquierda.)

D.ª JUANA. (*Hablando consigo misma.*) ¡Mi hermano quiere hablarme! ¿Que me querrá?...

FADRI. (*Que ya acabó de dar sus instrucciones á Tallaferro, se acerca á doña Juana.*) ¡Señora!...

D.ª JUANA. ¡Ah Fadrí! vas á decirme.....

FADRI. Voy á esplicároslo todo. Venid conmigo.

D.ª JUANA. ¿A dónde vamos?

FADRI. Al bosque.

(Los bandoleros se van retirando de la escena é internándose en el bosque detrás de Fadrí y doña Juana. Tallaferro vigila las operaciones y se marcha el último detrás de todos.)

## SECENA IX.

**Don Bernardo de Serrallonga. Don Juan.**

(Vienen siguiendo su conversacion.)

D. JUAN. Sí, padre, queria hablaros, queria pediros vuestra bendicion, padre mio. Cada dia me cercan mayores peligros. Hoy mismo, dentro pocos momentos quiza...

D. BERNARDO. Juan, abandona esa vida errante y retírate á Francia con tu esposa. Dale á tu padre en sus últimos dias... porque yo soy ya viejo, Juan, y conozco que mi vida se acaba por momentos... dale á tu padre en sus últimos dias el consuelo de ver á su hijo abandonar su vida de bandolero.

D. JUAN. ¡Bandolero! ¡Ah! ¿tambien vos me llamais bandolero como los demás? ¿Tambien soy yo para vos un bandolero?

D. BERNARDO. ¡Juan!

D. JUAN. Me habeis hecho daño, padre, mucho daño. Esta palabra en vuestra boca me ha herido el corazon como la punta de un puñal.

D. BERNARDO. Juan, escucha...

D. JUAN. ¡Bandolero!... Oidme, padre. En el juego de pelota tuve una pendencia con don Felix de Torrellas, uno de nuestros irreconciliables enemigos. Me batí con él y le maté, cara á cara, espada en mano, como mata un enemigo leal á un contrario valiente. Me condenaron sin embargo á muerte, tuve que huir. Un amor me hizo volver, y una noche, noche horrible y de sangre, la fatalidad hizo que se arrojase en medio de mi camino para insultarme el sobrino del virey, don Luis de Montblanch. Mientras me batia con ese hombre y le mataba tambien, don Cárlos de Torrellas os insultaba á vos, á vos, padre mio, y ultrajando vuestras canas pisoteaba nuestra honra. Vos, recordadlo bien, vos pusisteis entonces vuestra propia espada en mi mano, y Juan de Serrallonga, el proscrito, el matador de don Luis y de don Félix, el vengador de su honra, el heredero de la horca, como le llamaban con sangriento sarcasmo aquellos nobles imprudentes, empezó su venganza con una noche horrible de esterminio y de muerte, noche espantosa en que las llamas de una quinta incendiadá, al par que reflejaban en los charcos de sangre, alumbraban el camino que yo seguia con los mios para ir á refugiarme en la montaña.

D. BERNARDO. Sé todo eso, Juan, pero á qué viene...

D. JUAN. Me habeis llamado bandolero, y es preciso que os cuente mi vida toda: es preciso que me juzgueis, padre.

D. BERNARDO. Ya te escucho, Juan.

D. JUAN. Llegué aquí y me encontré con un puñado de NARROS proscritos como yo, y sin haber cometido, como yo, mas crímen que el de haberse tomado la justicia por su mano, viendo que no les habia de ser favorable la justicia de los hombres Todos eran hombres del pueblo, todos defensores de los derechos de este contra las injusticias y persecuciones sanguinarias de los malos nobles, todos tenian agravios justísimos que vengar, todos cuentas de honra y de sangre que solventar. Era un puñado de hombres indisciplinados á quienes las injurias sufridas y el deseo de su venganza habia hecho malos y crueles. En tres meses hice de ellos un ejército, les discipliné, les enriquecí, les elevé al rango de héroes, y convertí estas montañas en una fortaleza inexpugnable.

D. BERNARDO. Sí, Juan, comprendo tu vida, comprendo tu verdadera mision ahora, pero sin embargo el mundo te rechaza y ultraja tu nombre, tu nombre que es el mio, el de nuestros padres.

D. JUAN. El mundo de los nobles y de los cortesanos es el que me rechaza y con igual desprecio le pago. A ese mundo es al que yo he declarado la guerra en nombre de los oprimidos.

D. BERNARDO. Ya el corazon me decia que era mentira cuanto de tí hablaban. Esos asesinatos, esos robos en despoblado...

D. JUAN. Mentira todo, todo mentira como lo es que vos hayais prometido entregarme, segun andan proclamando por ahí en coplas y en romances,

D. BERNARDO. ¡Yo! ¡Entregarte yo!... ¡Justicia de Dios! ¿Cuándo se ha visto que un padre entregue á su hijo, por criminal que sea? ¡Oh! no dirá esto ningun padre.

D. JUAN. Y sin embargo, ya lo veis, lo dicen.

D. BERNARDO. Juan, esas coplas mienten. Tu padre no te entregará mientras los muertos no se levanten de sus sepulcros.

D. JUAN Bien lo sabia yo.

D. BERNARDO. Bandolero ó no, eres mi hijo ¡De rodillas, hijo mio!

(Don Juan dobla la rodilla ante su padre.)

D. BERNARDO. Te insultaron y usaste de tu derecho matando á los que te agraviaban. Te condenaron y viniste á la montaña á levantar un pendon de guerra contra los malos nobles que oprimen y tiranizan al pobre pueblo indefenso. Hiciste pagar á los nobles con su sangre la sangre de sus vasallos injustamente derramada, y te llamaron por esto ladron, asesino y bandolero. Juan, ellos te condenan, y yo sin embargo te absuelvo y te bendigo, *(solemnemente)* te bendigo, hijo mio, en nombre de mis nobles antepasados con cuyas sombras iré luego á reunirme para pedirles que como yo te bendigan y te absuelvan del fondo de sus sepulcros.

D. JUAN. *(Levantándose.)* Gracias, padre mio. Vuestra bendicion será un bálsamo para cicatrizar las heridas de mi alma... Y aho-

ra, permitidme deciros que no debeis permanecer aquí mas tiempo. Quizá tengan que ser pronto estos lugares teatro de escenas, de las que vos debeis permanecer alejado.

D. BERNARDO. ¡Cómo!

D. JUAN. Yo os acompañaré un trecho, y luego haré que os guie uno de los mios. Vamos

D. BERNARDO. Vamos pues.

### ESCENA X.

**Doña Juana.**

(Sale en el momento en que Serrallonga se aleja con su padre)

Se va con su padre. Hubiera querido hablarle de ese mensaje que me ha mandado mi hermano. ¿Qué debo hacer?... D. Cárlos estará ya impacientándose en la cueva del PINAR NEGRO. ¿Iré á buscarle?... Hubiera deseado no dar este paso sin comunicárselo á mi don Juan. ¡Quién sabe las intenciones con que mi hermano quiere hablarme!

### ESCENA XI.

**Doña Juana. D. Cárlos de Torrellas.**

(Viene por la cueva. Va disfrazado de hombre del pueblo.)

D. CÁRLOS. *(Sin ver á su hermana.)* Esta cueva tiene por aqui otra salida. ¿Qué lugares serán esos? ¿A donde habré venido á parar?.. *(Viendo á doña Juana que está de espaldas á él.)* ¡Una mujer allí! *(Doña Juana se vuelve.)* ¡Mi hermana!

D.ª JUANA. *(Viéndole.)* D. Cárlos!. . ¿por dónde habeis venido aquí?

D. CÁRLOS. Os esperaba á la entrada de la cueva del PINAR NEGRO, me he internado en ella ignorando que tuviese otra entrada, y he llegado aquí.

D.ª JUANA. ¿Sabeis en qué sitio estais?

D. CARLOS. No lo sé, pero no me importa.

D.ª JUANA. Estais en el campamento de Serrallonga.

D. CÁRLOS. Lo mismo me da.

D.ª JUANA. ¿A qué habeis venido aquí, don Cárlos?

D. CÁRLOS. A buscaros.

D.ª JUANA. ¡A mí!

D. CÁRLOS. A vos, Juana. El duque de Cardona, deseando acabar de una vez con esa horda de bandoleros que infestan el pais, va á tomar enérgicas medidas, y ha mandado levantar gente de armas para que los persiga sin descanso, y los acose y caze como á dañinas fieras. Entonces me he acordado que, desgraciadamente, tenia yo una hermana entre esos bandoleros, y por honor á mi nombre, que no por vos, Juana, he venido á buscaros.

D.ª JUANA. ¡Por honor á vuestro nombre!

D. CÁRLOS. Sí, por honor al nombre de nuestros padres. ¿Qué dirian mañana Cataluña y el mundo todo al saber que entre los ban-

doleros presos para llevarlos al cadalso habia una mujer, y que esta mujer, manceba del jefe de los bandidos, era doña Juana de Torrellas?

D.ª JUANA. Cataluña y el mundo todo mentirian al decir esto. Yo no soy la manceba de ese jefe de bandidos como vos le llamais, soy su esposa. Un sacerdote unió nuestras manos, como ya estaban unidos nuestros corazones en la capilla de su casa señorial del pueblo de Caroz.

D. CÁRLOS. Juana, á Serrallonga le espera un afrentoso patíbulo para pago de sus crímenes. Quereis subir con él al cadalso?

D.ª JUANA. Iré donde mi esposo vaya. Si él sube al cadalso, contenta subiré con él, como contenta subiria con él á un trono.

D. CÁRLOS. ¿Y nuestro nombre, desgraciada? ¿el nombre de nuestros padres? ¿Quereis arrastrarlo con vos por entre el fango de los crímenes?

D.ª JUANA. Lo que hoy son crímenes á vuestros ojos, quizá para la posteridad sean virtudes.

D. CÁRLOS. ¡Infeliz! Las órdenes del virey van á ser ejecutadas con prontitud. La banda de Serrallonga va á ser exterminada, y los que escapen á la persecucion, serán llevados á Barcelona para morir al dia siguiente en el patíbulo. Juana, ¿quereis que dentro breves dias acaso Barcelona vea balancearse un cadáver de mujer en la horca, y que el verdugo le diga al pueblo congregado en la plaza: «Justicia es hecha: este es el cadáver de Juana de Torrellas, la manceba—la esposa, si quereis—de Serrallonga el ladron y el bandolero?»

D.ª JUANA. (*Horrorizada.*) ¡Oh!

D. CÁRLOS. Esta idea os horroriza, ¿no es verdad Juana? Venid, venid conmigo. Abandonad á ese hombre. Todo quedará olvidado. Os llevaré á Francia con vuestro tio Hildebrando. La deshonra no caerá sobre vuestro nombre, y podreis aun pasar felices los dias que os quedan de vida. Nadie sabrá lo que ha pasado, nadie se atreverá á acusaros.

D.ª JUANA. (*Con esplosion.*) ¿Y mi conciencia? ¿Creeis que podria yo mentirle á mi conciencia para que no me acusase? D. Cárlos, lo que me proponeis es un crímen peor que los mismos de que acusais á mi esposo. ¡Atrás, atrás, tentador! ¡atrás, don Cárlos de Torrellas! Unida en vida y en mi muerte á don Juan de Serrallonga, donde él vaya irá su esposa. Que los hombres nos el condenen! Dios nos absolverá quizás, y aunque afrentados en mundo, podremos presentarnos con la frente erguida ante su tribunal para esperarlo todo de su justicia y de su misericordia. —Hemos concluido, don Cárlos. Marchaos pronto por el camino mismo que habeis traido, pues aquí no estais seguro. Ni vos teneis nada mas que decirme, ni yo una palabra mas que escucharos.

(Se va por la izquierda hácia el bosque.)

## ESCENA XII.

**D. Cárlos.** *En seguida* **Tallaferro** *y cuatro bandoleros.*

D. CÁRLOS. ¡Inexorable! ¡Vos lo habeis querido, doña Juana! Caigan pues sobre vos la venganza y la justicia á un tiempo. Os retiro mi proteccion, sea de vos lo que el cielo ó el infierno quieran! (Se dirige hácia la cueva á tiempo que salen Tallaferro y cuatro bandoleros que van á hacer su ronda y que le divisan.)

TALLAFERRO. Allí hay un hombre ¿Será un espía?... ¡Calla! y se dirige á la cueva. ¡A él, camaradas!

(Los cuatro bandoleros se arrojan sobre D. Cárlos y se apoderan de él por sorpresa, siendo vanos los esfuerzos que hace para que le suelten. Cuando le tienen sugeto le atan las manos á la espalda.)

D. CÁRLOS. ¡Ah! ¡infames! ¡Canalla!

TALLAFERRO. *(Apuntándole el pedreñal.)* Silencio ú os abraso el alma!

D. CÁRLOS. *(Haciendo esfuerzos desesperados.)* ¡Bribones!

TALLAFERRO. Quieto, ó disparo.

(Los cuatro bandoleros acaban de sugetar á D. Cárlos.)

TALLAFERRO *(Sin dejar de apuntarle.)* A ver, pronto! ¿Quién sois? ¿cómo os llamais? ¿de donde venís? ¿á dónde ibais? ¿qué buscais? ¿qué pueblo es el vuestro?

## ESCENA XIII.

**Dichos. D. Juan de Serrallonga. Fadrí.** *Varios bandoleros.*

D. JUAN. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién vocea?
TALLAFERRO. ¡El capitan! (*Presentándole el arma.*)
D. JUAN. Dí, ¿qué fué?
TALLAFERRO. Ese hombre puede que sea
un espía.
D. JUAN. Lo veré. (*Adelantándose.*)
(Se acerca á D. Cárlos, y al reconocerle lanza un grito y retrocede.)
¡Don Cárlos! ¡Ira de Dios!
FADRÍ. ¡Don Cárlos! me alegro, sí;
por fin le tenemos.
D. JUAN. (*Como no pudiendo volver en sí de asombro.*)
!Vos!
¡vos don Cárlos ante mí!
D. CÁRLOS. Yo soy.
D. JUAN. ¡Justicia del cielo!
A Dios yo se lo pedia
cada instante con porfía,
y hoy se lo entrega á mi anhelo.
¡Tú, don Cárlos, tú!... Lo veo
y me parece increible...
Delirio ó sueño lo creo...
¡Tú, don Cárlos!... ¿Es posible?
¿Al pisar estas montañas

dió al olvido tu razon
que existia en sus entrañas
la guarida del leon?
¿Sabes que al leon triunfante
le gusta ver que rendida
exhala á su piés la vida
su víctima palpitante,
y en mirarla se interesa,
y en verla sufrir se goza,
y antes de comer su presa
con sus garras la destroza?
Mírame sin que te asombre.
Dí, respóndeme atrevido,
ódio en fiera convertido,
venganza encarnada en hombre.
¿Te callas?... Tienes razon.
¡Dadle una espada! (*A los suyos.*)

(Don Cárlos hace un movimiento como para indicar que no puede valerse de sus brazos.)

¡Sus manos
atadas!... ¡Condenacion!
¡Quién así le ató, villanos?
¡Desatadle, vive Dios!
¡Una espada!

D. CÁRLOS. (*A quien han desatado ya*)
No la quiero.
Yo no me bato con vos.
Podeis matarme primero.

D. JUAN. (*Exasperado.*) ¿No te bates, y en cenizas
mi honor arrojas al viento?
¿Qué fué de tu juramento?
¡Tú quieres que te haga trizas!
¡Tú quieres que yo me olvide
de quien soy y que te mate
como al vil que no se bate,
pues la sangre sangre pide!

D. CÁRLOS. Yo no me puedo batir.

D. JUAN. ¿Porqué no? ¿no eres valiente?

D. CÁRLOS. Si me matas tú corriente:
si yo te mato, morir
de un árbol me hará tu gente.

D. JUAN. Irémos léjos de aquí,
que puedes tener razon.

D. CÁRLOS. Vendrán ellos trás de tí.
¿Te importa matarme?

D. JUAN. Sí,
que tiene hambre el leon.
(*Dirigiéndose á Fadrí.*)
Fadrí, á ese hombre has oido.

Me voy con él á batir.
Si me mata, ha de salir
ileso de aquí. Lo pido,
lo mando yo.

FADRI. Capitan,
de mí exigir no podeis
tal sacrificio.

D. CÁRLOS· (*A Don Juan.*) ¿Lo veis.

D. JUAN. (*A Fadrí.*) Lo mando!

FADRÍ. Pero, don Juan...·

D. JUAN. ¡Lo mando, digo!

FADRÍ. (*Con repugnancia* ) Se hará.

D. JUAN. ¿Me lo prometes, Fadrí?

FADRÍ. Pues lo quereis, se hará, sí.

D. JUAN. ¡Júralo!

FADRÍ. Jurado está.

D. JUAN. (*A don Cártos.*)
Mi palabra en prenda os doy.
Saldreis como habeis venido.

D. CÁRLOS. Don Cárlos Torrellas soy,
y palabra de un bandido
ni la acepto ni la quiero.
Guardadla pues.

FADRÍ. ¡Todavía!

D. JUAN. Palabra de un bandolero
como yo, vale á fé mia,
la del mejor caballero.

D. CÁRLOS. El aceptarla es deshonra.

D. JUAN. Ved que vale mas, señor,
un bandolero con honra
que un hidalgo sin honor.

D. CÁRLOS. Es inútil lo que hablais.
Mirad que aquí no me bato.
Estoy resuelto.

FÁDRI. (*A don Juan.*) ¿Le mato,
capitan?

D. JUÁN (*A don Cárlos.*) Id; me inspirais
desprecio.

D. CÁRLOS. (*Tranquilamente.*) Como gusteis.
Amor ó desprecio, ya
de vos lo mismo me da.

D. JUAN. ¡Otro insulto!

D. CÁRLOS. Si quereis.
con tanto empeño matarme,
venid, os esperaré.
A Barcelona á buscarme (*Con ironía.*)
podeis ir un dia,

D. JUAN. (*Resueltamente.*) Iré.

D. CÁRLOS. (*Con toda tranquilidad y con cierta sorna.*)

¿Puedo ya marcharme?

D. JUAN. (*Despues de estar un momento vacilando y mirándole.*)
Sí.

(A esta palabra de don Juan se oyen murmullos entre los bandoleros que se agrupan en actitud amenazadora como para impedir que don Cárlos se marche.)

FADRÍ. (*A don Juan.*) ¿Le dejais marchar con vida?
Ved; se opone la partida

D. JUAN. (*Con altivez á los suyos.*)
¿Quién mas que yo manda aquí?

FADRÍ. Capitan, os insultó.
Vengaros....

D. JUAN. Cerrad los labios
y apartad, que mis agravios
ya sé vengármelos yo.
(*Dirigiéndose á los suyos que continúan en actitud amenazadora.*)
¡A ver, haceos á un lado!
¡Abrid paso vive Dios!

FADRÍ. ¡Don Juan!

D. JUAN. El primero vos.
*A todos.* Que ese hombre sea sagrado
como mi propia persona.

(Los bandoleros obedecen por fin á don Juan y se hacen á un lado, aunque con repugnancia, para abrir paso á don Cárlos.)

¡Idos!

FADRÍ. ¿Le dejais partir?

D. JUAN. Sí, que mañana he de ir
á buscarle á Barcelona.

(Don Cárlos se va por la derecha.)

## ESCENA XIV.

**Dichos**, *menos* **Don Cárlos.**

D. JUAN. (*Cruzando los brazos y mirando partir á don Cárlos.*)
Iré, mas que sepa hallar
al verdugo en mi camino;

(Un bandolero entra por la izquierda y habla en secreto á Fadrí.)

iré, que es poco la muerte,
si vengarme de él consigo.

FADRÍ. ¡Capitan!

D. JUAN. ¿Qué hay?

FADRÍ. Ya se acercan.
Van á llegar á este sitio.
Los manda el gobernador.
de Vich.

D. JUAN. ¡Colmenar!

FADRÍ. El mismo.

D. JUAN. Que están locos, vive Dios,
esos hombres imagino.
Pronto pues; á nuestros puestos.

(*A Fadrí.*) Como siempre en tí confio.
Tú y los tuyos por allí. (*Señalando la derecha.*)
Al bosque yo con los mios
y al barranco, Tallaferro
al monte. Seguros, listos
y atentos á la señal.
¡Valor, confianza y sigilo!
Quieren dar caza al leon
y vienen á perseguirlo
hasta su cueva. Veremos
quién será mas atrevido;
quien le dá la caza á quien;
sí ellos al leon, por Cristo,
ó el leon á ellos.—¡Marchemos!

(Los bandoleros se dividen en tres partidas tomando cada una la direccion indicada por Serrallonga. La escena queda sola unos breves instantes, hasta que entran luego los soldados al mando de don Juan de Colmenar y don Salvio Fontanellas. Los soldados entran en la escena con precaucion, registrando las matas y mirando á todas partes.)

## ESCENA XV.

**Don Juan de Colmenar. Don Salvio Fontanellas.** *Soldados*

D. SALVIO. ¡Qué salvaje es este sitio!
COLMENAR. Es sitio de bandoleros
el mas adecuado y digno.
A ver, registradle bien.

(Suben hasta el primer recodo de la cuesta donde colocan un centinela.)

D. SALVIO. (*Señalando al fondo desde la cuesta.*)
Un barranco aquí.
COLMENAR. Un abismo. (*Inclinándose.*)
No se atreverán por cierto
á trepar por estos riscos.
(Bajando al teatro y señalando hacia la izquierda,)
¿Pusisteis ya centinelas
del bosque á la entrada?
D. SALVIO. Cinco.

(Colmenar examina la escena, se acerca á la cueva y aparta los matorrales.)

COLMENAR. ¿Y esa cueva?
D. SALVIO. Es la que da
al pinar, segun nos dijo.
el espía.
COLMENAR. Cierto.
(*Volviéndose á los soldados.*)
¡A ver!
Un par de hombres decididos.
(Dos soldados salen de las filas.
Penetrad en esta cueva,
hasta el fin introducíos,
y en la otra salida alerta

permaneced. Por aviso
un disparo si algo ocurre.

(Los soldados se van por la cuesta. Detras de ellos don Salvio con cuatro soldados mas. Al cabo de un rato vuelve á salir don Salvio con los cuatro hombres.)

COLMENAR. (*Dirigiéndose á los soldados que han quedado en escena.*)
Y vosotros, que rendidos
debeis estar, descansad.
No hay aquí ningun peligro,
pues me consta que á estas horas
léjos están los bandidos.

(Los soldados obedecen. Dejan las armas á un lado y se tienden como postrados y rendidos de cansancio.)

COLMENAR. (*Viendo á D. Salvio que sale de la cueva.*)
¿Colocados están ya?

D. SALVIO. Lo están.

COLMENAR. Entonces, amigo
Fontanellas, ya podemos
quedarnos aquí tranquilos.
Á su espedicion se fueron
los bandidos, y á este sitio
hasta que caigan las sombras
no regresarán de fijo.

D. SALVIO. Yo os digo que no las tengo,
Colmenar, todas conmigo;
Serrallonga es el demonio,
y es un demonio muy listo.

COLMENAR. Don Salvio, es un bandolero
y un cobarde por lo mismo.
Así que llegue la noche,
tomaremos estos riscos
militarmente, y vereis
como en el lazo tendido
todos caen, sin que escape
el menor de estos bandidos.

D. SALVIO. Será como vos decís,
Colmenar, ya no replico.
Quiso mi celo tan solo
sencillamente advertiros.

(Por los bordes de la cuesta, que se supone son los del barranco, el público puede ver asomar en este momento las cabezas de algunos bandoleros que suben apoyándose en las matas. Cuando llega el caso, estos bandoleros arrojan de repente una manta sobre el centinela, le envuelven y le tiran al barranco antes que haya podido pronunciar el menor grito. En seguida se asomarán al otro borde del camino que da sobre el teatro y apuntarán sus armas á los soldados que están tendidos en la escena. Al mismo tiempo, é instantáneamente, se presentan otros bandoleros por la izquierda, llevando atados los cinco soldados que se habian dejado de centinela en el bosque, y se precipitan tambien, encarándoles sus armas, sobre los que estan en escena. Esta partida irá mandada por doña Juana, y la del monte por Tallaferro. Don Juan de Serrallonga saldrá de la cueva con varios de los suyos, y Fadrí por la derecha con otros apuntando sus armas á los dos oficiales. Esta escena ha de ser muy rá-

pida é instantánea, así que concluye de hablar Colmenar y al oirse la voz de Serrallonga.)

COLMENAR. Esta noche les vereis
á nuestras plantas rendidos
y como mansos corderos
los llevaremos sumisos.
A Serrallonga yo os juro
que he de prender por mí mismo.

ESCENA XVI.

**Dichos. Serrallonga. Fadrí. Juana. Tallaferro.** *Bandoleros.*

(La escena se llena de bandoleros. La sorpresa es rápida y ninguno tiene tiempo siquiera para moverse de su puesto,)

D. JUAN. (*A Colmenar saliendo repentinamente de la cueva.*)
¿Sois vos quien me prende á mí
ó yo quien os prendo á vos?

D. SALVIO.
COLMENAR. ¡Ah!

COLMENAR ¡Soldados!

D. JUAN. ¡Vedlos allí!

(Le hace ver de qué modo está dominada la escena por los suyos.)

No se moverán por Dios,
ni os movais vos, Colmenar.
Dejad la espada en sosiego,
que tengo bocas de fuego
para hacérosla dejar.

(*A Fadrí señalándole las armas de los soldados.*)

Guarda sus armas, Fadrí.

(Fadrí obedece las órdenes del capitan y se apodera de las armas de los solda dados. Se hace en seguida levantar á estos, y se les reune en un grupo guardado por algunos bandoleros. Tallaferro y los suyos bajan del monte.)

D. JUAN. (*Se adelanta con mucha cortesía hasta los dos oficiales*)
Mucho me place aquí veros.

(*A Colmenar enseñándole sus soldados.*)

Mirad; cual mansos corderos
sumisos están allí.

COLMENAR. Una sorpresa, por Dios,
es infame.

D. JUAN. Es muy del caso.
¿Pues á qué vinísteis vos?
¿á llevarme en triunfo acaso?
No debias, en verdad,
para visitar mi tierra,
con tanta gente de guerra
venir. La hospitalidad
sé que me impone el deber
de agasajaros, y voy
á cumplir como quien soy,
de buen caballero á fuer.
Juana, cuidad que al soldado (*A doña Juana.*)

se le dé, para escarmiento,
á cada uno un ducado.
Y á fé, señores que siento (*A Colmenar y á D. Salvio.*)
que me hayais así cogido
tan de pronto, y por sorpresa,
pues á estar yo prevenido
os brindara con mi mesa.

D. SALVIO. Es portarse con nobleza (*Al oido de Colmenar.*)
como hay Dios.

COLMENAR. ¡La ira me abrasa! (*A don Salvio*)

D. JUAN. Ved que estais en vuestra casa, (*A todos.*)
y como tal libremente
podeis entrar y salir.

COLMENAR. ¿Libres somos?

D. JUAN. ¿Cómo nó?
¿Juzgais que á medias sé yo
con mis huéspedes cumplir?
(A doña Juana que ha repartido entre los soldados el dinero que don Juan le ha dicho.)
¿Los ducados recibieron?

D.ª JUANA. Todos están ya pagados.

D. JUAN. Entonces, que esos soldados
se vayan como vinieron.
Las armas me he de guardar
tan solo ¿lo entiendes, Juana?

D.ª JUANA. Pierde cuidado.

D. JUAN. Mañana (*A los oficiales.*)
en Vich os las haré dar.
(Los soldados empiezan á marcharse.)
No os detengo mas, señores;
partid ya cuando querais,
y si otro dia me honrais,
sabed que de mil amores
gozoso vuestra visita
recibiré, que entre gente
de nuestra clase, no quita
lo cortés á lo valiente.
Id á los que os han enviado,
id, y decídselo todo,
contándoles de qué modo
Serrallonga se ha portado;
y si alguno da en burlarse,
decidle, si á mano viene,
que este es el modo que tiene
Serrallonga de vengarse.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

---

*Salon de la casa de don Cárlos de Torrellas en Barcelona, adornado con todo el lujo y magnificencia de la época. En el fondo la puerta que comunica con las antesalas. A la derecha del espectador la puerta de un aposento que no tiene comunicacion con otras habitaciones. Junto á esta puerta un balcon que da á los jardines de la casa. A la izquierda dos puertas: la primera conduce al despacho de don Cárlos, la segunda comunica con el interior del palacio. En todas las puertas, menos en la del fondo, tapices. Es de noche y hay un candelabro con bujías encendidas sobre la mesa, en la que se halla recado de escribir.*

## ESCENA I.

D. Salvio Fontanellas *entrando por la puerta del fondo à tiempo que* D. Cárlos de Torrellas *sale de su despacho.*

D. CARLOS. (*Tendiendo su mano á Fontanellas.*) Buenas noches, señor de Fontanellas

D. SALVIO. El virey me ha pasado la órden de que habeis sido nombrado gobernador de Barcelona, y vengo á ponerme á vuestras órdenes como capitan de tercios.

D. CARLOS Me felicito de que seais vos el primero en montar la guardia á ~~la puerta~~ de mi casa. Esto me proporciona la honra de poder ofreceros hospitalidad por una noche.

D. SALVIO. Gracias.

D. CARLOS. Me han hablado de cierto suceso que os acaeció con Serrallonga.

D. SALVIO Sí; fué un lance desgraciado. Don Juan de Colmenar, el gobernador de Vich, fiado en un traidor, quiso sorprender á Serrallonga, y él fué por el contrario quien nos sorprendió á nosotros.

D. CARLOS Ya os procuraré ocasion de vengaros con usura, y de ha~~cerlo pagar cara vuestra sorpresa~~.

D. SALVIO. Es preciso confesar, sin embargo, que se portó noblemente ~~con nosotros. Podia hacernos matar y~~...

D. CARLOS. ¡Noblemente! ¡~~Serrallonga portarse noblemente! Exagerais don Salvio.~~ Serrallonga es un bandolero y un salteador, ~~y toda su nobleza consiste en el robo y en el saqueo.~~

D. Salvio. Sin embargo...

D. Cárlos. Es un malvado que pronto espiará sus crímenes en un patíbulo, sirviendo de ejemplo su muerte á toda esa manada de villanos que le protege. El virey, siguiendo mis consejos, va á proceder á una persecucion activa contra los bandoleros, y se ha mandado pregonar por villas y ciudades que se ofrecen dos mil ducados al que entregue, muerto ó vivo, á Serrallonge. El cebo del dinero ha hecho ya que uno de los de su misma banda se ofreciera á entrar en tratos con nosotros. Pero, volviendo á lo de antes, capitan, os repito que dispongais de mi casa como mejor os plazca.

D. Salvio. Iré, con vestro permiso, á colocar mis soldados y á cumplir primero con mi deber de capitan de guardia.

D. Cárlos. Haced lo que gusteis, y obrad conforme os parezca.

(Don Salvio saluda y se va por el fondo, Don Cárlos se retira por la misma puerta de la izquierda.)

## ESCENA II.

**D. Juan de Serrallonga.** (*que entra por el balcon embozado en su capa.*)

No hay mas recurso para ver á ese hombre que asaltar su casa. Tres dias hace que estoy en Barcelona buscando el medio de encontrarle y no puedo dar con él. Me he tenido que decidir á saltar la tapia de su jardin y á trepar por ese balcon como un salteador... ¡Salteador y ladron! ¿No es así como ellos me llaman?... Es preciso concluir de una vez. Ya estoy en su casa y de ella no salgo sino muerto ó vengado. ¿Dónde podré esconderme?... (*Paseando una mirada por la escena.*) Todas estas puertas comunicarán con las habitaciones interiores de la casa. Bien mirado, en ningun sitio estoy mejor que en el balcon mismo. Es bajo afortunadamente, y si veo que alguien se acerca á él, me descuelgo otra vez al jardin... Oigo ruido. (*Mirando hácia el fondo.*) Sí, por allí viene gente. Vuélvome á mi sitio. He entrado como un ladron, y es preciso que como un ladron me esconda. (*Se esconde en el balcon cerrando las puertas cristales.*)

## ESCENA III.

**Fadrí de Sau. Tallaferro.** *Un criado de la casa.*

(Fadrí de Sau, vestido de caballero y con el rostro desfigurado; sus modales son elegantes y nada revela en él al bandolero, Tallaferro va vestido de paje y lleva en sus manos una bandeja cubierta con un paño negro. El criado les introduce con muchos saludos y cortesanía.)

Fadrí. (*Al criado.*) Sí, decidle al señor gobernador que está aquí don Antonio de Fontseca que acaba de llegar de Vich, y pide su venia para darle parte de la mision que aquí le trae.

(El criado saluda y se va por la primera puerta de la izquierda,)

Fadrí. (*Acercándose á Tallaferro y hablándole en voz baja*) Ya estamos en la boca del lobo, ó en su casa que es lo mismo:

Tallaferro. Dios nos saque en bien.

FADRI. No hay cuidado. Sobre todo, no eches en olvido que me llamo don Antonio de Fontseca, y que eres mi paje.

TALLAFERRO. Descuidad.

FADRI. Lo principal seria ahora quedarnos en la casa.

TALLAFERRO. ¡Quedarnos aquí! ¡Dios nos libre!

FADRI. ¿Por que?

TALLAFERRO. ¿No habeis visto que tenia guardia en la puerta? ¡Y no poco que nos miraban los soldados al pasar por delante de ellos! Me parecia que nos iban á conocer. Creedme, no estamos nosotros seguros en casas á cuya puerta hay guardia.

FADRI. Eres un bestia, Tallaferro.

TALLAFERRO. Así será sin duda, pero...

FADRI. Silencio Vienen.

(Fadrí se aparta de Tallaferro para no dar que sospechar, y toma una actitud noble y desembarazada para acercarse al gobernador)

## ESCENA IV.

**D. Carlos de Torrellas. Fadrí de Sau. Tallaferro.**

(El criado que ha ido á avisar á don Cárlos sale detrás de él, atraviesa el salon y se va por el fondo).

FADRI. ¿Es al gobernador de Barcelona, don Cárlos de Torrellas, á quien tengo el gusto de hablar?

D. CARLOS. Al mismo, caballero. ¿Y es don Antonio de Fontseca el que tengo la honra de recibir en mi casa?

FADRI. El mismo, señor gobernador.

D. CARLOS. Me ha dicho el criado que traeis una mision para mí?

FADRI. Voy, si me dais permiso á daros cuenta de ella.

D. CARLOS. Podeis hablar cuando gusteis. Ya os escucho.

FADRI. El cuerpo de nobles de la ciudad de Vich, del que tengo á honra formar parte por mi prosapia y linaje, me envia en embajada al gobernador de Barcelona, en cumplimiento de las últimas órdenes espedidas por el virey á toda Cataluña, para que siempre que fallezca un noble, se ponga en el acto esta noticia en su conocimiento, haciéndole entrega de las llaves de su casa, si muere sin herederos. Al llegar á Barcelona me han informado que acababais de ser nombrado gobernador, y en su consecuencia he venido en seguida, á pesar de lo intempestivo de la hora, á daros cuenta de mi mensaje.

D. CARLOS. ¿Ha muerto algun noble en la ciudad de Vich?

FADRI. Ha muerto anteayer en su casa señorial de Caroz, en las Guillerías, el noble don Bernardo de Serrallonga.

D. CARLOS. ¡D. Bernardo de Serrallonga!

FADRI. Y como ha muerto sin heredero, porque desgraciadamente el que lo es se halla en la montaña capitaneando una cuadrilla de infames malhechores, se ha mandado cerrar la casa y se me ha comisionado á mí, don Antonio de Montseca, para entregaros las llaves. (*A Tallaferro.*) Acercaos, Guillen. (*Tallaferro se adelanta y Fadrí retira el paño negro de la bandeja en la que se ven dos*

*llaves.*) Esta llave es la de la casa y esta otra la del panteon donde con la debida pompa ha sido enterrado el ilustre difunto.

D. Carlos. Deber penoso es para mí tener que recoger esas llaves en cumplimiento de mi cargo para entregárselas al virey, pues aun cuando don Bernardo de Serrallonga era personal enemigo mio, sé que era un noble y honrado caballero. (*A Tallaferro.*) Dejad las llaves encima de aquella mesa.

(Tallaferro ejecuta la órden y se retira al fondo.)

Fadri. Tambien era enemigo mio el difunto y le hago sin embargo la misma justicia que vos.

D. Carlos. ¿Era enemigo vuestro?

Fadri. (*Con orgullo*). Siempre han sido los Fontsecas enemigos declarados de los Serrallongas. Militamos en distintos bandos.

D. Carlos. Entonces perteneceis ..

Fadri. Al de los Cadells como vos, don Cárlos.

D. Carlos. En efecto, ahora recuerdo haber oido citar á los Fontsecas como á unos de nuestros mas leales partidarios.

Fadri. Siempre nuestra espada se ha desnudado en defensa de la buena causa.

D. Carlos. Felicítome entonces doblemente de que hayais sido vos el elegido para este mensaje, pues hallo ocasion de poder ofreceros mis servicios. (*Le tiende la mano que Fadri estrecha con efusion*).

Fadri. (*Ap.*) ¡Si pudiera estrangularte! (*Alto.*) Gracias, don Cárlos, disponed tambien de mí en todas ocasiones. Mi brazo y mi espada están á vuestras órdenes.

D. Carlos. ¿Teneis posada en Barcelona?

Fadri. Siempre que vengo á la ciudad, ~~lo que es preciso confesar que me sucede raras veces~~, me hospedo en casa de mi amigo don Gerardo de Cervelló, á quien por cierto no he mandado aun aviso de mi llegada, y voy con vuestro permiso á mandárselo ahora. ¡Guillen!

Tallaferro. (*Acercándose.*) ¿Señor?

D. Carlos. No será necesario que le mandeis aviso, si os dignais hoy honrarme tomando mi casa por posada.

Fadrí. ¡Oh! de ningun modo puedo permitir...

D. Carlos. ~~Ved que soy yo quien permitir no puede que hoy tomeis por posada otra casa que la mia.~~ Sois mensajero de la nobleza de Vich y la honro á ella en vuestra persona.

Fadrí. Puesto que os empeñais, os doy las gracias, y acepto.

Tallaferro. (*Ap.*) Acepta. Ahora sí que la hemos hecho buena. No doy un maravedís por nuestra cabeza.

(Don Cárlos se acerca á la mesa y agita una campanilla, á cuyo sonido comparece Eulalia.)

D. Carlos. (*A Eulalia*) Eulalia, dispondreis el aposento verde para ese caballero que me hace el honor de quedarse conmigo esta noche.

Eulalia. Está bien, señor.

D. Carlos. (*A Eulalia que se marcha.*) ¡Ah! Y haced tambien que le

digan al capitan de mi guardia, don Salvio Fontanellas, que espero me haga el favor de subir á cenar con don Antonio de Fontseca y conmigo. *(Eulalia se va.)*

TALLAFERRO. *(Aparte á Fadrí.)* ¡Don Salvio Fontanellas! Mirad que este es el capitan á quien sorprendimos el otro dia, y es fácil que nos conozca.

FADRÍ. *(Aparte á Tallaferro.)* ¡Calla!

D. CÁRLOS. *(A Fadrí.)* Supongo que no os desagradará tener en la mesa al capitan de mi guardia.

FADRÍ. Muy al contrario, tendré en ello el mayor placer.

TALLAFERRO. *(Ap.)* El mismo que si le colgaran.

D. CÁRLOS. Y ahora que sois mi huesped, permitidme qué os trate como á tal abandonándoos un instante para pasar á mi despacho donde un asunto de interés reclama mis cuidados. Disponed de mi casa como vuestra.

FADRÍ. Id á vuestro negocio.

D. CÁRLOS. Hasta luego pues, amigo mio. *(Se dan cordialmente la mano.)*

## ESCENA V.

**Fadrí. Tallaferro.**

(Fadrí ha acompañado á don Cárlos hasta el umbral de la puerta de la izquierda, y al volverse se le acerca Tallaferro que le dice en voz baja.)

TALLAFERRO. Teniente, os participo que mañana nos ahorcan.

FADRÍ. Déjate de necedades. Lo cierto es que estamos ya instalados en la casa.

TALLAFERRO. Y por consiguiente tenemos andada la mitad del camino para que nos cuelguen.

FADRÍ. Es preciso enterar á doña Juana del buen éxito que ha tenido nuestra empresa. Pero el caso es que aun no podemos decirle una palabra respecto á don Juan. ¿Dónde diablos estará metido en cuatro dias con hoy que falta del campamento? No estará sin duda preso, porque lo hubiéramos sabido. No se habrá batido con ese hombre, porque entonces no estaria vivo don Cárlos ciertamente. A no ser que...

TALLAFERRO. ¿Qué?

FADRÍ. Que don Cárlos hubiese muerto al capitan.

TALLAFERRO. ¡Imposible!

FADRÍ. Sí, tienes razon, es imposible. No es hombre don Juan para dejarse matar por don Cárlos. ¿Dónde estará pues?

(D. Juan ha salido del balcon asegurándose de que no hay en la escena mas que los dos personages que estan hablando, y se ha adelantado hasta la mesa donde se halla la bandeja con las llaves.)

## ESCENA VI.

**Dichos. D. Juan de Serrallonga.**

D. JUAN. Fadrí, me guardo la llave del panteon. Dile á don Cárlos que se ha perdido.

FADRÍ.
TALLAFERRO ¡El capitan!

D. JUAN. (*Cruzándose de brazos tranquilamente despues de haberse guardado la llave.*) ¿Cómo ha sido que habeis venido á Barcelona?

FADRÍ. Doña Juana está aquí tambien.

D. JUAN. ¡Imprudentes!

FADRÍ. Tres dias hacia que no sabíamos de vos, capitan, y estábamos llenos de zozobra y de inquietud. Doña Juana me llamó esta mañana y me dijo: «Fadrí, me voy á Barcelona.» «Y yo tambien» le contesté, y me vine con ella.

D. JUAN. ¿Y qué pretendiais hacer viniendo?

(Tallaferro se retira al fondo vigilando las puertas por si se acerca alguien.)

FADRI. Saber de vos, inquirir noticias vuestras á toda costa. No ignorando que habeis venido para batiros con don Cárlos de Torrellas, he creido, de acuerdo con doña Juana, que lo mejor era venir á esta casa. La casualidad me ha hecho encontrar con don Antonio de Fontseca que venia á visitar á don Cárlos, portador de un triste mensaje por cierto...

D. JUAN. Te he oido dar cuenta de este mensaje. (*D. Juan ha dicho estas palabras con amargura.*) ¡Pobre padre mio! (*Se enjuga una lágrima.*)

FADRI. Me he apoderado de él.

D. JUAN. ¿De quién?

FADRI. De don Antonio de Fontseca y de su criado, á quienes he dejado encerrados en un aposento bajo la guarda de uno de los nuestros que me habia seguido junto con Tallaferro. Me he vestido el traje del amo, he hecho que Tallaferro vistiese el del criado, y seguro de que ni don Cárlos conocia á Fontseca ni Fontseca á don Cárlos por los antecedentes que yo tenia, aqui nos hemos venido á dar cuenta del mensaje esperando poder indagar algo de vos.

D. JUAN. Habeis sido unos imprudentes, repito. ¿Dónde está Juana?

FADRI. A dos pasos de este palacio. En la casa de nuestro compañero Serra. Alli es donde tengo presos tambien á Fontseca y á su criado.

D. JUAN. Corred pues á tranquilizarla, y decidla que iré luego por ella.

TALLAFERRO. (*Acercándose.*) Creo que viene gente.

D. JUAN. Marchaos pues. (*Da un paso para ir á esconderse.*)

TALLAFERRO. (*Levantando la punta del tapiz que cuelga delante de la primera puerta de la izquierda.*) Es don Cárlos.

D. JUAN. (*Deteniéndose.*) Mejor que mejor. Entonces concluiremos mas pronto.

FADRI. Capitan, ved que ahora hay guardia á las puertas de esta casa, ved que ahora don Cárlos es el gobernador de Barcelona...

D. JUAN. Cuando haya matado á ese hombre, saldré sin que nadie me vea por el sitio por donde he entrado. Véte.

FADRI. (*Aparte al marcharse.*) Ya que estoy instalado en esta casa como don Antonio de Fontseca, no me aparto de ella sin que vea

el fin de esto, y ¡ay de don Cárlos de Torrellas si el capitan sufre por su causa! *(Vase por el fondo con Talloferro.)*

### ESCENA VII.

**D. Juan. D. Carlos.**

(D. Juan se ha sentado en un sillon. D. Cárlos sale de su despacho en actitud de ir á atravesar el salon y repara de pronto en Serrallonga.)

D. CARLOS. *(A mitad del salon.)* ¡Un hombre aquí! ¿Cómo no me han dado aviso? *(Dirigiéndose á él.)* Caballero...

D. JUAN. *(Desembozándose.)* Soy yo, don Cárlos. No os molesteis.

D. CARLOS. ¡Serrallonga!

D. JUAN. Repito que os molesteis por mí. Podeis ir á vuestros negocios, si teneis algo que hacer. Yo esperaré.

D. CARLOS. ¡Serrallonga ¿Quien os ha introducido aquí?

D. JUAN. Yo mismo.

D. CÁRLOS. ¿Por donde habeis entrado?

D. JUAN. *(Señalando el balcon.)* Por allí.

D. CARLOS. ¡Por el balcon!

D. JUAN. Ni mas ni menos. ¿No soy un ladron por ventura? El trepar por los balcones es cosa de mi oficio.

D. CARLOS. ¡En Barcelona vos, y en mi casa Serrallonga!

D. JUAN. ¿No vinisteis vos á la montaña? ¿No os dije yo que os devolveria la visita en Barcelona?

D. CARLOS. Yo estoy soñando.

D. JUAN. ¿Estais dispuesto á hacerme los honores de la hospitalidad?

(Da algunos pasos hácia el fondo.)

D. CARLOS. ¿A dónde vais?

D. JUAN. A cerrar las puertas que comunican con este salon para que nadie pueda interrumpirnos.

D. CARLOS. ¿Qué pretendeis pues hacer?

D. JUAN. *(Volviendo atrás)* ¿Qué que pretendo hacer?... Vuestro reciente nombramiento de gobernador de Barcelona os habrá hecho perder la memoria, don Cárlos. Me veis aquí, en vuestra casa, sinmas armas que esta espada al cinto, ¿y me preguntais que es lo que pretendo hacer?

D. CARLOS. ¿Y si yo no quisiera batirme con vos?

D. JUAN. ¡Vos!... ¡no batiros conmigo!... ¡Yo creo que estais loco, don Cárlos!

D. CARLOS. Soy ahora un funcionario público, soy el gobernador de de Barcelona, y por consiguiente el primero que debe cuidar de que las leyes se respeten y cumplan. Ahora bien, la ley prohibe el duelo.

D. JUAN. ¿Y qué me importan á mí las leyes cuando se trata de vengar mi honra? ¿Y qué os importan las leyes á vos cuando me teneis á mí, vuestro implacable y encarnizado enemigo, en vuestra presencia?... El primer deber de un gobernador es el de ejercer justicia. Ahora bien, yo vengo á vos, gobernador de

Barcelona, y os digo: Un hombre despues de haber insultado cobardemente á mi padre, me ha estado insultando infamemente durante seis años; mes por mes me ha estado enviando una carta llena de sangrientos insultos; un dia este hombre cayó en mis manos, le tenia atado ante mí, podia hacerle descuartizar, si hubiese querido, y colgar sus miembros palpitantes de los árboles de la montaña para que fuesen pasto de los buitres, y sin embargo le mandé desatar y puse una espada en sus manos. No quiso batirse pretestando que el combate no era igual y que yo estaba entre los mios quienes podian vengar en su muerte su victoria. Le dejé partir refrenando el furor de los mios que querian destrozarle, y le dejé partir porque me dió su palabra, su palabra de caballero, de batirse comigo si venia yo á buscarle á Barcelona. He venido á Barcelona tras de él jugando mi cabeza tasada en dos mil ducados, me he expuesto á encontrarme cara á cara con el verdugo, he buscado á ese hombre durante tres dias por calles y plazas, y no encontrándole, me he ido á su casa penetrando por un balcon porque habia una guardia en su puerta. He hallado por fin á ese hombre, le he dicho que venia á reclamar su palabra, y él, un caballero, me ha contestado que una ley prohibia el desafío. Esta es la historia, señor gobernador de Barcelona. ¿Qué os parece que he de hacerle yo ahora á ese hombre? ¿Quereis, señor gobernador, que le mande asesinar por uno de los mios al revolver de una esquina como si fuese un perro rabioso? ¿O quereis, señor gobernador, que penetre yo un dia en el palacio del virey, á hora en que esté allí reunida toda la nobleza catalana, y que, aun sabiendo que al salir he de tropezar con el patíbulo, le escupa á la cara como á un villano y le cruce el rostro á latigazos como á un cobarde? ¿Cuál de estos medios, señor gobernador, me aconsejais que elija?

D. Carlos. Me batiré con vos.

D. Juan. ¡Por fin! volveis á ser caballero, don Cárlos. Os devuelvo mi aprecio.

D. Carlos. Esperadme aquí

D. Juan. ¿Dónde vais?

D. Carlos. A buscar mi espada y á dar órdenes á mis criados para que nadie entre en este salon.

D. Juan. Id pues. Aquí os aguardo.

(D. Cárlos se va por el fondo.)

## ESCENA VIII.

**D. Juan.**

Por fin podré vengarme. Ha sonado ya la hora Mi padre dormirá tranquilo en su sepulcro, y no vendrá su sombra insepulta á vagar en torno de mí por el espacio para pedirme venganza. Hé aquí el momento que he estado anhelando durante seis años. Dios me lo ha concedido por fin.

ESCENA IX.

**D. Juan. D. Carlos** *que aparece por la puerta con* **D. Sálvio** *y los soldados de la guardia.* **Fadri de Sau. Tallaferro.**

D. Carlos. Capitan, prended á ese hombre. Es el bandido Serrallonga. (Al oir D. Juan la voz de don Cárlos, se vuelve precipitadamente y se encuentra con los soldados que le apuntan sus armas.)

D. Juan. ¡Don Cárlos!

D. Salvio. (*Acercándose á Serrallonga que ha quedado inmóvil, cruzado de brazos y mirando á D. Cárlos con una indefinible espresion de desprecio.*) ¡Don Juan de Serrallonga, en nombre del rey daos á prision!

D. Juan. (*Sin contestar á don Salvio y mirando á don Cárlos.*) ¡Don Cárlos!

Fadrí. (*Aparte á Tallaferro.*) Corre á avisar á doña Juana y dile lo que pasa. Corre, vuela. Dile que yo me quedo aquí para matar á don Cárlos. (*Tallaferro se va.*)

D. Salvio. Don Juan de Serrallonga, en cumplimiento de mi deber, os vuelvo á intimar que os deis á prision en nombre del rey, y os suplico, como caballero, que no trateis de oponer resistencia. (*Señalando á sus soldados.*) Ya estais viendo que seria inútil.

Fadrí. (*Ap.*) ¡Si yo emprendiese puñal en mano con todos esos hombres! ¡Locura! Me haria matar y no le vengaria.

D. Juan. Podeis decirles á vuestros soldados, capitan, que bajen sus armas. Cuando los hombres como don Cárlos de Torrellas se bajan á ejercer el oficio de la traicion, de la delacion y de la infamia, los hombres como don Juan de Serrallonga se resignan á su destino y se entregan.

D. Salvio. Dad pues vuestra espada al señor gobernador, don Juan.

D. Juan. ¡A él!... A vos os la daré, capitan. Ese miserable la mancharia con tocar solo su puño. (*Entrega su espada á don Salvio.*)

D. Salvio. (*A los soldados.*) ¡Bajad las armas!

D. Carlos. (*A don Juan.*) Tratad de reportaros en vuestras palabras, si no quereis que os mande poner una mordaza.

D. Juan. ¡Una mordaza! Capitan, decidle á ese hombre que se haga atrás y que no me hable. Me inspira horror.

Fadrí. (*Ap.*) No sé si podré esperar á tenerle solo para matarle.

D. Carlos. (*Al capitan.*) Mientras yo voy á dar aviso al virey de la importante captura que acabamos de efectuar, encerrad á Serrallonga en aquel aposento (*Señalando el de la derecha.*) que por esta noche debia ser el vuestro. No comunica mas que con este salon, hay rejas en las ventanas, y no se escapará por cierto. Don Salvio, el gobernador os hace responsable de ese hombre.

D. Salvio. (*A Serrallonga.*) Don Juan, hacedme el favor de entrar en ese aposento que debe ser por el momento vuestra cárcel.

D. Juan. Os suplico, capitan, que me saqueis pronto de esta casa para llevarme aunque sea al calabozo mas infame. El aire que

aquí se respira está envenenado. Vuestro gobernador ha ganado bien los dos mil ducados prometidos por mi cabeza. A este paso, pronto será vuestro gobernador un hombre de provecho.
(Don Salvio y Serrallonga entran en el aposento de la derecha.)

FADRÍ. (*Acercándose á don Cárlos.*) ¿Vais á casa del virey?

D. CARLOS. Sí, voy á darle parte de lo sucedido. Ya lo veis, señor de Fontseca. ¡Serrallonga en nuestro poder! ¿Qué os parece el golpe?...

FADRÍ. El golpe... el golpe me parece muy grande y... y os lo envidio.

D. CARLOS. El virey se va á volver loco de contento. Voy en seguida á darle parte.

FADRÍ. Si me permitís, iré acompañándoos hasta su palacio.

D. CARLOS. Con mucho gusto, señor de Fontseca. Esta es una prision que tanto os interesa á vos como á mí.

FADRÍ. En efecto, teneis razon. ¡Me interesa mucho... mucho! (*Ap.*) Así que estemos á cuatro pasos de la puerta cierro con él á puñaladas, y vuelvo en seguida para salvar al capitan ó hacerme matar á sus piés.

D. CARLOS. (*Acercándose á la mesa y agitando la campanilla, á cuyo sonido comparece un criado.*) Voy á salir: mi espada y mi sombrero.
(El criado vuelve á poco con la espada y el sombrero de don Cárlos. Don Salvio sale del aposento de la derecha cerrándolo con llave y coloca á la puerta del salon dos centinelas, haciendo seña á los demás soldados de que pueden marcharse, lo que efectúan.)

## ESCENA X.

D. Cárlos. Fadrí. D. Salvio. *En seguida* Eulalia.

D. CARLOS. (*A don Salvio.*) ¿Habeis reconocido la habitacion, capitan?

D. SALVIO. Sí señor. Está perfectamente incomunicada. ~~Las rejas que hay en sus dos ventanas son sólidas y no cederán fácilmente.~~ (*Presentándole la llave.*) ¿Quereis la llave de la puerta?

D. CARLOS. Sí, dádmela. (*La toma.*)

FADRÍ. (*Ap.*) Perfectamente. Se lleva la llave de la puerta. Yo volveré con ella.

D. CARLOS. Cuando gusteis, señor de Fontseca.

FADRÍ. Estoy á vuestras órdenes.

D. CARLOS. (*Que se ha ceñido ya su espada y se ha puesto la capa y el sombrero.*) Vamos pues.

FADRÍ. (*Ap.*) Hé aquí un hombre que lleva prisa de morir.

D. CARLOS. (*A don Salvio.*) Capitan, vuelvo en seguida. Vuestra cabeza me responde del prisionero.
(Eulalia entra por el fondo en el momento en que van á salir don Cárlos y Fadrí.)

EULALIA. Señor, una dama tapada desea hablaros.

D. CARLOS. ¡Una dama! Dile que vuelva ~~otro momento~~, mas tarde.
(Doña Juana se presenta en la puerta del fondo cubierta con un velo.)

EULALIA. Miradla ya, señor. Ha entrado tras de mí.

D. CARLOS. ¡Qué fatalidad! (*A Fadrí.*) Señor de Fontseca, dispensad-

me un instante. Es una dama y no puedo echarla á la puerta. Soy con vos antes de tres minutos.

FADRÍ. (*Ap.*) ¡Un estorbo! ¡maldito sea!

(Don Salvio, Fadrí y Eulalia se van por el fondo. Por delante de la puerta cruzan dos centinelas, y de cuando en cuando el capitan don Salvio.)

## ESCENA XI.

### D. Carlos. Doña Juana.

D. CARLOS. Acercaos, señora, y os suplico que seais breve en lo que teneis que decirme. Tengo los momentos contados.

D.ª JUANA. Seré muy breve, don Cárlos, pues que solo he venido á deciros que sois un infame. (*Se descubre.*)

D. CARLOS. ¡Juana!

D.ª JUANA. Que sois un infame y un malvado.

D. CARLOS. ¡Juana!

D.ª JUANA. Lo sé todo. Habeis abusado de la hospitalidad. Mi esposo se ha presentado á vos leal, noblemente, fiado en vuestra palabra de hidalgo, seguro en vuestra fé de caballero y en vuestro deber de hombre honrado, y vos para prenderle no habeis vacilado en faltar á las tradiciones de hidalguía de nuestra casa y en pisotear el decoro de nuestro nombre.

D. CARLOS. Juana, vuestro esposo es un bandido y yo soy el gobernador de Barcelona.

D.ª JUANA. Mentís, mentís, don Cárlos. Mi esposo es un caballero, noble como vos, noble mas que vos de fijo, pues que nunca hubiera cometido la accion infame de que yo vengo á acusaros.

D. CARLOS. Doña Juana de Torrellas, estais hablando con el gobernador de Barcelona y con vuestro hermano.

D.ª JUANA. Yo no me llamo doña Juana de Torrellas. Yo me llamo la ira, yo me llamo la venganza, yo soy la honra de los Torrellas que encarnada en mí se presenta para acusaros de hidalgo desleal y mal nacido caballero.

D. CARLOS. Juana, si proseguís hablando de esta manera, hago una seña á los centinelas que cruzan por delante de aquella puerta, y sin consideracion al nombre que desgraciadamente llevais, os hago sepultar en un calabozo.

D.ª JUANA. Y lo hareis, ya lo sé. ¿Qué significa el poner presa á una hermana para el que, traidor á las leyes del deber, ha entregado á su huésped? ¿No érais vos el que hace ocho dias me pedia cuenta de la honra de vuestro nombre? ¿Y qué me respondeis ahora á mí, á mí que vengo á pedírosla de la honra del mio? ¿Qué habeis hecho de mi esposo, decid? ¿Qué habeis hecho del hombre á quien os debian hacer sagrado los deberes de la hospitalidad?

D. CARLOS. Abreviemos esta conversacion, doña Juana, porque mi deber me llama al palacio del virey.

D.ª JUANA. ¿Ireis sin duda á su palacio para darle cuenta de la prision de mi esposo?

D. CÁRLOS. Precisamente.

D.ª JUANA. ¡Oh! nó, no puede ser, no será. Vos no ireis, don Cárlos, no ireis.

D. CÁRLOS. ¿Y por qué nó, señora?

D.ª JUANA. Porque yo os lo impediré; porque para salir de este salon tendreis que pasar por encima de mi cuerpo, porque... porque acabareis por tener compasion de mí, de mí que estoy desesperada, de mí que estoy loca, de mí que soy su esposa y vuestra hermana. Don Cárlos, ¿vos no ireis al palacio del virey, verdad? Ahora mismo, cuando os he dicho... yo no sé lo que os he dicho, era que estaba loca, loca completamente. Yo no habia venido para insultaros, nó; habia venido para arrojarme á vuestros piés, para abrazar vuestras rodillas, para pediros en el santo nombre de nuestra madre muerta, que salveis á mi esposo, al esposo de vuestra hermana. Don Cárlos, oid: el otro dia vinisteis á decirme que abandonase á don Juan, y yo os rechacé porque estaba fuera de mí. Pues bien, aquí me teneis, haced de mí lo que querais, enviadme con nuestro tio don Hildebrando, encerradme en un convento si os parece mejor, matadme si creeis que me he hecho indigna de mi nombre, pero por la misericordia de Dios, don Cárlos, por el amor que nos tenia nuestra buena madre, por la sagrada bendicion que sobre nuestras frentes lanzó desde su lecho de agonía, salvad á don Juan, salvad á mi esposo, salvad á vuestro hermano.

D. CÁRLOS. Es tarde ya.

D.ª JUANA. (*Desesperada y sollozando.*) No es tarde si vos lo quereis, don Cárlos. Una palabra vuestra puede salvarle. Sí, sí, dejadle partir ahora, en seguida, y mirad, aquí me teneis á mí, encerradme en un convento.

D. CÁRLOS. (*Acercándose á su mesa y tocando la campanilla.*) Esto es precisamente lo que voy á hacer, señora. Cubríos con el velo, Juana. Nadie os ha de conocer aquí.

D.ª JUANA. (*Cubriéndose con el velo y acercándose á don Cárlos.*) ¿Pero le salvareis, no es verdad? ¿Le salvareis?

(Don Cárlos sin contestar á doña Juana se dirige á Eulalia que se presenta en el fondo.)

D. CÁRLOS. (*Aparte á Eulalia.*) Decidle á don Antonio de Fontseca que le estoy esperando en este salon.

D.ª JUANA. (*Con ansiedad á Don Cárlos.*) ¿Pero le salvareis, decid, le salvareis?

D. CÁRLOS. Veremos; hablaré al virey en su favor y puede...

D.ª JUANA. ¡Ah! ¿Luego no vais á ponerle en libertad en el acto?

D. CÁRLOS. No me es posible.

D.ª JUANA. Teneis un corazon de tigre, don Cárlos.

D. CÁRLOS. Disponeos á partir, señora.

D.ª JUANA. ¿Dónde quereis enviarme?

D. CÁRLOS Al convento de Santa Clara.

D.ª JUANA. ¡A un convento!.. ¿Yo á un convento interin don Juan no esté libre? ¿Habeis llegado á figuraros, don Cárlos, que esto podia ser?

D. Cárlos Es que así será,

D.ª Juana. ¿Y si yo no quiero ir?

D. Cárlos. Entonces os llevarán á la fuerza.

D.ª Juana. ¡A mí!

D. Cárlos. ¡Silencio! (*Señalando á Fadrí que se presenta en la puerta del fondo.*) Ya está aquí quien debe conduciros.

D.ª Juana. (*Aparte.*) ¡Fadrí!

ESCENA XII.

**Dichos y Fadrí.**

D. Cárlos. (*Á Fadrí.*) Perdonadme, caballero, si una cadena de circunstancias inesperadas hace que tenga que reclamar de vos un señalado servicio.

Fadrí. Decid. (*Aparte.*) ¿Qué demonios será eso?

D. Cárlos. Interin yo voy á casa del virey, vais á hacerme el favor de acompañar á esa dama al convento de Santa Clara, y entregarla á mi prima la abadesa, para la cual os voy á poner dos líneas. (*Se dirige à la mesa y se pone á escribir.*)

Fadrí. (*Aparte.*) ¡Maldicion! esto desbarata todos mis planes. Si acompaño á esa dama, ¿como le mato entonces? (*Alto.*) Reparad, don Cárlos....

D.ª Juana. (*Que sigue cubierta con su velo se acerca á Fadrí y le dice precipitadamente.*) ¡Aceptad!

Fadri. (*A sí mismo.*) ¡Doña Juana!

D. Cárlos. (*Sin dejar de escribir.*) Deciais, caballero...

Fadri. Nada, nada. Continuad escribiendo.

D. Cárlos. ((*Acabando de escribir y llevando á un lado á Fadrí.*) Señor de Fontseca, el servicio que reclamo de vos es muy importante. Esta dama tapada que allí veis y á quien vais á acompañar, es mi hermana.

Fádri. ¡Vuestra hermana!

D. Cárlos. Tomad, pues, este billete para mi prima. Al salir ahora, daré la órden para que os acompañen algunos soldados.

Fadri. ¿Creeis necesario?

D. Cárlos. Sí, porque en caso de resistencia por su parte es preciso llevarla aunque sea á la fuerza, aunque sea poniéndola una mordaza.

Fadri. Dejadlo á mi cargo.

D. Cárlos. ¿Puedo pues contar con vos?

Fádri. En un todo.

D. Cárlos. (*Acercandose á su hermana.*) Señora, ese caballero va á llevaros al convento de Santa Clara. Si no quereis perjudicar la situacion del que llamais vuestro esposo, si no quereis precipitar su muerte, id de buen grado al convento y no trateis de oponer resistencia. Seria inútil por otra parte, pues que os llevarian á la fuerza.

(Doña Juana continúa inmóvil sin contestar nada. Don Cárlos se vá por el fondo. El capitan Don Salvio cruza á cada momento por delante de la puerta, de la cual no se separan los centinelas.)

## ESCENA XIII.

**Doña Juana. Fadrí.**

FADRI. ¿Cómo os habeis atrevido á venir á esta casa, señora?

D.ª JUANA. Queria salvarle, Fadrí, salvarle á toda costa, sacricándome yo si era preciso. ¿Dónde tienen á don Juan?

FADRI. Allí. (*Señalando la puerta de la derecha.*)

D.ª JUANA. ¡Allí! ¡En mi antigua habitacion!... ¡en el aposento que yo ocupaba un dia en esta casa! (*Como herida de pronto de una idea.*) ¡Ah!

FADRI. ¿Qué es eso? ¿se os ocurre algo?

D.ª JUANA. ¿Tiene don Juan centinelas de vista en su cuarto?

FADRI. No, pero ved, hay dos centinelas allí, y el capitan no abandona aquella puerta. (*Señalando el fondo.*)

D.ª JUANA. No importa, no importa. (*Viendo á Eulalia atravesar el teatro, entrando en la escena por el fondo y dirigiéndose á una de las habitaciones de la izquierda.*) ¡Eulalia! Eulalia! la Providencia me la envia.

## ESCENA XIV.

**Dichos. Eulalia.**

D.ª JUANA. ¡Eulalia!

EULALIA. ¿Quién me llama?

D.ª JUANA. (*Acercàndose à ella, descubriéndose y llevándosela à un lado del teatro.*) Yo, doña Juana.

EULALIA. (*Con emocion.*) ¡Doña Juana! ¡Señora!... ¡Vos! ¡vos aquí!

D.ª JUANA. Sí, Eulalia, yo, tu antigua ama, yo que he venido aquí porque me han robado á mi esposo, al hombre que idolatro. Le tienen allí, en mi antiguo aposento, y le van á condenar, á matar tal vez!... Eulalia, tu me ayudarás á salvarle, ¿no es verdad? Tú tendrás compasion de mí. ¿Le salvarémos, no es cierto? ¿le salvarémos?

EULALIA. Pero, ¿cómo, señora? ¿de que manera? Haré por vos cuanto de mí dependa, ama mia, pero....

D.ª JUANA. Mi cuarto tiene una escalera que baja al jardin. Tú sabrás donde está la llave de la puerta.

EULALIA. Lo sé, pero la puerta del pié de la escalera, la que comunica con el jardin, está tapiada.

D.ª JUANA. ¡Tapiada!.... Las ventanas son bajas y...

EULALIA. Vuestro hermano mandó poner rejas en ellas cuando hizo condenar la puerta.

D.ª JUANA. ¡Las ventanas con rejas!.... ¡La puerta tapiada! ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!, Pero bien, no importa, es preciso tentar este último medio. ¿Tú tienes la llave de la puerta de arriba, verdad?

EULALIA. Creo que la encontraré.

D. JUANA. Búscamela pues, Eulalia, búscamela por Dios, por la memoria de tu madre. Corre, corre, Eulalia. Yo voy tras de tí.

EULALIA. Pero...

D.ª JUANA. ¡La llave, Eulalia, la llave! Necesito esa llave si no quieres verme morir á tus piés.

(Doña Juana empuja á Eulalia que se va corriendo por la puerta segunda de la izquierda. Toda esta conversacion ha tenido lugar á un lado del teatro, muy rápida y en voz baja. Fadrí, al ver partir á Eulalia, se acerca á doña Juana.)

FADRI. ¿Hay alguna esperanza?

D.ª JUANA. Una hay, pero muy débil.

FADRI. La arriesgaremos.

D.ª JUANA. Tendremos que derribar una puerta tapiada.

FADRI. Derribaremos la casa si es necesario.

D.ª JUANA. Venid, pues, venid conmigo. (*Se van detras de Eulalia.*)

## ESCENA XV.

**Don Salvio.**

(Aparece por la puerta del fondo mirando hácia el lado por donde se acaban de marchar doña Juana y Fadrí.

¿Qué significa esto?... Don Cárlos me dice que ponga cuatro soldados á disposicion de este caballero de Fontseca para acompañar á una dama, y en lugar de salir, veo que se introducen en la casa. Confieso que no lo entiendo.

(Se acerca al aposento en que está encerrado don Juan y escucha.)

Está paseándose. Agitado debe hallarse porque cruza la estancia á grandes pasos.

(Se separa de la puerta.)

¡Pobre hombre! Me da compasion. ~~Es un valiente, y se portó conmigo como un bizarro caballero.~~

(Se sienta junto á la mesa.)

Bien mirado, don Cárlos ~~ha cometido con él una traicion~~, una traicion infame. ~~Así son la mayor parte de esos nobles orgullosos. La apariencia es de hidalgo, pero el corazon de cieno.~~

(Roberto vestido de hombre del pueblo aparece en el fondo,)

¿Quien anda ahí?

## ESCENA XVI.

**Don Salvio. Roberto.**

D. SALVIO. ¿Quien sois vos? ¿qué buscais?

ROBERTO Deseaba hablar al señor gobernador.

D. SALVIO. No está en casa.

ROBERTO. Si el caballero capitan me lo permitiera, aguardaria su regreso.

D. SALVIO. Salíos pues á la antesala, y esperadle allí. (*Hablándose á si mismo.*) Yo conozco á ese hombre. (*Alto á Roberto que se aleja.*) Aguardad. Yo os conozco á vos.

ROBERTO. Bien puede ser.

D. Salvio. Acercaos. (*Mirándole fijamente.*) Vos perteneceis á la banda de Serrallonga.
Roberto. Puede ser muy bien.
D. Salvio. Sí, ya te conozco ahora. Eres el bribon que nos vendió.
Roberto. ¡Venderos! No por cierto. La culpa no fué mia si...
D. Salvio. Ya te haré yo ver de quien es la culpa.
Roberto. Señor capitan...
R. Salvio. ¿A qué vienes á Barcelona?
Roberto. Me interesa hablar con el señor gobernador.
D. Salvio. ¿Para darle un medio de prender á Serrallonga?
Roberto. Puede que sí.
D. Salvio. Pues entonces has hecho tarde.
Roberto. ¿Teneis un medio de prender á Serrallonga?
D. Salvio. Tenemos mas que el medio, le tenemos á él.
Roberto. ¿A quién?
D. Salvio. A Serrallonga.
Roberto. ¡A Serrallonga!... No puede ser.
D. Salvio. Mira, es tan cierto que le tenemos preso á él, como lo es que te prendo á tí.
Roberto. ¡A mí, capitan!
D. Salvio. ¡A tí!
Roberto. Tampoco puede ser, capitan.
D. Salvio.¡Ah! ¿Tú crees que no puede ser? ¿Y quién me lo impedirá?
Roberto. (*Enseñándole un papel.*) Este salvo-conducto del señor gobernador.
D. Salvio. Está visto que siempre los pícaros tienen fortuna.

## ESCENA XVII.

### Dichos y D. Juan de Colmenar.

(Colmenar entra sin reparar en Roberto que se hace á un lado.)

Colmenar. ¿Con qué tenemos por fin en nuestro poder á ese famoso bandolero, amigo don Salvio?
D. Salvio. Así es, señor de Colmenar. Esta vez no es él quien nos sorprende.
Roberto. (*Aparte.*) ¡Serrallonga preso! ¿Seria posible?
(Se acerca á una de las puertas de la izquierda y se esconde tras uno de los tapices.)
Colmeniar. Lo he sabido por el mismo don Cárlos.
D. Salvio. ¿Habeis visto al gobernador?
Colmenar. Le he hallado en el palacio del virey y se lo he oido contar todo. Vengo yo á hacerme cargo del preso.
D. Salvio. ¿Se ha quedado el gobernador en el palacio del virey?
Colmenar. No; venia conmigo, pero un hombre le ha detenido aquí mismo, á la puerta de su casa, para hablarle no sé de qué asunto.

## ESCENA XVIII.

**Dichos D. Carlos.**

D. Carlos. (*Entrando precipitadamente por el fondo.*) Señores, señores, acabo de ser burlado de una manera increible.

Colmenar. ¿Qué sucede?

D. Carlos. Corred, capitan, y dad la órden de que no se permita á nadie la salida de esta casa. ¡Apresuraos!

(El capitan se dirige al fondo y habla con uno de los soldados que están en la antesala.)

Colmenar. ¿Pero qué es ello?

D. Carlos. Imaginaos, señor de Colmenar, que un desconocido se ha introducido hoy en mi casa bajo el supuesto nombre y título de Fontseca, ~~hidalgo de la ciudad de Vich.~~

Colmenar. Lo conozco y sé que debia venir á veros.

D. Carlos. Dentro de un instante estará aquí el verdadero Fontseca, á quien, lo mismo que á su criado, han puesto presos tres hombres desconocidos, apoderándose de sus trages, de sus papeles, y del encargo de que eran portadores para mí. Les han tenido encerrados hasta hace un momento, pero habiendo observado que el guarda que los vigilaba habia partido, Fontseca me ha enviado su criado para darme aviso de lo que pasaba. Era el hombre con quien habeis visto que me quedaba á hablar en la calle.

Colmenar. ¿Pues quién es el otro, ~~el que ha venido aquí usurpando un nombre~~?

D. Carlos. No lo sé, ni sé tampoco qué infame designio le habrá traido. (*A don Salvio que ha vuelto.*) ¿Habeis dado la órden, capitan?

D. Salvio. Está cumplida.

D. Carlos. ¡Oh! lo terrible es que he confiado á ese desconocido una mision de gran importancia. (*A don Salvio dándole la llave.*) Capitan, haced entrega del preso al señor gobernador de Vich por órden del virey, y dadle una escolta para que pueda llevarlo maniatado á su destino.

Colmenar. Perded cuidado.

(Don Salvio que ha abierto la puerta de la derecha y reconocido la habitacion de una sola mirada, da un grito, al oir el cual retrocede don Cárlos que se dirigia hácia el fondo.)

D. Salvio. ¡Cielo santo!

D. Carlos. ¿Qué es eso?

D. Salvio. No hay nadie, en esta habitacion no hay nadie. El preso se ha fugado.

D. Carlos. ¡Fugado! ¡Poder del cielo!

Colmenar. ¿Cómo puede ser?

(Don Cárlos se precipita en la habitacion y vuelve á salir en seguida con un papel en la mano.)

D. Carlos. Se ha fugado, sí, se ha fugado el miserable por la escalera que da al jardin. Hé aquí un papel que nos ha dejado. (*Lo*

*abre y lo lee en voz alta.*) «El hermano deshonra el nombre de sus »padres poniendo preso á su huésped: la hermana devuelve á »ese nombre su honra perdida poniendo en salvo á su esposo. »Doña Juana.» ¡Condenacion! ¡Tambien ella! ¡Corred, capitan, corred!... no pueden estar lejos. Quizá no hayan tenido tiempo de salvar la cerca de los jardines. Vuestra honra y vuestra vida van en ello!

D. Salvio. ¡A mí soldados!

(Con los soldados que estaban de centinela y con otros que aparecen se precipita don Salvio en el aposento.)

D. Carlos. Vos, Colmenar, id con otros guardas á dar vuelta á la casa y á registrar todos los alrededores. ¡Apresuraos, apresuraos por vuestra vida!

Colmenar. Voy en seguida. (*Se va por el fondo.*)

D. Carlos. ~~¡Burlado!~~ ¡Me han burlado! ~~¡Execracion de Dios!~~ Si ese hombre logra fugárseme, daria mi fortuna y mi sangre al que lo volviese á poner en mis manos.

## ESCENA XIX.

### D Cárlos. Roberto.

Roberto. (*Saliendo de detrás del tapiz que lo oculta.*) Yo os lo entregaré á menos precio.

D. Carlos. ¡Tú! ¿Quién eres tú?

Roberto. ¿Me habeis desconocido ya? Soy Roberto.

D. Carlos. ¿El bandolero para quien envié un salvo conducto?...

Roberto. El mismo.

D. Carlos. ¿Y te comprometes tú, bajo tu cabeza, á volver á poner en mis manos á ese jefe de bandidos?

Roberto. Me comprometo.

D. Carlos. ¿Qué exiges por ello?

Roberto. Los dos mil ducados que teneis prometidos á quien os lo entregue, y luego...

D. Carlos. ¿Y luego?

Roberto. Un empleo cualquiera lejos de este país, con el que pueda vivir como hombre honrado.

D. Carlos. ¿Qué me ofreces en garantía del cumplimiento de tu palabra?

Roberto. Mi propia persona el dia en que llegue el caso.

D Carlos. Ven pues á mi despacho y estipularemos las condiciones.

Roberto. Pasad delante, señor gobernador. Ya os sigo.

## FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

---

*El panteon de la casa de Serrallonga en Caroz. Monumentos sepulcrales, casi todos con estátuas, unas de pié, otras tendidas sobre los sepulcros. En el centro una sencilla tumba de mármol blanco, sin estátua. Cuelgan tres ó cuatro lámparas de la bóveda, y su luz disipa en parte las tinieblas que reinan en este fúnebre recinto. Este panteon tiene dos entradas: una á la izquierda y otra al fondo. La de la izquierda está elevada y tiene cuatro ó cinco escalones para bajar al panteon. A la derecha está el mausoleo de don Bernardo de Serrallonga sin estátua, y rematando en una sencilla cruz.*

## ESCENA I.

### D. Cárlos. El capitan D. Salvio. Roberto.

(Entran por la puerta de la izquierda. Roberto lleva una linterna en la mano.)

D. Carlos. (*Al capitan.*) ¿Estais seguro de que nadie nos habrá visto entrar en esta casa?

D. Salvio. Nadie. Son las diez de la noche apenas y todo el mundo duerme en este pueblo.

D. Carlos. (*A Roberto.*) ¿Este es pues el sitio?

Roberto. Este mismo. Mirad; aquella es la tumba de su padre. (*Señalándola.*)

D. Carlos. ¿Y si ese hombre no viniese, Roberto?

Roberto. Seria una fatalidad inconcebible. Yo mismo le he oido dar esta mañana las órdenes oportunas. Le he oido decir que queria pasar la noche rezando junto á la tumba de su padre, y cuando Serrallonga tiene un proyecto, lo ejecuta cueste lo que cueste.

D. Salvio. Tambien tuvo un dia el proyecto de ir á la Roca Horadada y lo abandonó sin embargo para sorprendernos. ¿Te acuerdas?

Roberto. No fué aquello culpa mia, y ya me he justificado. Yo anduve leal en el aviso.

D. Salvio. Leal... como un traidor.

Roberto. Por esto hoy me pongo en vuestras manos y os doy en garantía mi cabeza.

D. Salvio. ¿Cuánto vale la cabeza de un traidor?

D. Carlos. No hagais recriminaciones á ese hombre, don Salvio.

Ved que lo necesitamos porque pone á Serrallonga en nuestras manos, y porque debemos á toda costa vengarnos de la burla que nos jugó y del ridículo en que nos hizo caer con su fuga.

D. SALVIO. Preferia apoderarme de él en el campo, cara á cara, que ~~del modo como parece vamos á hacerlo~~, por una traicion.

D. CARLOS. El fin justifica los medios.

D. SALVIO. Esta es máxima vuestra, don Cárlos, no mia.

D. CARLOS. Es que vos sois demasiado partidario de Serrallonga.

D. SALVIO. Como vos demasiado enemigo suyo.

D. CARLOS. (*Severamente.*) Concluyamos, don Salvio. Habeis venido aquí á prestarme ausilio con vuestra compañía como á gobernador que soy de Barcelona, y me hallo en el caso de recordaros ~~que soy vuestro superior.~~

D. SALVIO. ¡D. Cárlos!

D. CARLOS. Ni una palabra mas.

D. SALVIO. (*Aparte.*) Salvaré á Serrallonga. Le haré dar un aviso de un modo ó de otro.

D. CALOS. (*Volviéndose á Roberto y señalándole la puerta del fondo.*) ¿Y aquella puerta?

ROBERTO. Da al campo. De aquella es de la que Serrallonga tiene la llave, y por ella entrará.

D. CARLOS. ¿Y si se le ocurre entrar en la casa?

ROBERTO. No puede ser. No tiene mas llave que la de aquella puerta. La otra, la de la casa, os debió ser entregada á vos como á gobernador de Barcelona.

D. CARLOS. Las dos me fueron entregadas por el pícaro que se presentó en mi casa con nombre supuesto, ~~pero me encontre á faltar luego~~ la del panteon.

ROBERTO. Es precisamente la que tiené Serrallonga.

D. CARLOS. Ahora me esplico como la tiene. Juana, ó quizá el mismo bribon que me las entregó, se llevaria una de ellas.

ROBERTO. Bien puede ser.

D. CARLOS. ¿Serrallonga vendrá solo, dices?

ROBERTO. Creo que sí. Las órdenes que habia dado esta mañana al marcharme yo del campamento, me han inducido á pensar que vendrá solo.

D. CARLOS. Bueno, ya está todo visto Volvámonos á la casa, don Salvio, y colocaremos la gente como nos parezca mejor.

D. SALVIO. (*Inclinàndose.*) Señor gobernador, estoy á vuestras órdenes.

(Se van por la puerta de la izquierda que cierran con llave.)

## ESCENA II

La escena permanece sola unos breves instantes. A poco rato se oye entrar una llave en la cerradura de la puerta del fondo que se abre rechinando sobre sus goznes, y aparecen DOÑA JUANA y TALLAFERRO. Doña Juana viste el mismo traje del acto primero. Tallaferro enciende en una de las lámparas sepulcrales una antorcha que lleva en la mano. Dos bandoleros entran detrás de ellos y se quedan junto á la puerta.

D.ª JUANA. Este es el panteon. Enciende la antorcha, Tallafer ro,

registra estos lugares. *(A los dos bandoleros.)* Quedaos aquí vosotros.

(Tallaferro enciende la antorcha, y con ella en una mano y la pistola en otra, recorre el panteon registrando hasta por detrás de las tumbas.)

TALLAFERRO. Nadie, pero allí hay una puerta. (*Señalando la de la izquierda*).

D.ª JUANA! Sí, ya sé; es la que comunica con la casa de don Bernardo, abandonada desde su muerte. ¿Nada mas te llama la atencion?

TALLAFERRO. Nada mas. No hay aquí alma viviente, como no sean los muertos.

D.ª JUANA. Ve pues á dar aviso á don Juan de que puede venir.

TALLAFERRO. ¡Señora!

D.ª JUANA. ¿Qué?

LALLAFERRO. Quisiera daros parte, ahora que estamos solos, de una observacion.

D.ª JUANA. Dí.

TALLAFERRO. Tengo sospechas vehementes de uno de los nuestros.

D.ª JUANA, ¿De quien?

TALLAFERRO. De Roberto. Es un bribon y me temo que nos juegue el mejor dia alguna mala pasada. Yo creo que fué él quien dió aviso al gobernador de Vich de nuestra expedicion á la Roca Horadada, ya sabeis.

D.ª JUANA. ¿Por qué no comunicas tus sospechas al capitan?

TALLAFERRO. Ya está enterado, pero como no quiere juzgarle por meras sospechas, se contentó con dar órden á Fadrí de vigilarle, órden que Fadrí me traspasó á mí.

D.ª JUANA. ¿Y bien?

TALLAFERRO. Y bien le he vigilado. Hace unos dias, cuando volvimos á las Guillerías de regreso de nuestra famosa ida á Barcelona, le encontré fuera del campamento. Anteayer permaneció ausente todo el dia con no sé que escusa, y hoy falta ya desde esta mañana. No me andaria yo con escrúpulos con hombres como Roberto, si fuese del capitan. A los que son como él, nunca es malo enviarles á bailar la pipironda ó la zarabanda delante de Satanás.

D.ª JUANA Participale pues tus nuevas sospechas. Ahora mas que nunca toda precaucion es poca.

(Ruido en la puerta del fondo.)

TALLAFERRO. Ya está aquí el capitan.

ESCENA III.

**Dichos. D. Juan de Serrallonga. Fadrí** *y seis bandoleros.*

D. JUAN. Gracias, Juana, pues que has querido venir á esplorar el terreno.

D.ª JUANA. Don Juan, tu vida es la mia.

D. JUAN. Ya ves, pues, que no hay peligro.

D.ª JUANA. No, pero sin embargo...

D. JUAN. ¿Sin embargo?

D.ª JUANA. Desearia que partiésemos cuanto antes. Solo te creo seguro cuando estamos en la montaña.

D. JUAN. Hallándonos en este lugar estamos en ella. A mas, Caroz es un pueblo mio, en el que no hay uno solo que se atreviera á vender á Serrallonga.

Dª. JUANA. No importa. Dame el gusto de volvernos pronto, mi don Juan.

D. JUAN. Nos volveremos pronto para darte gusto, señora mia. Ahora dejadme solo.

D.ª JUANA. ¿Solo?

D. JUAN. Sí. ¿Tienes miedo que me prendan los muertos? ¡Oh! puedes permanecer confiada. Lo que es estos no me venderán. A mas, Juana, me quedaré aquí entre mis nobles antepasados. Ninguno de ellos se levantará de fijo de su sepulcro para ponerme preso.

D.ª JUANA. Es que todo me inspira temor por tí, don Juan. Hasta la misma soledad de este panteon me hiela de espanto, á mí que no me estremecen ni el fragor del combate ni el rugir de las fieras.

D. JUAN. Vete tranquila, mi doña Juana, y déjame con los muertos, que en paz estoy estando con ellos. Quiero orar á solas sobre la tumba de mi padre. (*A Fadrí.*) Retiraos todos. Si ocurriese algo y necesitara de vuestro auxilio, dispararia una de mis pistolas.

D.ª JUANA. ¿No tardarás mucho, don Juan?

D. JUAN. El momento solo de rezar por mi padre. Vete tranquila.

(Vanse todos por el fondo, cuya puerta dejan entornada. D. Juan ha tomado la antorcha de las manos de Tallaferro y la fija en un garfio que sale de una tumba.)

## ESCENA IV.

**Don Juan de Serrallonga.**

(*Se quita la capa y el sombrero y pasea en torno suyo una mirada.*)

Heme aquí. Arde mi frente,
lucha el pecho sin sosiego...
Parece que lleva fuego
de esa atmósfera el ambiente.
Ya los vientos desatados
del monte mi sien no orean
Aquí estoy, y me rodean
mis nobles antepasados.
Si ha venido un mortal hoy
vuestro silencio á turbar,
dejadle muertos, llegar...
sombras ilustres, yo soy.
Soy yo, que vengo á saber,
triste el alma y afligida...
yo, que vengo de mi vida

vuestro juicio á conocer.

(El reloj de la vecina iglesia da las doce.)

¿Qué bronce es ese que zumba?
¡Las doce!... He oido contar
que de noche esta hora al dar
los muertos dejan su tumba.
Dejadla, pues, para mí,
que no hay nada que me asombre.
Si indigno fuí de mi nombre,
salid á acusarme aquí.
Y aquí mismo, ante mis ojos,
sobre mi frente que quema,
arrojad el anatema
de vuestras iras y enojos.
Podeis en tropel venir.
Mi corazon no vacila,
y segura mi pupila
os verá á todos salir.
Abandonad los osarios,
venid en tropel, resueltos,
y entre los pliegues envueltos
de vuestros anchos sudarios,
salid todos ante mí,
de Dios por la omnipotencia,
que tranquilo en su conciencia,
don Juan os aguarda aquí.

(*Pausa.*)

¡Silencio y oscuridad!...
Solo del viento el zumbido,
turba con lúgubre ruido
la paz de esta soledad.
Por absuelto puedo darme.
Bien hecho está lo que he hecho,
pues no abandonan su lecho
los muertos para acusarme.

(Óyese dentro entonar una cancion que se supone canta uno que pasa por la calle.)

VOZ. (*Cantando dentro.*)

Grande gente manda armar
el virey de Barcelona
para salir á buscar
á ese bravo Serrallonga,
un famoso bandolero
que por los caminos roba
y si en el campo saltea
los poblados no perdona.

D. JUAN. Hasta aqui por Dios me vienen
sus coplas á perseguir.
¿Qué mas pueden ya decir!

Apurado á fé me tienen
con sus versos, y es mi suerte
con ellos ¡ay! tan falaz,
que ni me dejan en paz
en el reino de la muerte.

(Vuelven á cantar dentro.)

VOZ. (*Cantando.*) Dos mil escudos de plata
dan por su cabeza sola.
Muchos pretenden la empresa,
pero ninguno la logra,
si no fuera un camarada
que trae en su misma tropa,
quien se le ofrece entregar
al gran duque de Cardona.
Con él come, con el bebe,
pero todo esto no importa,
que en todas partes hay Judas,
porque hay traidores en todas.

D. JUAN. ¡Cielos! ¿Es con intencion
lo que esa voz ha cantado?
¿Es quizá que me haya dado
un aviso esta cancion?
No es de creer, á fe mia·
¡Calumnia, calumnia todo!
Hallan en coplas el modo
de injuriarme cada dia.

(Se dirige al mausoleo de su padre y dobla en tierra una rodilla.)

Vengo, á tu memoria atento,
sobre tu tumba á llorar,
sobre tu tumba á dejar
la flor de mi sentimiento.
Padre, yo vengo ante tí,
y atrevido á turbar oso
de tu silencio el reposo,
á decir que hagas de mí,
lo que tú quieras que sea,
que aun siente mi corazon
que el aroma me rodea
de tu santa bendicion.
Padre, como caballero
siempre mi pecho cumplió.
La culpa no tengo yo
si me llaman bandolero.
No soy yo, padre, el culpado,
si en vez de un nombre de gloria
un nombre vil é infamado
le lego un dia á la historia.
Si hoy mucha gente engañada
vive de mí á la verdad,

quizá viva equivocada
tambien la posteridad.
Padre, siempre el corazon
supoos respeto tener.
Hoy pregona una cancion
que un hombre me ha de vender.
Si es verdad que soy vendido,
moriré como he vivido:
me hallarán digno de vos
antes muerto que vencido...

(Se abre de repente el mausoleo de la derecha y sale de él la sombra de don Bernardo. Juan se levanta con los cabellos erizados y retrocede dando un grito. La sombra, á la cual hiere de lleno la luz de la antorcha, da un paso fuera de su tumba y se queda inmóvil. Don Bernardo viste el traje en que se supone fué enterrado, con el gran manto capitular de la órden de Montesa.)

## ESCENA V.

**Don Juan. La sombra de don Bernardo.**

D. JUAN. ¡Cielos!
LA SOMBRA. Tu padre, por Dios,
nunca, nó, te ha de entregar,
mientras de su tumba fria
no permita Dios un dia
á los muertos levantar.
D. JUAN. ¿Qué voz es esa que escucho
¡Dios santo! ¿sueño ó deliro?...
Con mi fantasía lucho
y no es verdad lo que miro.
LA SOMBRA. Esto te dijo mi afan.
¿Lo recuerdas?
D. JUAN. Sí por cierto.
LA SOMBRA. Pues hoy quiere Dios que un muerto
te lo repita, don Juan.
D. JUAN. Hay hielo en mi corazon
y fuego en lava en mi sien.
LA SOMBRA. Verdad fué aquella cancion;
verdad es esta tambien.
Un traidor hoy te ha vendido,
tu padre te entregará,
que Dios así lo ha querido
y asi se realizará.
D. JUAN. ¡Mi padre!... ¡Vos!... ¡oh! la suerte
se ensaña en mí maldecida.
LA SOMBRA. No lo hiciera nunca en vida,
mas Dios se lo manda en muerte.
Y oye, que contados son
para hablarte mis instantes.
Van á venir cuanto antes,

y la paz de este panteon
turbarán para prenderte.
Don Juan, llegar les verás
y tu mismo, sin moverte,
que te prendan dejarás.

D. JUAN. ¿Vendrán, y quietas mis manos?...

LA SOMBRA. Don Juan, tu valor sujeta;
De Dios acata y respeta
los insondables arcanos.
En los montes has alzado
una bandera de guerra.
Justa es sin duda en la tierra,
la causa que has abrazado;
mas, si tu secreto afan
es de nobles corazones,
no es de este siglo, don Juan:
solo alcanzarlo podrán
futuras generaciones.
La sangre has hecho verter
á torrentes en tu vida,
y aunque la has hecho correr
en pago de otra vertida,
Dios, que la paz y concordia
siempre á los mortales lanza,
Dios en su misericordia,
Dios rechaza la venganza:
y para en su santo templo
recibir tu alma afligida,
quiere que sea tu vida
de los mortales ejemplo.
Refrena del corazon
la saña y venganza ahora.
Llegó para tí la hora,
don Juan, de la espiacion.
Pasos se oyen por allí.
Sí, ya les oigo llegar:
¡te has tú mismo de entregar,
don Juan, que vienen por tí!

(Retrocede un paso, se hunde en la tumba y desaparece.)

## ESCENA VI.

**Don Juan.**

(Precipitándose hácia el sitio en que ha desaparecido la sombra como si quisiera detenerla.)

¡Vision, sombra, espectro... escucha!
Huyó de Dios requerida.
Entre la muerte y la vida

mi osado corazon lucha.....
¿Qué es esto que me sucede?...
¿qué fiebre esta que me abrasa?...
¿qué es, Señor, lo que en mí pasa
que así mi soberbia cede?...
¡Delirio! ¡delirio loco!
Y bien, debo obedecer?...
Nó, yo no lo puedo hacer,
que fuera tenerme en poco.
Vendrán, me resistiré,
que fuera entregarme yo
locura á fé!..

LA SOMBRA. (*Desde el fondo de su tumba.*) ¡Don Juan!

D. JUAN. ¡Oh!

LA SOMBRA. ¡Don Juan!

D. JUAN. (*Cayendo de rodillas sobre su tumba.*)
Sí, me entregaré.

## ESCENA VII.

DON JUAN de rodillas ante el mausoleo. DON CARLOS, DON SALVIO y soldados entrando en la escena por la puerta de la izquierda. ROBERTO aparece tambien confundido entre los soldados y se desliza detrás de un sepulcro desde el cual observa lo que pasa.

**Don Juan. Don Cárlos. Don Salvio y Roberto.**

D. CÁRLOS. (*A don Salvio señalando à don Juan.*)
Vedle de hinojos allá.

D. SALVIO. (*Ap.*) ¡No ha huido!... condenacion!

D. CÁRLOS. Ya no se me escapará.

(A un gesto de don Cárlos, don Salvio se ádelanta con toda precaucion con sus soldados y hace que rodeen á Serrallonga que continúa siempre de rodillas con la frente entre sus manos.)

D. SALVIO. ¡Don Juan, daos á prision!

(Don Juan, sin moverse de como está, levanta tranquilamente la cabeza, mira á don Salvio y le dice melancólicamente.)

D. JUAN. ¡Tambien sois vos!...

(Don Salvio le señala á don Cárlos que está en medio del teatro. Al ver á don Cárlos, don Juan se levanta de pronto y dice con una espresion de amargo y reconcentrado sentimiento.)

¡Tambien él!
¡Que fuera á vos, en buen hora,
pero á él entregarme ahora,
por Dios que es suerte cruel!

(A don Salvio dándole su espada y pístolas.)

Mis armas podeis tomar.
Os las doy ya.

D. SALVIO. (*A sí mismo.*) Por mi nombre
que algo le pasa á ese hombre
que no me acierto á esplicar.

D. CÁRLOS. ¡Atadle!

D. JUAN. (*Con ira.*) ¡Atarme tambien!
(Volviéndose hácia la tumba.)
Padre, ¿lo debo sufrir?
(Se le acercan los soldados y don Juan se deja atar.)
D. CÁRLOS. Cuidad que no pueda huir.
Por Cristo que lo ateis bien.
D. JUAN. Moderad vuestra alegría, (*A don Carlos.*)
que para entregarme á vos,
preciso ha sido, á fe mia.
que me lo mandára Dios.
D. CÁRLOS. ¿Está? (*A don Salvio.*)
D. SALVIO. Ya está.
D. JUAN. (*A si mismo amargamente.*) ¡Prisionero
de ese hombre yo, suerte infiel!
D. CÁRLOS. A Barcelona con él.
Partamos ya.

Se van todos por la puerta misma de la izquierda. El último en salir es don Cárlos, y en el momento en que va á pasar el umbral, se le acerca Roberto que sale de detrás del sepulcro donde ha estado oculto.)

ROBERTO. ¿Y mi dinero?
D. CARLOS. Toma mi bolsa. Esta vez
lealmente la has ganado.
Ducado sobre ducado
contiene dos mil. (*Se va.*)

## ESCENA VIII.

### Roberto.

(Toma la bolsa que don Cárlos le ha tendido y hace sonar el dinero en el hueco de su mano.)

¡Pardiez!
Lo tengo bien merecido.
Sin mí no le ponen preso
ni aun cuando hubiesen llamado
de España á todos los tercios.
¡Soberanamente á fe
me he portado!... Por supuesto
que mi conciencia me dice
que no es muy leal el medio
de que me he valido.... ¡Ba!
¿Quién se atormenta por eso
que el vulgo murmurador
dió en llamar remordimiento?...
¡Remordimiento! ¡conciencia!
palabrotas sin efecto.
De ellas siempre se ha reido
todo el que tiene dinero.
Vengan doblas al bolsillo
y queden para los necios

los escrúpulos de monja.
Ser rico. Hé aqui el secreto,
Todo el que es rico, es honrado,
es noble y es caballero,
y nadie á fe le pregunta
si al escogitar los medios
para hacerse rico, anduvo
mas ó menos leal en ellos.
Voy á contar mis ducados.
Aquí estoy bien. Entre muertos
nadie me delatará....

(Volviéndose con cinismo á interrogar á las estátuas.)

¡Eh! ¿no es verdad compañeros?
Nadie responde, Ja! ja!

(El eco del panteon repite de un modo lúgubre su carcajada, y Roberto estremecido se retira hácia la puerta.)

¡Jesus me valga! Yo creo
que alguien se ha reido conmigo.
A no ser que sea el eco (*Recobrándose.*)
de esas bóvedas.... Es claro.
Maldito sea mi miedo.
¡Miedo yo! ¡Por vida!.... ¿y quién
me lo ha de inspirar?.... los muertos?...
Bastante tienen que hacer
ellos con estarse quedos.
Nadie me interrumpirá,
venga aquí el oro y contemos.

(Se acerca á la tumba de marmol que hay en medio de la escena, vacía sobre ella el contenido de la bolsa y se pone tranquilamente á contar su dinero. Casi al instante se abre la puerta del fondo y aparecen por ella doña Juana y Tallaferro.)

## ESCENA IX.

**Roberto, doña Juana y Tallaferro.** *en el fondo.*

D.ª JUANA. Necesito asegurarme (*Y Tallaferro.*)
por mi misma, Tallaferro.
¡Dios mio!

TÁLLAFERRO. Por Dios, señora,
que hableis bajo.

D.ª JUANA. ¡Don Juan preso!

TALLAFERRO Lo acabo de ver yo mismo.

(Señalando á Roberto que inclinado sobre la tumba é iluminado por la luz de la antorcha está contando su dinero.)

Mirad al traidor.

D.ª JUANA. ¡Roberto!

TALLAFERRO. Junto á la tumba del padre
está contando el dinero
que por el hijo le han dado.

D.ª JUANA. ¡Misericordia del cielo!
Se ha venido á buen lugar
para morir.

ROBERTO. (*Contando.*) Setecientos....

D.ª JUANA. Es el precio de la sangre
lo que cuentas, Judas.

ROBERTO. Creo
que me equivoqué en la suma.
Seis y seis son.... Mil doscientos....
sí, cabal.

D.ª JUANA. (*Sacando una pistola de su cinto y apuntándole.*)
Sangre por sangre
y es tu cuenta por completo. (*Dispara.*)

ROBERTO. (*Cayendo redondo al pié de la tumba.*)
¡Maldicion de Dios!

D.ª JUANA. ¡Traidor,
muere!

TALLAFERRO. ¡A cenar al infierno!
(Se acerca al cadáver de Roberto y se asegura de que está bien muerto.)
No contará mas ducados.

D.ª JUANA. Poco es el haberle muerto,
que á quien me ha robado el alma
con mi don Juan, Tallaferro,
el robarle yo la vida
es por cierto lo de menos.
Y ahora, valor, que ha de dar
ánimo á todos mi ejemplo.
Soy de don Juan la heredera.
Como á tal portarme debo.

## ESCENA X.

*Dichos.* FADRÍ *y los demás bandoleros que, pedreñal en mano, entran precipitadamente en escena acudiendo al ruido del pistoletazo.*

FADRI. ¡Aquí, valientes, aquí!

D.ª JUANA. Yo soy vuestro capitan.
¡Mirad á don Juan en mí!

FADRI. ¿Y el capitan?

D.ª JUANA. Lo prendió.
don Cárlos.

FADRI. (*Viendo el cadáver de Roberto y acercándose á él.*)
¡Sangre!.... ¡Roberto!

D.ª JUANA. Yo soy, Fadrí, quien le ha muerto:
él al capitan vendió.

FADRI. ¡Le vendió!.... ¡Me lo temia!....
¡infame!.... mas, ¿cómo ha sido?
¿D. Juan no se ha defendido?

D.ª JUANA. Lo sabremos en su dia.
Ahora nos toca salvarle

si es que alcanzarles podemos,
y si nó, Fadrí debemos
morir todos por vengarle.

FADRI. Todos moriremos, sí,
por vengar al capitan.

D.ª JUANA. Yo sustituyo á don Juan.
Ved á vuestro jefe en mí.
Cuando niña, narráronme una historia
de una mujer osada y arrogante,
que al ver caer en Villalar, con gloria,
vencido y preso á su don Juan amante,
de su esposo invocando la memoria
paseó do quiera su pendon triunfante.
Yo seré aquí lo que ella fué en Castilla:
Yo seré aquí la viuda de Padilla.
¡Venid, rodeadme todos! Salteadores
nos llaman por escarnio, y bandoleros.
Que somos justicieros vengadores
del pobre pueblo, á quien hostigan fieros,
hagamos hoy saber á los señores.
Las ovejas son tigres carniceros
si ven á sus hijuelos inocentes
del lobo sanguinario entre los dientes.
A perseguirnos hoy vino su saña
los umbrales pisando de esta tierra,
y prendiendo á don Juan con torpe hazaña,
su furor nos impele á nueva guerra.
Compañeros, dejemos la montaña
pues ellos pisan la erizada sierra,
y que nos vea Barcelona luego
sus palacios entrar á sangre y fuego.
Preparad los puñales, bandoleros,
como vemos al águila en la altura
sus garras afilar. Dejemos, fieros,
de la selva el abrigo y la espesura
y vamos á encontrarles justicieros.
Como del seno de la nube oscura
chispeante el rayo matador se lanza,
salgamos todos á buscar venganza.
Y venganza, valientes, obtendremos,
y vengando á don Juan, á los villanos,
como les llaman ellos, vengaremos,
y tintas en su sangre nuestras manos,
la que quede, en sus cráneos beberemos.
Vengados quedarán nuestros hermanos,
y esta venganza de sangrienta gloria
memoria horrible dejará en la historia.

(Se arrojan todos hácia la puerta del fondo blandiendo sus puñales y alzando en alto sus pedreñales.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

# ACTO CUARTO.

---

*Una galería en la cárcel de Barcelona. En el fondo una gran puerta. Otras dos laterales. En primer término á la izquierda la puerta de la capilla. En primer término á la derecha, frente de esta puerta, un crucifijo grande bajo un dosel y delante un reclinatorio. Centinelas en las puertas de la galería y en la de la capilla. Una mesa con recado de escribir. Al levantarse el telon son las ocho de la mañana.*

ESCENA I.

**D. Juan de Colmenar,** *sentado junto à la mesa leyendo un pliego.*

¡Bueno! Por órden del virey los cinco bandoleros presos anteayer noche serán enviados á galeras... Poco es para tan gran crímen. ¡Atreverse á asaltar la cárcel!... ¿Estaban locos esos hombres?... Introducirse en Barcelona á mano armada, sembrar en ella el terror y el espanto, correr las calles como fieras, y venir luego á forzar las puertas de esta cárcel para poner en libertad á su condenado Serrallonga... Afortunadamente llegué yo á tiempo con la guardia amarilla y pude desbaratar sus planes.

(Un criado entra por la puerta derecha de la galería, y saludando respetuosamente á Colmenar, le entrega un pliego marchándose en seguida.)

¡Otro pliego! Y del virey tambien. No me dejan sosegar un momento con tantos pliegos y comunicaciones. ¿Qué novedad será esta?. .

ESCENA II.

**Dicho y D. Salvio** *por la puerta derecha de la galería.*

D. Salvio. La novedad es, señor de Colmenar, que S. E. el virey me acaba de nombrar gobernador de Barcelona, ínterin se aguarda la órden de S. M. destinando definitivamente al que tenga que desempeñar tan honrosa plaza.

COLMENAR. ¿Pues, y don Cárlos de Torrellas?

D. SALVIO. Ha muerto.

COLMENAR. ¡Muerto!

D. SALVIO. Ese pliego os lo dirá. Ha sido asesinado esta noche pasada á poca distancia de su casa. Estaba herido de una puñalada sola, pero en el corazon. Es una mano hábil, se conoce, la que se encargó de él.

COLMENAR. (*Recorriendo el pliego.*) En efecto, muerto asesinado, y se me da á reconoceros á vos como gobernador interino. Pero, ¿y el asesino de don Cárlos?

D. SALVIO. No ha sido descubierto.

COLMENAR. ¿Ni se tienen sospechas?

D. SALVIO. ¡Sospechas! ¡sospechas! Don Cárlos ha sido muerto por la mano misma que me matará á mí algun dia, por la misma mano que os matará á vos sin duda.

COLMENAR. ¿Qué estais diciendo, don Salvio?

D. SALVIO. Digo, Colmenar, que nosotros estamos jugando un papel demasiado importante en la prision de Serrallonga. Yo con don Cárlos le puse preso en el panteon de su casa en Caroz, y vos desbaratásteis anteayer los planes de los bandoleros que querian forzar las puertas de esta cárcel, y que á no acudir vos tan repentinamente, hubieran conseguido su proyecto. Esto quiere decir, don Juan amigo, que nuestras vidas no nos pertenecen ya. Así como la cabeza de Serrallonga es propiedad del verdugo, las nuestras son ya propiedad de los que en el misterio de las sombras están afilando los puñales con que deben herirnos. Hoy ha sido el turno de don Cárlos: quizá mañana sea el mio, y pasado mañana el vuestro.

COLMENAR. Hablais de una manera que hiela la sangre.

D. SALVIO. Hablo de la manera con que debe uno dirigirse á un militar y á un valiente.

COLMENAR. Pero, si esto fuera...

D. SALVIO. Dejad que se cumplan los destinos de cada uno, Colmenar, y no trateis de oponeros á lo resuelto por la Providencia. Ved á don Juan. Su destino es el de morir dentro de cuatro horas en un cadalso, y sin embargo, pensadlo, meditadlo bien, y os convencereis de que la justicia de los hombres se equivoca algunas veces cuando hiere.

COLMENAR. ¿De modo que, segun vuestro parecer, hoy muere en el cadalso un inocente?

D. SALVIO. Segun mi parecer, hoy muere en el cadalso un hombre honrado, un hombre valiente, y un hombre de noble corazon. Me inclino ante la ley que ha dictado la sentencia, la haré cumplir como á gobernador que soy de Barcelona, pero nadie me convencerá de que sea justa. Si él muere en el cadalso, en él deberíamos morir tambien todos nosotros. Mas de una vez nuestro bando ha entrado á saco y á cuchillo las casas de los NARROS. Dejemos sin embargo esta conversacion, Colmenar. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) ¿Es aquella la capilla en que está el reo?

Colmenar. La misma.
D. Salvio. ¿Cómo está de espiritu?
Colmenar. Resignado como cristiano.
D. Salvio. Necesito hablarle, pues traigo para él un mensaje del virey. Que se le pregunte si quiere recibirme en la capilla, ó si quiere venir á esta galería.
Colmenar. (*Llamando.*) ¡Ola!
(Se presenta el carcelero que lleva un manojo de llaves colgado del cinto.)
Colmenar. Abrid la puerta de la capilla.
(El carcelero la abre y entra en ella detrás de Colmenar.)

## ESCENA III.

D. Salvio.

¡Pobre don Juan! Me destroza el alma su situacion. ¿Cómo diablos no se escapó cuando le hice dar aviso por medio de aquel canto?... Voy á extender el permiso que me han pedido para que pueda llegar hasta mí su infeliz esposa.
(Se acerca á la mesa y escribe unas líneas en un papel.)

## SECENA IV.

D. Salvio. Colmenar. *En seguida* D. Juan *y el carcelero.*

Colmenar. (*Desde la puerta de la capilla.*) El reo prefiere pasar á esta estancia para recibir vuestras órdenes.
D. Salvio. Colmenar, hé aquí el permiso para que se franquee la entrada en esta cárcel á una dama que vendrá en mi busca. (*Le da el papel.*)
Colmenar. Sereis obedecido.
(Don Juan aparece en la puerta de la capilla sostenido por el carcelero. Lleva esposas y grillos. Colmenar acude á prestarle tambien su apoyo para ayudarle á andar.)
D. Juan. Dispensadme, señor gobernador, si no acudo mas pronto á vuestra invitacion. Ya veis; cuando no se puede uno valer de sus miembros...
D. Salvio. ¿Quién ha mandado aherrojar de este modo al preso?
Colmenar. Fué órden del señor gobernador.
D. Salvio. El gobernador ahora soy yo. Que se le quiten en seguida las esposas y los grillos... ¡En seguida!
(El carcelero se dirige á buscar á un mozo de la cárcel, y volviendo al instante con él quitan entre los dos las prisiones que sujetaban á don Juan.)
D. Juan. ¡Gracias... oh! ¡Gracias! Teneis un corazon noble. (*Luego que le han quitado las prisiones.*) ¡Ah! así á lo menos se puede respirar. Esas esposas y esos grillos no eran mis manos y piés lo que oprimian, no, era mi corazon. Os doy nuevamente gracias, señor gobernador; me habeis prestado el mayor servicio que en mi situacion prestárseme podia.
D. Salvio. (*A Colmenar.*) Tengo que hablar al preso. Dejadnos solos, Colmenar. (*Colmenar y los carceleros se van por la puerta derecha.*)

## ESCENA V.

**D. Juan. D. Salvio.**

D. SALVIO. D. Juan, he sido nombrado gobernador interino de Barcelona en reemplazo de don Cárlos de Torrellas, que ha sido asesinado esta noche pasada.

D. JUAN. ¡Asesinado!

D. SALVIO. Por uno de los vuestros sin duda.

D. JUAN. ¡Asesinado!

D. SALVIO. De una puñalada en el corazon. Ya sabeis que anteayer los vuestros intentaron asaltar esta cárcel para poneros en libertad. Solo consiguieron que nueve de ellos quedasen tendidos en la calle y cinco cayesen prisioneros.

D. JUAN. ¡Pobres compañeros mios!

D. SALVIO. Irritados sin duda al ver fracasado su plan, habrán querido vengaros, y D. Cárlos ha sido su primera víctima.

D. JUAN. Lo deploro en el alma, gobernador. Dios no ha querido que don Cárlos cayese delante de un enemigo digno de él, espada en mano y cara á cara, batiéndose conmigo como leal y como bueno. Vos, mejor que otro alguno, sabeis que no es mia la culpa si así no ha sucedido.

D. SALVIO. El asesinato de don Cárlos ha irritado á S.E. el virey; pero, sin embargo, no ha influido para que dejase de interesarse por vuestra suerte.

D. JUAN. ¡Ah! ¿el virey se interesa por mi suerte?

D. SALVIO. Tanto como le es posible y permitido en el elevado cargo que desempeña. El virey no puede salvaros, pero en vuestro favor, y en el del nombre ilustre que llevais, ha cambiado el género de muerte que se os debia dar.

D. JUAN. ¡No moriré pues en la horca como un miserable cualquiera!

D. SALVIO. No por cierto. El virey ha tomado otras disposiciones. Perdonadme si me veo precisado á entrar en ciertos terribles detalles.

D. JUAN. Decid, decid. ¿Me tomais acaso por un niño? ¿Creeis que no tengo sobra de corazon para escucharos? Hablad, y no me oculteis nada, don Salvio.

D. SALVIO. Pues bien, en lugar de morir en la horca como un criminal cualquiera, moriréis con la muerte de los nobles. Vuestra cabeza será separada del tronco por la cuchilla del verdugo: la escolta que os llevará al patíbulo, los criados que os acompañen, el verdugo mismo, todos vestirán de luto, y en los cuatro ángulos del cadalso se fijará vuestro escudo de armas.

D. JUAN. Pero ¿y mi cadáver?.. ¿qué harán de mi cadáver?

D. SALVIO. Será enterrado en el panteon de vuestros mayores.

D. JUAN Gracias, don Salvio, y os suplico que en mi nombre se las deis al señor virey. Cuando ayer me leyeron mi sentencia, me horroricé á la idea de que tenia que morir en la horca como un asesino infame... En la horca!... yo, don Juan de Serrallonga!...

Vos comprendereis, don Salvio, lo que esta idea podia tener de horrible para mí. La muerte no me importa nada: la he buscado cien veces durante mi vida aventurera y nómada en los campos y en las montañas. ¡La muerte! ¿qué me importa á mí la muerte?... La veo venir hácia mí como una amiga coronada de flores á la cual estoy esperando desde que dí mi primer vagido en los brazos de mi madre. ¡La muerte!... ¿es acaso otra cosa la muerte que la desposada de todo niño que nace?. . Pero la horca... oh! esto es horrible! La horca quiere decir degradacion, infamia, asesinato, vileza, robo, crímen... oh! gracias, gracias de nuevo don Salvio! Con la noticia de mi muerte me habeis devuelto á la vida.

D. SALVIO. (*Ap.*) Es un noble corazon el de ese hombre. Su serenidad me parte el alma.

D. JUAN. ¿Teneis algo mas que comunicarme, gobernador?

D. SALVIO. Nada mas olo quisiera preguntaros si os puedo servir en algo.

D. JUAN. No; dejo todos mis negocios perfectamente arreglados, y me voy de esta vida sin ninguna cuenta pendiente .. (*Reflexionando.*) Sin embargo sí.. podeis prestarme un servicio.

D. SALVIO. Decid. Sea cual fuere, como yo pueda, os juro por la memoria de mi madre, don Juan, que lo cumpliré.

D. JUAN. Entre mis compañeros hay uno á quien llaman Fadrí de Sau.

D. SALVIO. He oido hablar de él.

D. JUAN. Me he informado, y sé que no está ni entre los muertos ni entre los presos de anteayer, sin embargo de que seria de seguro el primero en el asalto. Por consiguiente se habrá vuelto á la montaña.

D. SALVIO. Es muy posible.

D. JUAN. ¿Vos no conoceis á Fadrí, verdad?... Es un alma noble y leal que late dentro un pecho de leon. Su padre murió por el mio, y, ya veis, no estuvo lejos él anteayer de morir por mí. Pues bien, este hombre me ha acompañado siempre siéndome fiel y adicto como lo es el puñal á la mano que sabe empuñarle. Despues de mi padre y de mi Juana, á él es á quien mas he amado en el mundo. D. Salvio, si algun dia Fadrí cayese en vuestro poder y pudieseis fácilmente salvarle sin menoscabar vuestra honra de caballero, dejadle libre en memoria mia. Este era el servicio que queria pediros. ¿Podreis hacérmelo?

D. SALVIO. Os juro que lo haré si cae en mis manos un dia, y si de mí solo depende su libertad.

D. JUAN. Gracias. (*Le tiende la mano que D. Salvio estrecha.*)

D. SALVIO. ¿Nada mas teneis que pedirme?

D. JUAN. Una pregunta solo. Existe una mujer, cuyo nombre no tengo nunca en los labios, porque está siempre en el corazon, de la que desearia tener noticia. Desde que estoy preso no sé de ella, ni de ella pregunto tampoco porque tengo miedo de la respuesta que puedan darme.

D. Salvio. Tranquilizaos. ¿Quereis verla?

D. Juan. ¿A quién?

D. Salvio. A ella.

D. Juan. ¡A ella! ¡á ella!... ¡Oh!... pero entonces, si la veo, me matará el dolor y no podrán dar al pueblo el espectáculo de mi muerte... No importa, la veré un momento, un momento tan solo... sin hablarla... sin decirla una palabra... os lo prometo, no abriré mis labios, pero... pero dejádmela ver un solo instante... sí, por Dios, que me la dejeis ver... (*Recobrándose.*) ¿Veis?... el dolor me vence. Cualquiera diria que estoy llorando. Quisiera ahora poder arrancar mi corazon de niño para estrujarlo entre mis manos.

D. Salvio. No oculteis vuestras lágrimas, don Juan, que no son las vuestras las lágrimas del cobarde. Vereis á vuestra esposa y la hablareis tanto como os plazca. Va á venir.

D. Juan. ¿Ya?... ¡Oh! gracias, don Salvio, gracias. Dios ha querido recompensarme enviándoos á mi lado á la hora de mi muerte. Y ahora permitidme que me retire. Necesito prepararme para recibirla á ella, necesito orar... ¡necesito estar solo!

(*Se entra en la capilla.*)

## ESCENA VI.

**D. Salvio.**

Si conocieran todos lo que vale ese hombre, no le matarian por cierto... ¡Oh! ¡la justicia de los hombres! (*Se sienta meditabundo junto à la mesa.*)

## ESCENA VII.

**Dichos y Colmenar** *por la puerta izquierda.*

Colmenar Don Salvio, un hombre pregunta con interés por el gobernador de Barcelona y dice que quiere hacerle una revelacion importante.

D. Salvio. Hacedle pues entrar, don Juan.

(Colmenar se acerca á la puerta de la izquierda, hace una seña, y en seguida atravesando el teatro se va por la derecha.)

## ESCENA VIII.

**Fadrí de Sau. D. Salvio.**

Fadri. (*Entra por la izquierda y se dirige á D. Salvio que está sentado junto á la mesa.*) Señor gobernador de Barcelona, soy el Fadrí de Sau.

D. Salvio. (*Levantándose de repente y mirando á Fadri de hito en hito.*) ¡Cielos!

FADRI. Soy el que incendió y saqueó hace seis años la quinta de don Cárlos de Torrellas; soy el que dió órden para hacer morir á todos los que en ella perecieron aquella noche; soy el que durante seis años ha sido el ángel malo de don Juan de Serrallonga incitándole á cometer todos esos crímenes de que se le acusa y que no es él sino yo quien los ha cometido; soy el que fingiéndose don Antonio de Fontseca burló un dia al gobernador haciéndo escapar á don Juan; soy el que anteayer capitaneaba la banda que asaltó esta cárcel; soy, en fin, señor gobernador de Barcelona, el que ayer noche atravesó de una puñalada el corazon de don Cárlos de Torrellas á cuatro pasos de su casa. ¿Son suficientes todos esos crímenes de que voluntariamente me acuso para ponerme preso en seguida y para hacerme ahorcar dentro una hora junto con don Juan de Serrallonga?

D. SALVIO. ¡Fadrí! ¡Ah! ¿vos sois el Fadrí de Sau?

FADRI. El mismo.

(D. Salvio toma un pliego de papel y escribe precipitadamente en él algunas líneas. En seguida se lo dá á Fadrí.)

D. SALVIO. Tomad. Este papel es un salvo-conducto. Salid en seguida de Barcelona, y si alguien os conociese y tratase de prenderos, enseñadle entonces este salvo conducto del gobernador.

FADRI. O yo estoy delirando, ó vos no me habeis entendido.

D. SALVIO. Perfectamente. Vos sois quien no quereis entenderme á mí.

FADRÍ. Os he dicho que yo era el Fadrí de Sau.

D. SALVIO. Lo he oido.

FADRÍ. Pero lo que me ofreceis es la libertad y yo quiero la cárcel: lo que me dais es la vida y yo quiero la muerte.

D. SALVIO. Os doy lo que debo daros.

FADRÍ. Veo pues que será preciso decíroslo todo. Señor gobernador, despues de haber muerto á don Cárlos de Torrellas, porque repito que soy yo quien le he muerto, he tratado de organizar un movimiento para salvar á don Juan de Serrallonga en el acto de llevarle al patíbulo. Al pasar la comitiva por cierta calle estrecha debíamos nosotros arrojarnos de repente sobre los guardias; un amigo se habia encargado de matar á don Juan de Colmenar; yo me habia encargado de mataros á vos, á vos, señor gobernador; en los momentos de confusion que se hubieran seguido, nos habria sido fácil introducir á nuestro capitan en cierta casa de aquella calle, que tiene una salida secreta, y hubiera podido escapar mientras nosotros nos hacíamos matar por él. Desgraciadamente, una órden del virey cambiando de pronto el sitio de la ejecucion, y hasta el género de ella segun creo, ha hecho que nuestro plan fracasase. El cadalso para don Juan se está levantando ahora frente de las puertas de esta cárcel, todas las avenidas de la plaza están tomadas por soldados, y si quisiera yo intentar algo, solo tendria el placer de que me mataran y de hacer matar conmigo á un puñado de valientes. Teniendo que morir, prefiero morir solo. Les he despedido á to-

~~dos~~, y he venido á presentarme. ¿Y ahora, me creeis ya con suficiente causa ~~para prenderme y~~ para hacerme matar?

D. SALVIO. ~~Todavía~~ nó.

FADRÍ. Me acuso de haberos querido matar á vos, á vos, señor gobernador, ¿no lo habeis oido?

D. SALVIO. Aun cuando os acusárais de haber muerto á mi padre, y fuera cierto, os dejaria en libertad, ~~Fadrí~~. Se lo he jurado á vuestro capitan, que va á morir, y el juramento prestado á un moribundo debe ser sagrado para todo hombre de honor.

FADRÍ. Gracias, señor gobernador, pero yo no quiero la vida. Oid. Van á matar á un inocente. El único culpado soy yo, yo que, ~~bien lo sabe Dios, le impelí y~~ le empujé á la vida de bandolero. ~~Sin mí, que he sido su ángel malo, don Juan no hubiera ido á la montaña. Ahora bien~~, yo, ~~Fadrí~~, me hallo á la cabeza de veinte y seis hombres resueltos, los únicos que han quedado de nuestra banda. Estos veinte y seis hombres, teniéndome á mí al frente, valen por quinientos, por mil, por un ejército. Podemos lanzarnos otra vez á la montaña, ~~y las secretas relaciones que tenemos en todos los pueblos, nos responden de que en un dia dado~~ podemos sublevar á Cataluña. Pues bien, yo os ofrezco, señor gobernador, á estos veinte y seis hombres, junto conmigo, en cambio de don Juan. Todos, uno tras otro, vendrán á entregarse contentos ~~y resignados, si se acepta su vida salvando la del capitan~~. Vale mas que deis al pueblo el espectáculo de la muerte de veinte y siete hombres, que el de uno solo. El rey, el virey, la justicia, el pueblo, el país entero, todos ganarán en el cambio. Vosotros quedareis contentos y nosotros tambien. ¿Aceptais?

D. SALVIO. No puede ser. La justicia ha pronunciado su fallo, y á don Juan no le queda sino una hora de vida.

FADRÍ. (*Tapándose el rostro con las manos.*) ¡Oh!

D. SALVIO. Viene gente. ¡Silencio!

## ESCENA IX.

**Dichos. Doña Juana** *por la izquierda.*

(Al entrar en la escena doña Juana aparta el velo que oculta su rostro.)

D. SALVIO. ¡Doña Juana!

FADRÍ ¡Ella! ¡Tambien ella!

D.ª JUANA. (*Adelantándose lentamente, pálida, demudada, como si las fuerzas estuviesen á punto de abandonarla.*) Soy yo, señor gobernador, yo que he pasado la noche á las puertas de esta cárcel sin que se me permitiera la entrada, y que cuando el centinela me rechazaba con el pié, como á una mujer perdida y vagabunda, del umbral de la puerta en que desfallecida me sentaba, iba á dar vueltas en torno del edificio rugiendo de desesperacion y de dolor, como la leona en torno de la jaula de hierro en que están prisioneros sus cachorros.

D. SALVIO. ¡Infeliz!

D.ª JUANA. Me he aventurado ahora nuevamente, y me han dicho que tenian órden vuestra para dejarme entrar. Puesto que me conoceis, ya sabeis á lo que vengo, señor gobernador. ¿A qué puedo yo venir si no es á verle?

D. SALVIO. ¡Doña Juana!

D.ª JUANA. No me lo negueis por Dios, señor gobernador. Dejádmele ver aun cuando no sea mas que un instante. Vos... vos tendreis una madre, ¿no es verdad?... Pues bien, por la salvacion de vuestra madre viva ó por las cenizas veneradas de vuestra madre muerta, os pido que me lo dejeis ver.

FADRÍ. (*Aparte enjugándose una lágrima.*) Es la primera lágrima que derramo en mi vida.

D. SALVIO. Vais á hablarle, señora; os espera ya. Tened la bondad de aguardar aquí un momento, mientras voy á anunciarle vuestra visita.

(Don Salvio entra en la capilla.)

## ESCENA X.

### Fadrí. Doña Juana.

(Momento de silencio. Fadrí se acerca pausadamente á doña Juana que está sumida en su dolor y que no le ve hasta que oye su voz.)

FADRÍ. ¡Señora!

D.ª JUANA. ¡Fadrí!

(Le tiende una mano que Fadrí lleva á sus labios.)

FADRÍ. ¡Señora!

(Fadrí se queda con la mano de doña Juana entre las suyas hasta que aparece don Juan.)

## ESCENA XI.

### Dichos y D. Salvio.

D. SALVIO. (*Saliendo de la capilla.*) Don Juan va á venir aquí, señora.

D.ª JUANA. (*Oprimida su voz por un sollozo que sube á morir en su garganta.*) ¡Va á venir!

D. SALVIO. (*En voz baja á Fadrí.*) Os dejo solos. Vos sois hombre, Fadrí. Abreviad esta horrible entrevista. Van á venir por él al instante.

(Se va por la puerta de la derecha.)

## ESCENA XII.

### D. Juan. Fadrí. Doña Juana.

(Don Juan se presenta en la puerta de la capilla y dice sus primeras palabras desde el umbral. Doña Juana y Fadrí enlazados de la mano están formando grupo retirados á la derecha, junto al crucifijo, y aun cuando han oido entrar á don Juan en la estancia, ni uno ni otro se vuelven, petrificados y mudos de

dolor: don Juan se adelanta lentamente, despues de haber dicho las primeras palabras, hasta mitad de la escena.)

D. JUAN. (*Desde el umbral.*) ¡Juana! ¡Fadrí! (*Adelantándose.*) ¿He de tener yo mas valor que vosotros, Juana?

(Doña Juana se vuelve y arrancando del pecho un grito terrible envuelto en un sollozo, se precipita hácia don Juan que la recibe con los brazos abiertos.)

D.ª JUANA. ¡Don Juan!

D. JUAN. ¡Juana!

FADRÍ. (*Aparte.*) Quisiera tener un puñal para destrozarme el alma.

(Permanecen un momento estrechamente abrazados, reclinada y oculta la cabeza de doña Juana en el seno de su esposo. El silencio que reina en este instante solo es interrumpido por los desgarradores sollozos de doña Juana. Al poco rato don Juan, sin desprenderse de los brazos de su esposa, tiende su mano á Fadrí que pasa á la izquierda para estrecharla, formando entre los tres un grupo de dolor y desesperacion.)

D. JUAN. Tu mano, Fadrí.

FADRÍ. ¡Don Juan!

(Don Juan desprende por fin su mano de entre las de Fadrí, y enlazando su brazo en derredor del talle de su esposa, la lleva hasta el pié del crucifijo.)

D. JUAN. Enjuga tus lágrimas, Juana; no es este el momento de llorar, sino de orar.

(Doña Juana se deja caer de rodillas ante el crucifijo. Don Juan permanece en pié detrás de ella. Fadrí en tercer término se arrodilla tambien, algo separado del grupo que forman Serrallonga y doña Juana.)

D. JUAN. (*Con voz lenta y solemne.*) Juana, hé aquí el que murió en la cruz para redimirnos á todos. Vivió para enseñar á vivir á los hombres; murió para enseñar á morir á los mártires. Predicó ideas de paz, de caridad, de amor, de libertad y de concordia, y los hombres inhumanos le condenaron á morir en una cruz con los brazos abiertos y estendidos, sin considerar que de este modo le permitian en su santa agonía el placer de morir abriendo misericordiamente los brazos al mundo por él regenerado. Doña Juana, el que murió en este leño infame, mártir divino de una causa santa, ordenó un dia á los muertos que se levantaran de su sepulcro para decirle á don Juan de Serrallonga que debia entregarse á sus verdugos, y don Juan. . don Juan obedeció la órden de Dios que le era dada por un muerto.

D.ª JUANA. (*Sollozando.*) ¡Don Juan! ¡don Juan!

D. JUAN. Nada de lágrimas, señora. Os he dicho que este era el momento de orar. Los hijos de nuestros hijos recogerán el fruto de la semilla que nosotros hemos sembrado en la montaña, y para que este fruto pueda un dia brotar lozano y saludable, es preciso que los hombres como yo lo rieguen con su sangre vertida en un cadalso. Orad, pues, en vez de llorar, señora. Orad para que Dios me dé el valor y las fuerzas que necesito para subir al patíbulo.

(Don Juan se vuelve al oir que abren la puerta izquierda de la galería, y se acerca á Fadri que se levanta.)

D. JUAN Ya vienen á buscarme. Fadrí, (*Señalàndole á Juana que continúa orando al pié del crucifijo.*) te encargo mi Juana.

(Aparecen doce guardias rigurosamente enlutados y con alabardas, varios criados de acompañamiento enlutados tambien, lo propio que el verdugo, que lleva su cuchilla en la mano y que se adelanta hasta cerca de don Juan.)





## ESCENA XIII.

**Doña Juana. D. Juan. Fadrí. Colmenar. D. Salvio, El verdugo. Criados. Guardias.**

COLMENAR. Llegó la hora, don Juan.

(Doña Juana se levanta precipitadamente, se vuelve, y sus ojos tropiezan con el verdugo que está á dos pasos de don Juan. Arroja un grito horrible retrocede y cae medio desfallecida encima del reclinatorio.

D.ª JUANA. ¡Oh! ¡ese hombre!..., ¡Dios mio!

D. JUAN (*Al verdugo.*) Esconded esa cuchilla. ¿No veis que con ella estais hiriendo á una dama?

(El verdugo pasa su cuchilla á la mano izquierda y se arrodilla ante don Juan.)

D. JUAN. ¿Qué quiere de mí ese hombre?

COLMENAR. Ese hombre dobla ante vos la rodilla para saber si le perdonais.

D. JUAN. ¿Si le perdono?... Sí, sí, te perdono mi muerte. ¿Qué culpa tienes tú si de ejecutor de la justicia de los hombres, tienes que pasar á ser hoy el ejecutor de sus venganzas?

D.ª JUANA. (*Débilmente y con voz moribunda sin tener fuerzas para levantarse.*) ¡Don Juan!

D. JUAN. *(Con emocion dando dos pasos hácia ella.)* ¡Juana!... (*Conteniéndose.*)Señora, ese crucifijo os dará el valor que os falta. (*Al retirarse pasa por delante de Fadrí y sorprende las lágrimas en sus ojos.*) ¡Y tú tambien, Fadrí!

FADRÍ. ¡Don Juan!

D JUAN. Que lloren las mujeres y los niños, pero tú!... tú!

FADRÍ. (*Conteniendo sus lágrimas.)* ¡Oh!

D. JUAN. Tu mano, Fadrí. (*Coge la mano de Fadrí y se la estrecha.*) Es como si fuese á entrar en un combate del que no hubiese de volver. ¡Adios! (*Señalando á doña Juana.)* Te la encargo Fadrí. (*Vuelve á dar un paso hácia doña Juana, pero se domina, se detiene, enjuga una lágrima, y en seguida dirigiéndose á Colmenar le dice con voz perfectamente tranquila.*) Conducidme, señor de Colmenar, estoy pronto.

(Se abre la puerta del fondo y aparece la plaza. En el centro está el cadalso, enlutado todo, con el escudo de armas de Serrallonga en los ángulos. En torno del cadalso guardias y gente del pueblo; encima el tajo un crucifijo y dos hachas encendidas. Los soldados se colocan en dos hileras junto á la puerta, y don Juan atraviesa por entre ellos al ruido fúnebre del atabal, subiendo con planta firme al cadalso; donde, de pié junto al tajo, se halla ya el verdugo. Luego de haber salido Serrallonga, Colmenar, Fontanellas y los soldados, vuelve á cerrarse la puerta.)

## ESCENA ÚLTIMA.

**Fadrí. Doña Juana.**

(Se oye por un momento el lúgubre son del atabal. Breves instantes de sepulcral y solemne silencio. Doña Juana se incorpora y pasea su errante mirada por la escena como en busca de su esposo. En este instante se oye el ruido del hacha del verdugo cayendo sobre el tajo.)

VERDUGO. (*Dentro.*) Ahora oid. Pueblo de Barcelona, esta es la cabeza de D. Juan de Serrallonga.

D.ª JUANA. (*Lanzando un grito terrible y arrastrándose hasta las gradas del crucifijo.*) ¡Ah!

FADRÍ. (*Cayendo de rodillas en medio de la escena.*) Recíbele en tu seno, Señor, Dios mio!

(Otro breve instante de silencio. Doña Juana que ha estado un momento con las manos cruzadas ante el crucifijo, se levanta de pronto, se dirige con arrebato á Fadrí y le coge nerviosamente por un brazo.)

D.ª JUANA. ¡Fadri!

FADRÍ. ¿Señora?

D.ª JUANA. Llévame á la montaña, Fadrí. ¡Quiero vengarle!

FIN DEL DRAMA.

# NOTAS.

## PRÓLOGO.

I.

ESCENA 2.ª

*Pero à mucho se resuelve*
*vuestro amor de hablarle en casa.*

Estos dos versos de «*Eulalia*» y los seis que dice luego doña Juana, son tomados de la comedia antigua de que se hace mencion en el «*Prefacio*» Es de advertir sin embargo que aun cuando estos versos son los mismos con una lijera variacion, la situacion de los personajes es muy diferente en este drama.

Esta obra no tiene de contacto con la antigua mas que el estar apoyada como aquella en la tradicion y en la historia de Serrallonga.

II.

ESCENA 5.ª

*una de esas fiestas de máscara como solo se dan en Venecia, etc.*

El gusto á las fiestas de máscara en jardines iluminados por faroles de colores, parece que lo introdujo en Barcelona un embajador de Venecia en España llamado Navagiero, que estuvo en nuestra capital á mediados del siglo XVI. Este Navagiero es aquel mismo embajador que se admiró tanto de la libertad que reinaba en Cataluña, que, no obstante ser republicano, escribió á su gobierno diciéndole:

«Los habitantes de Barcelona tienen tantos privilegios, que el rey apenas conserva autoridad alguna sobre ellos; su libertad debiera mas bien llamarse licencia.»

III.

ESCENA 7.ª

*brillarán al aire los puñales y pedreñal en mano, etc.*

Los pedreñales eran una especie de arcabuces pequeños llamados así porque no se les daba fuego con una mecha como el arcabuz, sino con pedernal ó sea con una llave tosca de fusil. Covarrubias dice que el pedreñal era el arma de los bandoleros y foragidos catalanes.

Yo creo que bien se puede decir que fué esta arma el primer perfeccionamiento del arcabuz ó el primer paso dado para llegar al fusil moderno.

Felipe III mandó publicar una pracmática contra el uso de los pedreñales en el Principado catalan, y de esto resultaron serias y ruidosas contestaciones entre la diputacion y el virey. La causa llegó á tomarse con empeño por ambas partes, y la Diputacion, segun puede verse en los dietarios de aquella época que se conservan en el archivo de la Corona de Aragon, representó enérgicamente al rey, é hizo varias y repetidas gestiones en favor del uso de los pedreñales.

Tambien protestó contra esta pragmática por medio de un discurso que mandó imprimir, don Francisco de Gilabert, escritor muy importante de aquella época y celoso defensor de Cataluña.

IV.

ESCENA 10.

Esta escena hasta que DON CÁRLOS dice OLA, ROBERTO! es refundicion de una de la comedia antigua

## ACTO PRIMERO.

I.

ESCENA 3.ª

*Cuatre bandolers.*
*van de camarada, etc.*

Esta cancion es la misma que se cantaba en la comedia antigua, y la misma que traslada don Manuel Milá en su «Romancerillo catalan» advirtiendo que la segunda estancia es tradicional.

III.

ESCENA 14.

*los manda el gobernador*
*de Vich, etc.*

El «veguer» de Vich debiera haber dicho, para hablar mas propia-

mente. La única razon que me ha impelido á valerme de la palabra «gobernador» en vez de la de «veguer,» ha sido la de que esta no apareciese estraña á los espectadores del drama por lo desusada.

El «veguer,» por lo demás, era una especie de gobernador. En aquella época el Principado estaba divido en diez y siete veguerías, cada una con un limitado distrito, y por «veguer» un caballero, y este con amplias facultades.

# ACTO SEGUNDO.

I.

ESCENA 6.ª

*en la casa de nuestro compañero Serra, etc.*

Serra es un personaje histórico y formaba parte de los bandoleros de Serrallonga. Cuando este fué preso, lo fué tambien con él el bandolero Serra, alias el «Tut.» Tambien Tallaferro es nombre histórico, y perteneció á los mismos compañeros de Serrallonga, segun una cancion catalana.

II.

ESCENA 11.

*al convento de Santa Clara, etc.*

Este convento ocupaba parte del terreno en que hoy está situada la ciudadela, y formaba parte del hermoso barrio que Felipe V mandó derribar para construir esta fortaleza. La que es hoy torre de la ciudadela se presume era el campanario del convento de Santa Clara.

# ACTO TERCERO.

I.

ESCENA 2.ª

*bailar la pipironda ó la zarabanda delante de Satanás, etc.*

Pipironda y Zarabanda son dos bailes truanescos de aquel tiempo. Pellicer en sus notas al «Quijote,» dice:

«Distinguíanse perfectamente en tiempo de Cervantes las danzas de los bailes, que ahora se confunden. Llamábanse danzas los bailes graves y autorizados, como eran «el turdion, la pabana, madama Orliens el piedelgibao, el rey don Alonso el Bueno, el caballero,» etc.

Bailes se llamaban los populares y truanescos, como eran «la zarabanda, la chacona, las gambetas, el rastrojo, el pésame dello y mas, la gorrona, la pipironda, el villano, el pollo, el hermano Bartolo, el guineo, el colorin colorado,» etc. Los nombres de las danzas y bailes se tomaban de las canciones que se cantaban en ellos.

El escritor catalan don Vicente Joaquin Bastús dice lo siguiente de la zarabanda:

«La zarabanda era un cantar y baile de los mas provocativos que se introdujeron en España en tiempo de Felipe II. Generalmente se cree que el nombre «zarabanda» lo tomó de la mujer que lo inventó en Sevilla ó segun otros en las Indias.»

II.

ESCENA 4.ª

*Grande gente manda armar*
*el virey de Barcelona, etc.*

Tambien está tomada esta cancion de la comedia antigua. Don Manuel Milá la copia en su «Romancerillo catalan» pero duda que sea tradicional y cree que puede ser muy bien de los autores de la comedia.

## ACTO CUARTO.

I.

ESCENA 1.ª

*llegué yo á tiempo con la guardia amarilla, etc.*

En las «Memorias para la historia de las tropas de la casa real de España,» obra escrita por don Serafin María de Soto, se lee:

«La guardia española, siguiendo la opinion de Diego de Soto, corroborada por Pedro de Torres y Oviedo (aunque compuesta de distintas armas,) continuó desde su creacion bajo la inspeccion y mando de un solo capitan, y se la conoce hasta su última reforma hecha por Felipe V con el nombre de «guardia amarilla» por usar este color en sus vestidos desde Cárlos I.

II.

ESCENA 4.ª

*Teneis un corazon noble, etc.*

Creo que el lector verá con gusto las siguientes notas que copio de un dietario particular de aquella época respecto á los dos hermanos Salvio y José Fontanellas.

Dicen así en idioma catalan:

«Salvi Fontanellas fou fet ciutadá honrat de Vich en lo any 1611
»que fou cuant comensá á haberi ciutadans honrats en Vich.

«Joseph Fontanellas y Pradell, en lo any 1613, fou capitá de una »de las dos companyias de tercios catalans de la ciutat de Vich. Lo »dia 23 de setembre de dit any, aná ab la sua companyia unit ab al»tros tercios catalans á traurer los fransesos de la villa de Manlleu. »Als 2 de agost de 1614 ab la sua companyia y 12 caballs del tinen »general D. Francisco Galvo aná á comboyar 340 fransesos, entre »ells un coronel y cuatre capitans que los espanyols habian fet pre»soners en Puigcerdá. Als 26 agost de 1614 asistí al siti que posá á la »Abella una partida de miquelets afransesats, que lo comandant »dells era l'hereu Moncau de Tagamanent. Durá lo siti dos dias y »una nit que se defensaren valerosament; lo segon dia á las 8 del »matí despues de haber obert una bretxa entraren per asalt cridant »dit Fontanellas y altres «viva Espanya» y ells se retiraren á una »bona torre que hi habia molt forta, les intimaren que se rendissen »y no ho volgueren fer que no sels asegurés la vida; allabores con»tinuá lo combat mes encarnisat que may, y comensaren á obrir »una mina per volar la dita torre, y treballán á la mina sentiren »ruido al sobre y temense que ells no fesen una contra mina per »desbaratarlos los treballs sels intimá de nou que se rendissen que »sels conservaria 15 dias de vida, y no habento vulgut aceptar se »posá un barril de pólvora á la mina. si pega fog, y se volá la torre »de la cual se derrui las tres cuartas parts y los colgá á tots menos »al capitá y altres cuatre que foren conduits á Barcelona ahont ar»rosegaren viu al capitá Moncau y ne feren 4 cuartos y lo cap fou »posat á la exposició pública, los altres cuatre sentenciats á mort. »Aquesta acció costá 12 soldats morts, un capitá y un alferes de ir»landesos y ferits un tinen y 10 soldats. Aquest siti fou manat y di»rigit per D. Juan Pacheco.

«Estan lo señor princep D. Juan de Austria en Vich, lo dia 1 de »novembre de 1654 lo dit Fontanellas li dona la guardia de honor y »fou convidad á dinar en la taula ab dit princep.»

## III.

### ESCENA ÚLTIMA.

*con el escudo de armas de Serrallonga, etc.*

Hé aquí cual era el escudo de armas de nuestro héroe :

Fondo de oro : un castillo de azur aclarado de sable, media puerta cerrada de plata y un leon saliente de oro por la otra media.

El nobiliario en que he encontrado este escudo, añade la siguiente nota á su pié :

SERRALLONGA. Mucho trabajaron los serenísimos condes de Bar»celona por exaltar el nombre cristiano y dilatar la fé católica; y »segun hallamos en las historias, en las ocurrencias de aquellos »tiempos tuvo el conde de Barcelona Vifredo «el peloso» mucho »que guerrear contra los moros que ocupaban parte de Cataluña, y

»de contínuo estar con las armas en la mano combatiendo con ellos; »en estas contínuas guerras se señaló valeroso caballero Gilaberto »ó Gisbert Serrallonga en servicio de dicho conde y libertad de la »patria, y en particular en las guerras de 887.»

(Nobiliario catalan por D. Pedro Costa, perteneciente á D. Manuel de Bofarull.»

---